

EL MINISTERIO DEL NUEVO PACTO

...encomendado a San Pablo
Un estudio de 2 Corintios 2.12 a 7.4

CoExtensión
Panamá
2004



Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas
por Extensión en América Latina
(*CoExtensión*)

Fundado 1970 – cierre 2009

Toda honra y gloria sean dadas a nuestro Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Este curso fue aprobado para su publicación en formato digital con distribución gratuita a programas de educación teológica durante la Asamblea General de CoExtensión, realizada en Bogotá, Colombia, en mayo del año 2006. CoExtensión otorga el derecho de utilizar este formato electrónico para distribuir y reproducir esta obra bajo las siguientes condiciones:

- a. Los derechos de este texto son exclusivos de CoExtensión, de toda edición publicada, actualizada, re-editada o traducida.
- b. El curso podrá ser distribuido libremente a instituciones de educación teológica; su texto puede ser reproducido y utilizado con libertad, siempre y cuando su uso sea exclusivo para programas de educación teológica o directamente en el ministerio de la iglesia cristiana. Cada institución de educación teológica deberá hacer saber por escrito sus intenciones sobre el uso del curso.
- c. No se permitirá ningún fin lucrativo con este material, aparte de cobrar el costo real de la reproducción y la distribución del mismo. No está permitido ningún fin lucrativo de este material, convirtiéndolo en un libro impreso ni vendiéndolo en cualquier forma o método.
- d. Este curso ha sido producido en formato digital para PC y MAC, a fin de facilitar la impresión y reproducción del material exclusivamente para fines educativos.
- e. Se autorizarán adaptaciones al texto que permitan una mejor comprensión y enseñanza del material, tanto para educandos como docentes, reconociendo que hay importantes diferencias de lenguaje entre nuestras realidades latinoamericanas y países de habla español.
- f. Se autorizarán traducciones del texto a otros idiomas, bajo las mismas condiciones arriba mencionadas.
- g. Cualquier solicitud para publicar, cambiar, modificar, actualizar o traducir el texto, deberán hacerse por escrito.

Toda honra y gloria sean dadas a Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Iglesia Evangélica Luterana
de Colombia

Los derechos de este texto han sido entregados a la Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO) como garante único y exclusivo de todos los derechos de CoExtensión, permiso otorgado en la ciudad de Bogotá, el 8 de febrero del año 2010.

A partir de esta fecha, la IELCO recibe todos los Derechos Reservados © 2010 de CoExtensión.

Toda comunicación relacionada con el uso de este curso ha de hacerse a:

Iglesia Evangélica Luterana de Colombia - IELCO

Apartado Aéreo 53-005

Bogotá, Colombia

Esta publicación digitalizada pertenecía al Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), que oficialmente dejó de existir en el año 2009. La Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO), uno de los miembros fundadores de CoExtensión, fue nombrada como garante de los derechos de todas las publicaciones de CoExtensión. Una condición de ser garante de estos derechos incluye la responsabilidad de autorizar el libre uso, la impresión y la distribución, sin fines lucrativos, de este curso a instituciones de educación teológica.

Esta publicación digitalizada es considerada “una obra huérfana” y será preservada en la Biblioteca “Kristine Kay Hasse Memorial” Library del Seminario Concordia, St. Louis, Missouri, EE.UU. de A. según las normas que rigen la naturaleza y los deberes de tan prestigiosa y reconocida biblioteca. Documentación de este proceso queda depositada en los archivos de esta biblioteca.

Cualquier información adicional, favor comunicarse con el Director de la Biblioteca del Seminario Concordia.

+ + +

This publication was produced by the Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), which officially ceased to exist in 2009. The Evangelical Lutheran Church of Colombia (IELCO) and a former founding member of CoExtensión, was named guarantor of the rights of all of CoExtensión’s publications. Included in being guarantor is the responsibility of authorizing the free use (including printing and distribution) of this publication, and all other CoExtension resources, to any interested theological education institution. This resource, along with all the rest, must never be used for financial profit.

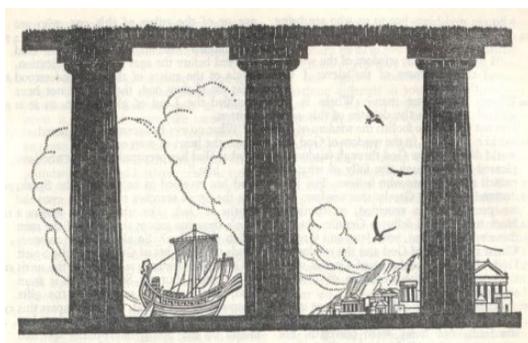
This digitized publication is considered “an orphan work” and will be preserved in the “Kristine Kay Hasse Memorial” Library at Concordia Seminary, St. Louis, Missouri, USA, in accordance with the standards governing the nature and duties of this prestigious and recognized library. Documentation of this process is on file with this library.

For any additional information, please communicate with the Director of the Library, Concordia Seminary.



Concordia
Seminary
ST. LOUIS

*Seminario Concordia
801 Seminary Place
Saint Louis, Missouri 63105-3196
1-314-505-7000
<https://www.csl.edu>
<https://scholar.csl.edu>
<https://concordiatheology.org>*



EL MINISTERIO DEL NUEVO PACTO

...encomendado a San Pablo

Un estudio de 2 Corintios 2.12 a 7.4

CoExtensión

Para programas de Educación Teológica por Extensión en las Américas

Texto

Gerardo F. Kempff

Editaje, diseño y montaje

Marcos N. Kempff

Primera edición

Ciudad de Panamá, enero del 2004

Segunda edición

St. Louis, 2021

Las citas del Nuevo Testamento en este estudio han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1995, publicada por la Sociedad Bíblica Americana en el año 1995. A veces una que otra cita es una traducción directa del idioma griego hecha por el autor.

Nombre completo _____

Nombre del instructor _____

Lugar y fecha _____

Nota final _____

Índice

página

Derechos y permisos	ii
Índice	vi
Introducción	vii
Bibliografía: Obras de consulta	ix
Recomendaciones: Planes de estudio	xi
Horario de clases	xii

Lecciones

1	Primera parte: Desasosiego de Pablo	2.12-13	1
2	Segunda parte: Fragancia de Cristo para Dios	2.14-17	8
3	Tercera parte: Cartas de recomendación	3.1-3	15
4	Cuarta parte: Ministerios competentes	3.4-6	20
5	Quinta parte: Ministerio de gloria inmensurable	3.7-11	27
6	Sexta parte: Ministerio libertador	3.12-18	36
7	Séptima parte: Ministerio honesto y abierto	4.1-4	44
8	Octava parte: Ministerio que proclama a Cristo	4.5-6	51
9	Novena parte: Tesoro en vasos de barro	4.7-12	56
10	Décima parte: Ministerio movido por la fe	4.13-15	64
11	Décima primera parte: Vida movida por la fe	4.16-18	71
12	Decima segunda parte: Ministerio de esperanza gloriosa	5.1-5	76
13	Decima tercera parte: Ministrando confiadamente	5.6-10	81
14	Decima cuarta parte: Ministerio constreñido por el amor	5.11-15	86
15	Decima quinta parte: Ministerio de la reconciliación	5.16-21	93
16	Decima sexta parte: Ministerio del tiempo aceptable	6.1-2	104
17	Decima séptima parte: Ministerio que trae tribulación	6.3-10	108
18	Decimoctava parte: Ministerio que pide amor mutuo	6.11-13	114
19	Decima novena parte: Ministerio que enseña vivir cristianamente	6.14 a 7.1	118
20	Vigésima parte: Ministerio que trae gozo	7.2-4	125
21	Final: Palabras concluyentes		131

Introducción

Por medio del Santo Bautismo, todo creyente es hecho parte del Cuerpo de Cristo – la Iglesia de Cristo. Y la cabeza de la Iglesia es Cristo.

Cada trabajo, obra, cargo o ministerio de la congregación se desenvuelve para extender y fortalecer la Iglesia de Cristo en la tierra, para el bienestar espiritual de todos y de acuerdo con el Evangelio y los objetivos de cada congregación. La autoridad máxima que gobierna a la congregación siempre es Jesucristo, la Cabeza de Su Iglesia. Toda decisión y acción de la congregación deberá estar en completo acuerdo con la Biblia, la Palabra de Dios.

Por eso el Espíritu Santo nos ha llamado y congregado para formar parte del ministerio de todos los creyentes; el conjunto de actividades y servicios en el nombre de Cristo que benefician a la congregación y sirven al prójimo. Este ministerio es desempeñado por los miembros según los dones que Dios ha dado a cada uno (Mateo 20:25-28; Efesios 4; 1 Corintios 12; Romanos 12). El ministerio de todos los creyentes funciona dentro de la congregación bajo la responsabilidad del Oficio Pastoral, cuyo deber es guiar a todo el cuerpo hacia Cristo, hasta llegar a la plena “estatura de Cristo”. El Oficio Pastoral ha sido instituido por Dios a la Iglesia para su instrucción, edificación y capacitación, y este Oficio está al servicio de la congregación de manera que todos puedan crecer hacia Cristo, quien es la Cabeza de la Iglesia, según Efesios 4, 1 Timoteo 3 y Tito 1.

Para que todo se haga decentemente y con orden en la congregación, es necesario y apropiado que exista y funcione el Oficio Pastoral. Nadie puede ejercer el Oficio Pastoral sin un legítimo llamado congregacional. Por eso conviene llamar a quienes están debidamente preparados para administrar la Palabra y los Sacramentos en nombre de la congregación y por el bienestar espiritual de ella. Este estado se denomina el Oficio Pastoral y es un ministerio de servicio, a saber: Cuidar y guiar a la congregación conforme a las Sagradas Escrituras, administrando fielmente la Palabra y los Sacramentos; velar por asuntos doctrinales y espirituales de la vida congregacional y la de sus miembros (de acuerdo con y las Confesiones Luteranas); y equipar y capacitar a todos los miembros para la obra del ministerio de todos los creyentes.

Este curso tiene la finalidad de capacitar especialmente a aquellos que ya sirven o servirán en el Oficio Pastoral. Además, San Pablo, inspirado por el poder del Espíritu Santo, describe esta labor como **el ministerio del nuevo pacto – un ministerio de reconciliación y restauración en Cristo** – no es sólo para el pastor, sino para quienes han de servir en la capacidad de cuidar, guiar a otros para que sus vidas tengan propósito, superen sus problemas y vivan en el pleno bienestar que Cristo nuestro Señor nos ofrece. En primera instancia esto es parte del sacerdocio de todos los creyentes y de una manera más específica, para le Oficio Pastoral.

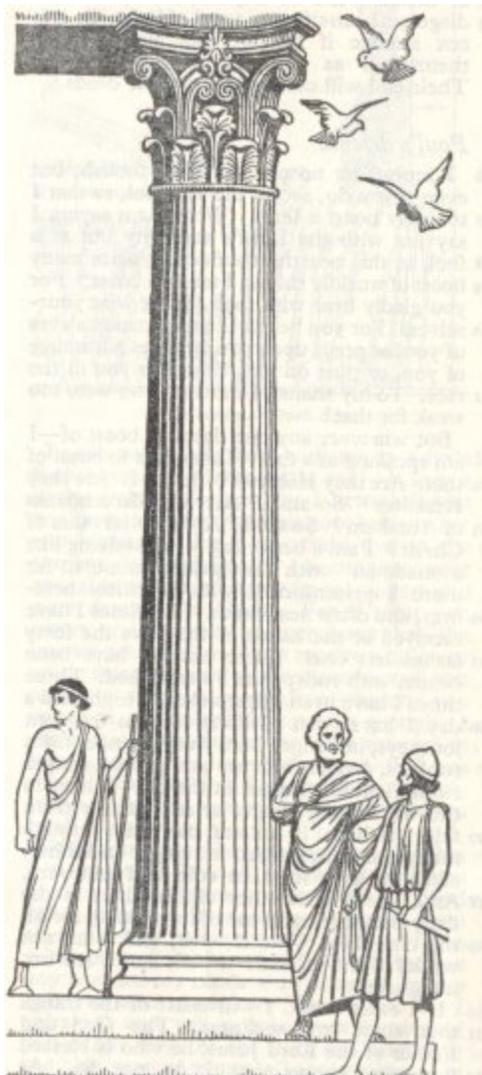
El servicio (servir a otros) es contrario a la tendencia natural del corazón humano; el ser un «esclavo de Jesucristo» (dou/loj Cristou/ Vhsou/). Sólo puede servir de todo corazón aquel que ha sido transformado por el poder del Evangelio a través de la obra Espíritu Santo.

La preparación en el campo bíblico-teológico crea la oportunidad de descubrir, formar, orientar y fortalecer el papel de siervos en el Señor, función tan necesaria hoy en día, dentro de la iglesia, así como fuera de ella. La tarea se centra en Cristo. La preparación se centra en Cristo. La práctica se centra en Cristo. En Su nombre. Amén.

Marcos Kempff, facilitador

Ciudad de Panamá, 25 de junio del 2004

474° Aniversario de la presentación de la Confesión de Augsburgo



BIBLIOGRAFÍA OBRAS DE CONSULTA

- Santa Biblia**, Reina-Valera 1995, Edición de Estudio. Sociedad Bíblica Unida, Nueva York, 1995.
- El Nuevo Testamento**, Versión Latinoamericana. Sociedades Bíblicas en América Latina, 1953.
- La Biblia**, Versión Popular, «Dios Habla Hoy». Sociedad Bíblica Americana, Nueva York, 1979.
- The New Testament, Concordia Bible with Notes**. Concordia Publishing House, St. Louis, 1971.
- Concordia Self-study Bible**. Concordia Publishing House, St. Louis, 1986.
- Arndt, William F., Gingrich, F. Wilbur. **A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Early Christian Literature**. The University of Chicago Press, Chicago, 1957.
- Bernard, J. H. **The Expositor's Greek New Testament, Vol. III, The Second Epistle to the Corinthians**. Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1900.
- Brown, Colin. **The New International Dictionary of New Testament Theology** (3 volumns). Zondervan Publishing House, Grand Rapids, 1975.
- Carrez, Maurice. **La segunda carta a los corintios** (Cuadernos Bíblicos 51). Verbo Divino, Navarra, 1999.
- Conybeare, W. J., Howson, J. S. **The Life and Epistles of St. Paul** (2 volumns). Charles Scribner, New York, 1856.
- Danker, Frederick W. **A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Early Christian Literature**, 3rd edition. The University of Chicago Press, Chicago, 2000.
- Davis, John D., Gehman, Henry Snyder. **The Westminster Dictionary of the Bible**. The Westminster Press, Philadelphia, 1944.
- Farmer, William. **Comentario Bíblico Internacional**. Editorial Verbo Divino, Navarra, 2003.
- Franzmann, Martin H. **The Word of the Lord Grows**. Concordia Publishing House, St. Louis, 1961.
- Guijarro Oporto, Santiago, Salvador García, Miguel. **Comentario al Nuevo Testamento**, sexta edición. La Casa de la Biblia (Sígueme), Salamanca, , 1995.
- Haag, Herbert, **Diccionario de la Biblia**, 10ª edición. Editorial Herder, Barcelona, 2000.
- Harris, Murray J. **Expositor's Bible Commentary, Vol. 15, 2 Corinthians**, Abingdon, Nashville, 1958.
- Hoferkamp, Roberto. *“Ponencia para una Conferencia Pastoral, una interpretación de 2 Corintios 2:14-17; 3:1-18; 4:1-18; y 5:11-21”*, Guatemala, C.A., aproximadamente en el año 1960. Esta ponencia me dio el impulso de elaborar este estudio sobre El Ministerio del Nuevo Pacto.

- Kittel, Gerhard, Friedrich, Gerhard. **Theological Dictionary of the New Testament** (9 volumes), traducidos por Geoffrey W. Bromiley. Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, 1964-1974.
- Kittel, Rud, Kahle, P. **Biblia Hebraica**, 10ª edición. Privilegierte Württembergische Bibelanstalt, Stuttgart, 1937.
- Lenski, R.C.H. **The Interpretation of St. Paul's First and Second Epistle to the Corinthians** (Vol. VII). Wartburg Press, Columbus, 1948
- Levoratti, Armando J. **Comentario Bíblico Latinoamericano (Nuevo Testamento)**. Navarra, 2003.
- Nestle, Eberhard, Aland, Kurt y otros. **Novum Testamentum Graece**, 26ª edición. Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart, 1987.
- Quesnel, Michel. **Las cartas a los corintios** (Cuadernos Bíblicos 22). Verbo Divino, Navarra, 2000.
- Ramsey, William M. **St. Paul, The Traveler and The Roman Citizen**. Baker Book House, Grand Rapids, 1963.
- Serafín de Ausejo, R.P. **Diccionario de la Biblia**. Editorial Herder, Barcelona, 1963.
- Tasker, R.V.G. **Tyndale New Testament Commentaries, Vol. 8, The Second Epistle of Paul to the Corinthians**. Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, 1975.
- Tenney, Merrill C. **New Testament Survey**. Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1974.
- Turrado, Lorenzo. **Biblia Comentada, Vol. VI, Hechos de los Apóstoles y Epístolas paulinas**. Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica, S.A., Madrid, 1965.
- Valleskey, David J. **2 Corintios - La Biblia Popular**. Northwestern Publishing House, Milwaukee, 1998.
- Wendland, Heinz-Dietrich. **Das Neue Testament Deutsch, Vol. 7. Die Briefe an die Korinther**, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1954.
- Wikenhouser, Alfred. **Introducción al Nuevo Testamento**. Editorial Herder, Barcelona, 1960.

RECOMENDACIONES: PLANES DE ESTUDIO

Quienes van a enseñar este curso, están en la libertad de distribuir el estudio de las lecciones según el tiempo disponible. Normalmente, para un curso con este, se dividen en 10 o 15 unidades. En las páginas **x** y **xi** (contínuas), hay espacio para programar la distribución de las lecciones. A continuación se presentan cuatro alternativas:

Plan A:

Realizar una lección por clase, para un total de 20 reuniones.

Plan B:

Para un programa con 10 reuniones/semanas (u oportunidades para realizar clases) se propone la siguiente distribución para las 20 lecciones del curso:

<i>Unidad 1</i>	<i>Lecciones 1 y 2</i>	<i>Unidad 6</i>	<i>Lecciones 11, 12 y 13</i>
<i>Unidad 2</i>	<i>Lecciones 3 y 4</i>	<i>Unidad 7</i>	<i>Lecciones 14 y 15</i>
<i>Unidad 3</i>	<i>Lecciones 5 y 6</i>	<i>Unidad 8</i>	<i>Lecciones 16 y 17</i>
<i>Unidad 4</i>	<i>Lecciones 7 y 8</i>	<i>Unidad 9</i>	<i>Lecciones 18 y 19</i>
<i>Unidad 5</i>	<i>Lecciones 9 y 10</i>	<i>Unidad 10</i>	<i>Lecciones 20 y Final</i>

Plan C:

Para un programa con 15 reuniones/semanas (u oportunidades para realizar clases) se propone la siguiente distribución para las 20 lecciones del curso:

<i>Unidad 1</i>	<i>Lección 1</i>	<i>Unidad 9</i>	<i>Lecciones 12 y 13</i>
<i>Unidad 2</i>	<i>Lección 2</i>	<i>Unidad 10</i>	<i>Lección 14</i>
<i>Unidad 3</i>	<i>Lección 3</i>	<i>Unidad 11</i>	<i>Lección 15</i>
<i>Unidad 4</i>	<i>Lección 4</i>	<i>Unidad 12</i>	<i>Lección 16</i>
<i>Unidad 5</i>	<i>Lecciones 5 y 6</i>	<i>Unidad 13</i>	<i>Lecciones 17 y 18</i>
<i>Unidad 6</i>	<i>Lecciones 7 y 8</i>	<i>Unidad 14</i>	<i>Lección 19</i>
<i>Unidad 7</i>	<i>Lección 9</i>	<i>Unidad 15</i>	<i>Lección 20 y Final</i>
<i>Unidad 8</i>	<i>Lecciones 10 y 11</i>		

Plan D:

Elaborar una distribución para las 20 lecciones del curso de acuerdo con el tiempo disponible y el plan de estudios acordado.

El diseño de este curso ofrece las siguientes oportunidades para:

- a. conocer a fondo el texto de 2 Corintios 2.12 a 7.4, o sea el ministerio del Nuevo Pacto en Cristo y las implicaciones del ministerio de la reconciliación según el llamado que recibió el Apóstol San Pablo,
- b. hacer una reflexión personal y colectivo del significado de ese Nuevo Pacto en Cristo, y
- c. hacer el ejercicio del aplicar el mensaje Bíblico a diversos Casos. Estos sirven para apoyar la importante tarea de incorporar e integrar la Palabra de Dios a la realidad de nuestras congregaciones y las muchas dinámicas que allí ocurren.

Se recomienda que cada educando estudie cada lección completando todas las tareas *antes* de asistir a la clase. De esta forma se aprovechará mejor la clase y permitirá dedicar más tiempo a la discusión de las "Preguntas y los Casos". Se recomienda usar un resaltador de color transparente para destacar puntos de interés mientras se lee el texto de cada lección; y anotar ideas y preguntas que surgen al leer el texto, ya que éstos puedan servir como puntos de discusión con el profesor/tutor y el resto de la clase.

Cada lección cuenta con un breve examen (prueba) a fin de evaluar el proceso cognoscitivo del material presentado. Se ha producido una clave con las respuestas para las pruebas.

Muchas bendiciones de nuestro Señor Jesucristo al estudiar juntos este curso.

En el caso de querer hacer sugerencias en relación al texto, favor escríbenos con toda libertad y confianza:
Marcos Kempff kempffmr@gmail.com

HORARIO DE CLASES

Dado que el curso tiene veinte lecciones y una breve conclusión, se recomienda agruparlas de la siguiente manera a fin de poder estudiarlas en el lapso de un semestre, o sea, 10 o 15 semanas. Sin embargo, el tutor con sus educandos pueden hacer el arreglo de acuerdo a sus posibilidades.

<i>Lección</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
1.	_____	_____	_____ _____
2.	_____	_____	_____ _____
3.	_____	_____	_____ _____
4.	_____	_____	_____ _____
5.	_____	_____	_____ _____
6.	_____	_____	_____ _____
7.	_____	_____	_____ _____
8.	_____	_____	_____ _____
9.	_____	_____	_____ _____

<i>Lección</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
10.	_____	_____	_____ _____
11.	_____	_____	_____ _____
12.	_____	_____	_____ _____
13.	_____	_____	_____ _____
14.	_____	_____	_____ _____
15.	_____	_____	_____ _____

Apuntes:

Está página fue dejada en blanco intencionalmente.

PRIMERA PARTE: Desasosiego de Pablo

Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito. Por eso, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia (2.12-13).

La nueva Corinto, construida por Julio César como colonia romana en el año 46 a.C., y elevada a la capital y sede del procónsul de Acaya en 27 a.C., fue visitada por primera vez por San Pablo en su segundo viaje misional en el otoño de 51 d.C. Allí proclamó el evangelio de Jesucristo durante año y medio (Hechos 18.1-17). Logró fundar una congregación algo grande, compuesta de gentiles que en su mayor parte pertenecían a las clases inferiores de la sociedad. La inmoralidad notoria de la ciudad había dejado su huella en la vida anterior de esos nuevos creyentes en Cristo, de modo que no les fue fácil deshacerse de sus antiguas costumbres y vicios después de llegar a la fe en Cristo. Esto fue en parte el motivo de los muchos problemas que pronto surgieron en medio de la congregación al marcharse Pablo de Corinto para regresar a Antioquía (Hechos 18.18-23).

Poco después de Pablo haberse ido, Dios bendijo la congregación mediante el ministerio de Apolos (Hechos 18.24-28). No obstante, aún al haber sido bien recibido por los corintios, Apolos luego regresó a Éfeso. Aparentemente, en los días siguientes llegaron también otros predicadores a Corinto, que estorbaron la paz y armonía de la congregación. Entre ellos, según parece, figuraron tanto algunos judíos partidarios de San Pedro, como unos cuantos cristianos judíos que se decían ser partidarios «de Cristo» (1 Corintios 1.12). Este desarrollo no tardó en dividir la congregación en partidos. La situación empezó a volverse crítica.

Mientras tanto, Pablo había emprendido su tercer viaje misional, viajando de Antioquía a través de Galacia y Frigia con el fin de visitar a las congregaciones establecidas en esas provincias durante su primer viaje (Hechos 18.22-23). Su objetivo final era el cumplimiento de su promesa de visitar a Éfeso para proclamar a Cristo allí (Hechos 18.21). Permaneció en Éfeso tres años, probablemente desde el 54 hasta el 57 d.C. (Hechos 19.1-22). Mientras estaba allí, pudo fácilmente comunicarse con las congregaciones de Macedonia y Grecia. En efecto, nos consta que unos miembros de la congregación de Corinto, es decir, «los de Cloé» (1 Corintios 1.11), le informaron acerca de la situación que imperaba en esa congregación. Con estas noticias inquietantes, Pablo, ya rodeado por muchas dificultades y peligros en su ministerio en Éfeso (1 Corintios 15.32 y 16.9), sentía que se le pesaba aún más «la preocupación por todas las iglesias» (2 Corintios 11.28).

Quizá entonces fue que empezó aquella intranquilidad que describió con las palabras «en todo fuimos atribulados: de fuera, conflictos, y de dentro, temores» (2 Corintios 7.5). Pero sin duda lo que le preocupó más acerca de la situación corintia fue el surgimiento de aquella facción, cuyos partidarios se caracterizaban por el dicho: Yo soy de Cristo (1 Corintios 1.12). Aunque nuestro conocimiento de la composición y la filosofía de dicho grupo es difícil de comprobar históricamente, los indicios, que la correspondencia corintia nos proporciona, nos permiten describirlo de la siguiente manera.

El partido llamado «de Cristo» parece haber tenido su origen como consecuencia de la predicación de algunos que venían de fuera de la congregación corintia, pero que se metieron en la misma después de que Apolos había regresado a Éfeso. Eran de origen judío (2 Corintios 11.22), pero aparentemente no judaizantes de la misma clase de aquellos que estorbaron las

congregaciones de Galacia. Probablemente se proclamaron como herederos de la verdadera tradición judío-cristiana y por eso se consideraban los únicos capacitados para guiar a la iglesia desde las primeras etapas de la fe a las riquezas del conocimiento y de la libertad completa en Cristo (ver Hebreos 6.1-2).

Pablo los calificó como personas predicando «a otro Jesús», con «otro espíritu» y alegando tener «otro evangelio» (2 Corintios 11.4); pero ellos se arrogarían a sí mismos el calificativo de predicadores del evangelio verdadero y completo, por ser los que tuvieran el verdadero espíritu de Cristo (2 Corintios 5.16; 11.15). Por eso dijeron: “Yo soy de Cristo”, lo cual fue su divisa distintiva frente a los demás grupos en la congregación (2 Corintios 10.7). Exaltaron a Cristo como el dador de conocimiento, lo cual podría indicar un gnosticismo incipiente (1 Corintios 3.18-20; 8.1-3, etc.). Apreciaron los dones del Espíritu como un medio de lograr ese conocimiento más profundo y perfecto de Dios (1 Corintios 8.10-11; 13.9). Tal conocimiento tendría el efecto de otorgarles una libertad completa basada en un entendimiento que era más perfecta que el del Antiguo Testamento o que el del evangelio proclamado por Pablo, de modo que ahora podrían decir: «Todas las cosas me son lícitas» (1 Corintios 6.12; ver 10.23). Tales ideas los condujeron a cierto libertinaje en su comportamiento que, agregado a lo seductivo de su postura intelectual, tuvo el efecto de crear para ellos un séquito numeroso entre los miembros de la congregación.

Pablo, quien no quiso extralimitarse de la doctrina apostólica recibida de Cristo mismo (1 Corintios 11.23; Gálatas 1.11-12), los llama irónica y despectivamente «grandes apóstoles» (2 Corintios 11.5; 12.11) o, como algunos lo traducen, «esos super-apóstoles», a causa de esas ideas y enseñanzas suyas. Pero su evaluación verdadera de ellos la expresa en estas palabras: «Estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo» (2 Corintios 11.13).

Para combatir ese desarrollo funesto dentro de la iglesia, Pablo escribió una carta a la congregación corintia (1 Corintios 5.9-11) que no nos ha sido preservada. Probablemente se la envió con los de la familia de Cloé. Aparentemente la demanda de la carta fue rechazada por la congregación. Parece además que los super-apóstoles trataron de desacreditar a Pablo, alegando que ya no lo necesitaban más en Corinto, y que él ya no pensaba en regresar de todos modos, puesto que no había hecho el viaje prometido (1 Corintios 4.18-19). El error seguía ganando adeptos, a pesar de que esos super-apóstoles eran imperiosos y abusivos en su conducta (1 Corintios 11.6; 14.38; 2 Corintios 11.20-21).

“En Corinto la línea entre la Iglesia (en la que únicamente Cristo es Señor) y el mundo (en el que los hombres encabezan movimientos y demandan lealtades) se estaba borrando peligrosamente” [Franzmann, página 87].

Pero no todos se dejaron engañar. Algunos, tal vez personas como Estéfanos, Fortunato y Acaico (1 Corintios 16.15-18), cayeron en cuenta de que era necesario consultar a Pablo para tener argumentos más sólidos y detallados para combatir las nuevas doctrinas. A lo menos, hacia la primavera de 57 d.C., la congregación escribió una carta, la cual mandó a Pablo (1 Corintios 7.1), haciéndole una serie de preguntas acerca de dichas doctrinas nuevas y otras cuestiones que perturbaban la congregación. Pablo contestó con la carta que conocemos por la Primera Epístola del Apóstol San Pablo a los Corintios, después de haber enviado a Timoteo y a Erasto a Corinto por vía de Macedonia (Hechos 19.22). En ella cimentó todas sus conclusiones en la cruz de Cristo, vista en su significado completo a la luz de la resurrección de Jesús, como el poder que nos une (1 Corintios 1.10, 17; 2.2; 10.17). Así hizo sentir su genuina autoridad apostólica y demostró cómo la cruz es el poder de Dios para una vida santa en todos sus

aspectos (1 Corintios 1.18).

Nuestra primera epístola a los corintios, quizá enviada por medio de Tito, tuvo como una de sus finalidades preparar a los corintios para la próxima llegada de Timoteo, el cual, en unión con Erasto, ya estaba en camino hacia Corinto (1 Corintios 4.16-17). Era la esperanza de Pablo que Timoteo podría ayudarles a volver a la realidad en Cristo, por lo que le recibirían a Pablo bien. Timoteo lograría arreglar las anomalías dentro de la congregación (1 Corintios 16.10-11). En eso Pablo estaba destinado a quedar desilusionado. Ni su carta ni los esfuerzos de Timoteo lograron allanar las dificultades; y Timoteo regresó pronto a Éfeso. ¡Iban empeorándose las cosas en lugar de mejorarse!

La situación en Corinto le pareció tan peligrosa a Pablo que interrumpió su trabajo en Éfeso para hacer una visita a Corinto para arreglar personalmente los problemas y acallar a sus opositores. Pablo consideró que tenía que actuar inmediata y enérgicamente si la congregación iba a sobrevivir como congregación cristiana. Pero esta vez su visita les causó «tristeza» (2 Corintios 2.1; 13.1-3; 12.21). Parece que encontró la congregación en un estado caótico y en plena revuelta contra su persona, por lo que habría tomado medidas drásticas para extirpar el error principal y resolver los demás problemas. Pablo concluiría que ya no era posible seguir en comunión con la congregación, y en especial con aquellos del partido denominado «de Cristo», si no se arrepentían y volvían a la insensatez de la cruz que él predicaba (1 Corintios 2.2; 1.21-24; 2 Corintios 13.2). Pero esos pecadores no estaban dispuestos a arrepentirse. Podemos deducir que Pablo, por alguna razón desconocida, no supo hacerse dueño de esa situación caótica y extremadamente difícil y que su actuación careció de la energía y el tacto requeridos para remediarla. Decepcionado, y dejando la situación sin resolución clara, regresó precipitadamente a Éfeso, aunque todavía con la esperanza de que la situación no seguiría empeorando.

Esa esperanza quedó también defraudada. Parece que su “visita penosa” sólo tuvo el saldo de abrir más la brecha entre Pablo y la congregación. Como colmo de males, alguien ahora le causó tristeza de una manera flagrante, posiblemente con el consentimiento de muchos en la congregación (2 Corintios 2.5; 7.11-12). Quizá en su ausencia esa persona le afrentó públicamente a Pablo; o quizá blasfemó contra el evangelio de Cristo; o quizá cometió una violencia contra uno de los colaboradores de Pablo. De todas maneras, lo sucedido debía reñir contra la legitimidad de su autoridad apostólica. A pesar de que había hecho planes para regresar directamente a Corinto al terminar su labor en Éfeso (2 Corintios 1.15-16), cambió sus planes otra vez por consideración de ellos (1 Corintios 16.5-6), y en lugar de visitarles, les envió otra carta enérgica, escrita «con muchas lágrimas» (2 Corintios 2.4) y probablemente en forma brusca. Esta carta tampoco nos ha sido preservada. En ella les habría llamado al arrepentimiento, demandando que se disciplinara al malhechor y exigiendo que toda la congregación volviera a la obediencia a su autoridad apostólica. Esa carta, que se llama comúnmente «la carta con lágrimas», la mandó con Tito, encomendándole el arreglo de aquella situación doblemente difícil en Corinto, y dándole instrucciones de volver por vía de Macedonia a reunirse con Pablo en el puerto de Troas.

Ya que su obra en Éfeso había llegado a su etapa final, y bajo circunstancias sumamente peligrosas para su vida (2 Corintios 1.8-10), Pablo partió de Éfeso rumbo a Corinto por vía de Troas y Macedonia. Por una parte, no quiso exponer su vida neciamente, aunque estuvo siempre listo a sacrificar su vida por Cristo (Hechos 20.24). Por otra parte, se le presentó una oportunidad halagadora para evangelizar la ciudad de Troas (1 Corintios 16.9; 2 Corintios 2.12). Admitiendo su fragilidad humana (1 Corintios 2.3-4), Pablo sabía que todas las cosas existen y

sucedan por la voluntad de Dios Padre, y que nos son dadas por medio de nuestro Señor Jesucristo. Había aceptado lo sucedido en Éfeso, no como un obstáculo para el evangelio, sino como el trato paternal de Dios para con él, y como el resultado del señorío de Cristo en su vida (1 Corintios 8.6). No obstante, partió de Éfeso sin su acostumbrada tranquilidad de corazón, muy preocupado por la obra en Corinto.

Tal era su estado de ánimo cuando llegó a Troas. Había venido para ocuparse en la obra evangelizadora, la cual en efecto inició. Pero se halló tan inquieto de espíritu por lo de Corinto que probablemente no siguió predicando sino unas cuantas semanas, mientras esperaba ansiosamente la llegada de Tito. Su desasosiego debió haber afectado adversamente su dedicación a la proclamación del evangelio. A pesar de que era una oportunidad «en el Señor», (evn kuri,wl) —es decir, una oportunidad de seguir en la obra a la cual Cristo le había llamado y para la cual Cristo le había prometido Su presencia y Su ayuda, de modo que él cumplía su ministerio apostólico en el nombre de Cristo— Pablo seguía preguntándose: *¿Dónde estará Tito? ¿Por qué no viene como habíamos convenido? ¿Le habrá ido mal allí en Corinto? ¿Todavía no ha podido arreglar aquella situación? ¿Habrá mi carta echado a perder la situación por completo? ¿La hice muy a la ligera, dejándome llevar por mis emociones? ¿Les debía haber escrito en otra forma? Y, ¿Tito...? ¿Habrá podido dominar la situación? ¿O, le habré dado una encomienda demasiado difícil que no corresponde a su experiencia? ¿Le habrá acontecido alguna desgracia?*

La inquietud de Pablo, consecuencia de su gran amor y cuidado por los corintios, al fin lo domina. Ya no aguanta más. Toma una decisión inusitada de abandonar la nueva obra tan prometidora en Troas (ver Hechos 20.6-12) e ir en busca de Tito. Se despide cariñosamente de los nuevos creyentes, prometiéndoles volver, si Dios lo permitiría, y, cruzando por mar de Troas a Filipos, pregunta por Tito entre los cristianos allí. Pero no saben de él. Aumenta la agitación de Pablo. Sigue su camino rumbo a Tesalónica; pero tampoco hay noticias de Tito allí. Prosigue su camino por la *Via Ignatia* poseído por premoniciones cada vez más graves. Piensa: *“¡Seguramente Tito ha fracasado también! ¡O quizá está enfermo, o ya muerto!”*

Pero de repente, en algún lugar de Macedonia, aparece Tito. ¡Qué alivio siente Pablo! Fijar sus ojos en esa cara tan amada ahuyenta de una vez sus temores. ¡Tito vive y está perfectamente bien! Y como colmo de consolaciones, rinde un informe muy alentador. La congregación corintia se había arrepentido, había corregido al pecador y, además, había renovado su amor para con Pablo. ¡La tormenta ya ha pasado! El individuo que le causó tristeza a Pablo también se arrepintió y había sido perdonado por toda la congregación. Y ya tienen ganas todos los corintios de ver a Pablo de nuevo. En todo Pablo se siente grandemente aliviado y consolado; su espíritu está sosegado y en paz (ver 2 Corintios 7.5-16; 1.3-7) y el apóstol eleva alabanzas al cielo por esta gracia tan extraordinaria.

En tal estado de ánimo Pablo se dispuso a escribirles a los corintios de nuevo. Esa carta la conocemos por la segunda epístola del apóstol Pablo a los Corintios. En ella, Pablo expresó su gozo y dio gracias a Dios porque había llevado a feliz término esa emergencia tan grave y peligrosa en Corinto. También quiso comunicarles que había recibido el informe consolador de Tito y expresar su reacción gozosa porque ya se estaba cimentando la paz entre él y ellos otra vez. Por lo tanto, puntualiza su amor constante para con ellos, y así les prepara para su próxima llegada para visitarles de nuevo, ya no en tristeza o para entristecerles, sino con gozo en el perdón que Cristo hizo posible por Su muerte en la cruz. Y les llama al amor en el asunto de la ofrenda.

Pero había quedado un asunto sin resolverse lo suficientemente todavía: el de poner en claro la diferencia entre su ministerio apostólico y el así llamado ministerio de los super-apóstoles, para que los corintios siguieran en el verdadero evangelio de Cristo, disfrutando de todas las bendiciones que éste confiere. Sin más demora, entra en materia, movido por el gozo de Cristo que da victoria a las buenas nuevas, las cuales Pablo fue comisionado a proclamar.

Preguntas:

1.1 ¿Cuáles serían algunos casos que pudieran impacientar el ministro (en su sentido general), de tal modo que no se puede dedicarse “de corazón entero” a la obra?

1.2 ¿Por qué es posible, por la flaqueza de la carne, la necesidad de abandonar una obra prometedora en cierto lugar buscando tranquilidad de espíritu?

1.3 ¿De qué maneras pueden las preocupaciones y los temores impedir las oportunidades de proclamar el Evangelio que Dios nos ha dado?

1.4 ¿Qué sucede cuando un problema agudo entre los fieles se resuelve mediante el arrepentimiento y el perdón?

1.5 ¿Qué, del trasfondo de esta carta a San Pablo, nos puede ayudar a entender la carta y además, aplicar su mensaje a nuestras realidades de hoy en día?

Análisis y aplicación: Caso 1

En una congregación, fundada por misioneros extranjeros, ha surgido un grupo pequeño de algunos hermanos y hermanas que dicen ser más espirituales que los demás. Están sembrando confusión y desasosiego entre los demás miembros en la congregación porque afirman que estos son indisciplinados, no oran, ni ayunan como dice la Biblia. El pastor "ha perdido" su credibilidad con el grupito porque no los permite predicar ni dirigir los estudios Bíblicos como lo hacían antes de surgir el problema.

1.6 ¿Cómo se manifiestan las actitudes de estas personas? ¿Qué clase de situaciones se dan con estas clases de personas? ¿Cuáles pudieran ser las razones del comportamiento de este grupo de hermanos que se creen más espirituales?

1.7 ¿Cuáles acciones se deberían tomar para llevar a la congregación a una mejor situación de convivencia armoniosa y Cristo-céntrica?

He aprendido:

SEGUNDA PARTE: Fragancia de Cristo para Dios

Pero gracias a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y que por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento, porque para Dios somos grato olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para estos, ciertamente, olor de muerte para muerte, y para aquellos, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?, pues no somos como muchos que se benefician falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo (2.14-17).

Abruptamente Pablo interrumpe su narración acerca de su encuentro con Tito; tomará el hilo de ella de nuevo en el capítulo siete, versículo cinco. Por ahora, al mencionar ese encuentro, no puede sino prorrumpir en alabanza a Dios por el consuelo de corazón que la gracia de Dios le había proporcionado (ver 1.1-5). Si bien su gratitud abarca todos los múltiples actos de gracia que habían enriquecido su vida, sin duda en este momento Pablo está pensando en particular de su llamamiento como apóstol de su divino Señor Jesucristo y el ministerio bendito que puede resolver problemas tan agudos (como los que surgieron entre él y la congregación en Corinto) y sanar las heridas mediante el perdón que en Cristo se halla. Da gracias porque este ministerio le fue encomendado a él, pero también a varias personas más (ver el uso de «nosotros» después de haber usado «yo» a partir de 1.13).

Tan conmovido se siente que echa mano a un verbo extraño, pero muy expresivo para describir su gratitud. Se trata del verbo griego, *qriambeu,w* que significa: “llevar en una procesión triunfal como cautivo” o “hacer triunfar”. Lo usará otra vez en Colosenses 2.15. Con la imagen que evoca este verbo, Pablo parece querer describir a su Señor Jesucristo cual general que ha sido favorecido por el emperador romano con el privilegio de entrar en la ciudad en una procesión triunfal. El camino de Jesucristo hacia la cruz era en realidad una procesión triunfal. En Su cruz y resurrección ha conseguido una victoria insigne. Incorporado en esa procesión se encuentra el apóstol Pablo, ora como cautivo, ora como subalterno del que rige la suerte de las naciones. Porque Pablo es un «esclavo de Jesucristo» (*dou/loj Cristou/ Vlh sou/* - Romanos 1.1) que lo sirve como misionero pregonando las proezas de su Dueño como Salvador del mundo. Pero a la vez es un «apóstol de Cristo Jesús» (*avpo,stoloj Cristou/ Ihsou/* - 2 Corintios 1.1) que actúa con la autoridad de un plenipotenciario suyo. Como quien pertenece totalmente a Cristo, participa en toda una serie de triunfos que Cristo obtiene al ir marchando Su Evangelio por el mundo, conquistando nación tras nación mediante el ministerio de Sus apóstoles. Él considera el efecto que este evangelio ha tenido al transformar la situación imperante en la congregación de Corinto como las arras del triunfo final del Evangelio al caducar su curso por el mundo en la venida de Cristo por segunda vez.

Ahora Pablo cambia de figura literaria, quizá pensando en los aromas de los inciensos y las flores que solían usarse entre los romanos en dichas procesiones. Compara el conocimiento de Dios que su proclamación del evangelio proporciona a un olor penetrante, «el olor de su conocimiento» (*h` ovsmh. th/j gnw,sewj aurtou/*). Por medio de esta proclamación, Dios mismo actúa, de igual manera que es Dios quien lleva a Pablo en Su procesión triunfal.

En el concepto de los antiguos los olores tenían en sí el poder de proporcionar vida o muerte. Los griegos también creyeron que los dioses poseían cada uno su olor (*ovsmh,*) que emanaba de él, por ejemplo en una teofanía, y hacía que sus devotos participaran de la vida divina de ese dios. En el Antiguo Testamento leemos del «olor grato», (*x;xoyNlh; x;yre, ovsmh. euvwdi,aj*)

que percibió Jehová cuando Sus fieles le hacían sacrificio (ver Génesis 8.21). Pablo usa esta frase para describir el sacrificio de Cristo en la cruz (Efesios 5.2) y la ofrenda de los filipenses (Filipenses 4.18). Lo que quiere decir aquí, pues, es que el evangelio que proclama es una potencia divina que otorga la vida mediante el conocimiento de Dios como el Dios de amor y de gracia, el Dios que nos salva en Jesucristo. Entonces su labor misional revestía carácter de sacrificio y culto espiritual ofrecido a Dios (ver Romanos 12.1; 15.16; Filipenses 3.8) porque, como el sacrificio de Cristo de Sí mismo, se hacía en amor y para la salvación de muchas personas.

Es más, dando otro giro a la figura, Pablo afirma que él mismo, en su propia persona, es «grato olor de Cristo» (Cristou/ euvwdi,a). Dondequiera que anduviera esparció el aroma fragante de Cristo mediante su mera presencia, su conversación y su actuación. Y esta fragancia es percibida tanto por Dios (tw/| qew/|) como por todos, por «los que se salvan y los que se pierden» (evn toi/j sw|zome,noij kai. evn toi/j avpollume,noij – en ambas frases Pablo usa la forma del participio pasivo del verbo en el tiempo presente que indica una acción que continúa. Se puede representarlas en español así: “se están salvando” o “se están perdiendo”; ver 1 Corintios 1.18). Es decir, en Pablo, toda persona puede ver a Cristo, al cual representa, siendo Su apóstol (5.20). En él pueden todos observar la vida nueva, consecuencia de su fe en la muerte y resurrección de Cristo; pueden gustar el amor de Cristo que les ofrece dicha vida divina mediante el perdón de sus pecados (ver 5.14-15, 17). Dondequiera que él fuera era una fragancia vivificadora para los que oyeron su mensaje y lo creyeron. Esos son «los que se salvan».

Pero su mensaje es una moneda de dos caras. Precisamente porque es un mensaje vivificador destinado a salvar a los hombres llega a ser un mensaje de juicio para los que lo rechazan, o sea para los que optan por la muerte, y al fin les confirma la sentencia de muerte. Así Pablo llega a ser ese olor poderoso de Dios que da vida a los que Dios está salvando, y endurece a los que se están perdiendo (Romanos 9.14-24). En sus viajes misionales Pablo había experimentado que Cristo es la Roca de separación entre sus oyentes, abriendo brecha entre ellos, tal como Cristo lo había profetizado (San Lucas 12.51). Él es la causa porque la humanidad se divide en dos bandos: los que se están salvando y los que se están perdiendo. Una vez percibida esta fragancia vivificadora, nadie puede ignorarla, porque es la potencia de Dios (ver Romanos 1.16) y salvará o condenará. Así que es «olor de muerte para muerte» (ovsmh. evk qana,tou eivj qa,naton) cuando uno responde a ella con incredulidad. Pero es «olor de vida para vida» (ovsmh. evk zwh/j eivj zwh,n) cuando uno la acepta con fe. Es el evangelio que proclama Pablo una «espada de dos filos» (Hebreos 4.12): para algunos un asunto totalmente de vida y para otros un asunto totalmente de muerte. A los que están siendo salvados mediante ese evangelio, el Espíritu Santo les da la fe y llega a ser el impulso divino para su dirección y protección, a fin de que lleguen sanos y salvos a su hogar celestial. Pero para los que se están perdiendo el evangelio sirve para endurecerles en su necedad y rebelión, apurando su destrucción. Pablo mismo, el plenipotenciario de Cristo, está muy íntimamente ligado con Cristo mediante su propia fe en este mensaje, que es esa fragancia vivificante y condenadora de Cristo en su ministerio, ya que «Cristo es poder y sabiduría de Dios» (1 Corintios 1.24, 30).

“Cristo es Cristo, la gracia es la gracia y los verdaderos predicadores proclaman solamente el evangelio de Cristo, es decir, que somos salvos solamente por Cristo. Por eso este olor – tan grato a Dios, tan lleno de vida por causa de su origen en Cristo, quien es la Vida, y tan eficaz para obrar vida en todos los que creen – es, y en su misma naturaleza tiene que ser, todo lo contrario para todos los que no creen. Puesto que hay solamente una potencia y fuente de vida cuando se la rechaza vuelve a ser para los que la rechazan una potencia y una fuente de

muerte.” [Lenski, página 901]

Ante este poder misterioso de su mensaje divino Pablo quedó abrumado. «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?», exclama. El adjetivo que usa aquí es *ἰκανός*, que en su acepción original significaba “adecuado”, “lo suficientemente grande”. De allí vino a significar “idóneo”, “apropiado”, “competente”, “apto”, o “hábil”. Ciertamente Pablo sabía que de por sí no era, ni pudo ser, competente para la obra de su ministerio. No pudo él efectuar vida o muerte por sí solo. Pero más adelante da a entender que, sí, era competente para ello, por la gracia de Dios (3.5-6). Aquí se está refiriendo más bien a los super-apóstoles, que solían dejar la impresión en sus oyentes de que ellos, sí, eran competentes en sí mismos para proclamar el evangelio — y de manera más profunda y completa que Pablo! — cuando se jactaban de su dominio del mensaje y su sabiduría en aplicarlo a la vida de los ingenuos que los escuchaban.

¿Cómo fue que Pablo pudo percibir eso en los super-apóstoles? Porque, contesta Pablo, se puede notar que tratan la Palabra de Dios como si fuera alguna mercadería con qué negociar. Pablo usa un verbo descriptivo, pintando un cuadro vivo de un buhonero que obra con astucia y avaricia, falsificando su mercancía y manejando sus precios para satisfacer su codicia. Se trata del verbo *καπηλεύω*, *kapeleúo*, que significa “negociar al por menor” y que llegó a tener la fuerza de “vender con dolo” o “vender a un precio exagerado”, y de allí sencillamente “tergiversar” o “falsificar”. Entre los griegos se usó este verbo de los sofistas o filósofos que vendían su enseñanza por dinero. Eso hacían los super-apóstoles también, pero no los apóstoles llamados por Cristo, como Pablo y sus colaboradores. Éstos no empleaban, como lo hacían aquéllos, cualquier artimaña necesaria para realizar ganancias materiales por medio del evangelio, falsificando en el acto el evangelio de Cristo y haciendo de él «otro evangelio» que nunca puede ser «olor de vida para vida», sino solamente y siempre «olor de muerte para muerte».

Lo lamentable es que esa mercadería suya falsificada es algo codiciada no tan sólo por el mundo incrédulo, sino también por el cristiano en cuanto posee todavía «el viejo hombre» (ver Efesios 4.22-23). Esto es porque es un evangelio cómodo, una “gracia barata”, que no lleva a la contrición, al arrepentimiento, a la fe, a la obediencia de la fe o a la paciencia bajo sufrimientos, mucho menos al amor. Con tal así llamado evangelio pretendían esos buhoneros religiosos sustituir a Pablo en el afecto de los corintios y anular la gracia de la predicación del apóstol. Y en efecto, habían ganado considerable fama con su falsificación del evangelio de Cristo.

Era numerosa esa clase de super-apóstoles; en cambio, contados eran los verdaderos apóstoles de Cristo. Pero éstos nunca descendían al nivel de aquéllos, manipulando el evangelio en pro de sus intereses personales, sino que lo proclamaban tanto «con sinceridad» (*ὡς ἐκ εὐαγγελικῆς*, que significa literalmente “como de la pureza”), como los que hablan «como de parte de Dios» (*ὡς ἐκ θεοῦ*). Es decir, hablaban con móviles puros, y hablaban como Dios les mandó hablar. Como embajadores suyos sólo repetían lo que Dios les puso en el corazón y en la boca, sin cambiar en nada el mensaje. Por eso, según parece, Pablo usa el verbo griego *λέγω* “hablar” para expresar lo que decían, porque puede encerrar el concepto de “declarar”, “anunciar” o “predicar”.

Pablo está consciente de estar en la presencia de Dios al proclamar el evangelio; está consciente de que habla porque está en comunión estrecha con Cristo por la fe; está consciente de que ha sido enviado por el Señor Jesús; y está consciente de que Cristo es la pura Verdad en toda su potencia. Estando, pues, tan plenamente «en Cristo» (*ἐν Χριστῷ*), o sea identificado totalmente con Cristo, y de Aquel que todo lo oye y todo lo sabe, ¿cómo se atrevería añadir al mensaje,

restar algo de él, o proclamarlo de modo engañoso? O, ¿cómo se atrevería a predicarlo sencillamente para ganarse así su pan cotidiano (ver 11.7-11; 1 Corintios 9.14-15)? Aunque a raíz de esta postura de amor surgieron malentendidos, acusaciones y sufrimientos para Pablo, como por ejemplo sus recientes dificultades con la congregación corintia, no se dejaba provocar de tal modo que alterase la Palabra de Cristo con el fin de evitar esa cruz. Porque en la cruz de Cristo había de triunfar al fin. Pablo ya no volvería a aquellas prácticas que solamente conducen a la derrota eterna.

Preguntas:

2.1 ¿Qué significa “ser cautivo de Cristo”, en quien las marcas de nuestra victoria son visibles?

2.2 ¿Cómo, en tu ser y en tu mensaje, manifiestas “el olor” del conocimiento de Dios?

2.3 ¿Por qué podemos considerarnos como fragancia vivificadora de Cristo, ofrecida en sacrificio a Dios?

2.4 ¿De qué maneras pueden creyentes e incrédulos ver a Cristo en tu actuación y en tu predicación?

2.5 ¿Por qué es importante estar conscientes de que el Evangelio que nos ha sido encomendado es una potencia repleta de vida y de muerte, tanto para nosotros cuando lo estudiamos como para los oyentes cada vez que abrimos la boca para anunciarlo?

2.6 ¿Por qué somos capaces de desempeñar el ministerio de proclamar el Evangelio de Cristo?

2.7 Es posible desempeñar el ministerio como buhonero, obedeciendo intereses personales

propios. ¿Por qué?

2.8 ¿Cómo podemos ser sinceros en nuestra vida y nuestra labor como siervos de Cristo?

2.9 Hay personas que alteran el Evangelio con el fin de ganarse reconocimiento personal. ¿Cómo se evita esta tentación?

2.10 Proclamar el Evangelio es hablar como de parte de Dios y ante la presencia de Dios. ¿Qué hay de cierto en esta frase?

2.11 Al anunciar el Evangelio, hablamos como quienes estamos «en Cristo» como miembros de Su Cuerpo y participantes en Su verdad. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades ante esta tan importante labor?

Análisis y aplicación: Caso 2

Surge en una congregación, un joven con una gran habilidad para expresarse y de hacerlo de una manera elocuente y convincente. Algunos miembros de la congregación comentan que el joven tiene muchos dones para la predicación. La congregación lo anima a prepararse a fin de ayudar al pastor en la evangelización y ocasionalmente en la proclamación de la Palabra los domingos y en cultos especiales, con miras de formarse como pastor. Inicialmente los sermones del hermano son muy Cristo-céntricos. Sin embargo, después de un tiempo, el joven comienza a alterar el Evangelio y es obvio que lo hace queriendo ganarse reconocimiento personal y elogios de los demás.

2.12 En 2 Corintios 2.14-17, Pablo advierte sobre los que falsifican la Palabra de Dios. ¿De qué maneras se puede falsificar la Palabra de Dios?

2.13 ¿Quién (o quiénes) debe hablar con el joven para plantearle el problema?

2.14 ¿Cuáles medidas se pueden tomar con el joven en caso que éste no reconoce su error?

2.15 ¿Qué significa “hablar en Cristo” (v. 17)?

2.16 ¿Qué pasos se deben tomar para restaurar al hermano en el caso que reconoce su error?

He aprendido:

TERCERA PARTE: Cartas de recomendación

¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres. Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón (3.1-3).

Pablo tuvo que enfrentarse a los super-apóstoles porque estaban adulterando la Palabra de Dios, lo cual Pablo evitaba en su proclamación, según afirma en 2.17. Sin duda los super-apóstoles se valdrían de esta aseveración de Pablo para acusarle de nuevo a él y a sus ayudantes de haberse recomendado a sí mismos «otra vez» (pa,lin e` autou.j sunista,nein) con el fin de desacreditarlo y así poner en tela de duda su evangelio. Dirían que Pablo tenía necesidad de semejante auto recomendación porque no traía cartas de recomendación que los apóstoles en Jerusalén les hubieran dado, cosa de la cual los super-apóstoles se jactaban (w|j tinej, - «como algunos»). En verdad Pablo, estando todavía en el judaísmo, también se valía de cartas de recomendación del sumo sacerdote (Hechos 9.1-2). Pero ya en el Evangelio no hacían falta porque el mismo evangelio que proclamaba estableció su autoridad apostólica (ver Gálatas 1.11-12). Con sus cartas de recomendación, los falsos apóstoles pretendían establecer su autoridad de enseñar a los nuevos creyentes e inculcarles su nueva doctrina judaizante. Las palabras de Pablo nos dan la impresión de que los corintios quedaron tan favorablemente impresionados por tales cartas que empezaban a menospreciar la enseñanza de Pablo, considerándola carente de autoridad verdaderamente apostólica. Aquellos super-apóstoles aprovecharían tales dudas para establecer su propia autoridad como superior a la de Pablo.

Pablo afirma que no tenía necesidad de cartas para recomendarse a sí mismo o para establecer la autoridad de su doctrina en los corazones de los corintios (pro.j u`ma/j, - «para vosotros», ver 1 Corintios 4.1), ni esperaba tales cartas de ellos (evx u`mw/n, - «de vosotros»). Más bien, alude a otra carta que lo recomienda a él y a su enseñanza, si es que los corintios le exigirían alguna recomendación. Es decir, «Vosotros mismos sois nuestra carta de recomendación» (h` evpistolh. h`mw/n u`mei/j evste). Esta aserción es un llamado a los corintios a recordar lo que sucedió cuando Pablo primero llegó a Corinto en 51 d.C. Entonces los judíos de la sinagoga rechazaron la palabra del evangelio, por lo cual Pablo fue a predicar entre los gentiles, los cuales le recibieron en arrepentimiento y fe al oír las buenas nuevas que anunciaba y al descansar su fe en el perdón de pecados que este evangelio les prometió en Cristo (ver San Marcos 1.15). De esta manera fueron incorporados en el amor de Cristo y escritos en el corazón de Pablo. Es decir, por la gracia de Dios que se proclama en su evangelio, se estableció tanto una comunión muy estrecha entre Pablo y los corintios como una amistad inquebrantable fundada en la fe, el amor mutuo y la esperanza de la vida eterna que recibieron gracias a su unión con Cristo (evn Cristw/|, ver 6.11-13; San Juan 15.14-15). En la confianza mutua que semejante relación amistosa produce, ¿se necesita acaso cartas de recomendación? Por su parte, Pablo afirma que la congregación está grabada en su corazón de tal modo que tampoco tiene necesidad de cartas de recomendación de ellos. Espera que correspondan con la misma confianza y amor para con él, como él siente para con ellos. El fruto de su evangelio proclamado en Corinto son ellos mismos: ¡una congregación cristiana en medio de una ciudad pervertida!

Ahora, como miembros del cuerpo de Cristo, los corintios manifiestan un cambio radical en su vida a todos los que los conocen. Así llegan a ser una carta de recomendación para el evangelio

de Pablo en Corinto, y a la vez, una carta que él puede presentar en otros campos de su obra misional (ver 8.1-7). Su nueva vida es patente a todo el mundo, y todos pueden leerla (ginwskome,nh kai. avnaginwskome,nh u`po. pa,ntwn avnqrw,pwn). Esta existencia demuestra lo que Dios había obrado entre ellos de una manera tan maravillosa. Esta existencia da a conocer el efecto de la obra de Cristo en ellos, es decir, son ellos una carta que revela a Cristo (fanerou,menoi o[ti evste. evpistolh. Cris& tou) y Pablo, Silas y Timoteo son como los carteros que la entregaron al mundo (diakonhqeí/sa u`fv h`mw/n, - «transmitida por nosotros»).

Al hacer uso de ese último verbo, Pablo aborda propiamente su tema de «el Ministerio del Nuevo Pacto» (h` diakoni,a kainh/j diaqh,khj) y la superioridad del mismo al ministerio de los super-apóstoles, el cual era un ministerio de la ley. Fue a causa de su proclamación de Cristo que los corintios llegaron a poseer una nueva vida por la fe en Cristo. Esto también era patente a todos, es a saber, que el cambio obrado en ellos fue un fruto de su actividad ministerial de Pablo. La nueva congregación, pues, fue la creación del Espíritu del Dios viviente mediante esa proclamación evangélica. Este Espíritu, “el Señor y Dador de vida” (Credo Niceno), es el único que otorga la vida que perdura por toda la eternidad (h` zwh., “la vida”). Así Dios obró por medio del «olor de vida para vida» para darles en la carne viva de los apóstoles este máximo don. Si buscaban los corintios cartas de recomendación, más bien convendría, dice Pablo, que prestaran atención a esta obra de Dios en su medio. No hay otra recomendación más convincente, y ésta basta para convencer a todos.

Con este concepto de una carta viva, Pablo quiso abrir los ojos de los corintios para que pudieran vislumbrar la gracia del evangelio vigente y operante en sus propias vidas. Poseyeron la vida del nuevo pacto (ver Jeremías 31.33; Salmo 51.10; Ezequiel 11.19 y 36.26) — un pacto tan distinto del antiguo pacto de la ley como lo son los corazones de carne viva y palpitante de las tablas de piedra en que se grabaron los mandamientos (Éxodo 24.12 y 31.18). ¿Experimentaron eso los corintios cuando oyeron el mensaje de Pablo? ¿Percibieron que era «olor y fragancia de Cristo» (ovsmh. kai. euvwdi,a Cristou/) cuando escucharon sus palabras? ¿Se fijaron en que Pablo era servidor de Cristo para con ellos al comunicarles la buena nueva? ¿Estaba comprobado todo esto por medio de su propia vida congregacional (ver 7.3-4; 12.11-12)?

Así, suavísima y magistralmente, Pablo entra en materia para prevenir que esta congregación, que tanto amó, se desviara de la senda del evangelio y del nuevo pacto, a la cual había dirigido sus pasos años antes. Al volver a la ley, o sea al antiguo pacto, estarían trocando el ministerio de Cristo en las «tablas de carne» de sus corazones por el ministerio de Moisés en las «tablas de piedras» de las acciones meramente externas. Pero aquél es el ministerio que corresponde al que es Dios, no de los muertos, sino de los vivos (ver San Marcos 12.27); y es siempre este Ministerio del Nuevo Pacto que solamente otorga la nueva vida en Cristo.

Preguntas

3.1 ¿Cuál es tu “carta de recomendación” en la congregación donde sirves? ¿Son los miembros de la congregación?

3.2 ¿Haz una lista de cómo tu ministerio ha formado en el Evangelio, una relación tan estrecha de amor y confianza entre tú y los creyentes que sirves, como la que existió entre Pablo y los corintios?

3.3 ¿Cómo son los convertidos por tu ministerio como «escritura» del Espíritu de Dios en corazones de carne que revelan a Cristo al mundo?

3.4 ¿De qué manera eres un servidor de Cristo para entregar la carta de Cristo al mundo?

Análisis y aplicación: Caso 3

El pastor de una congregación tiene un estudio Bíblico cuyo tema es "...sois carta de Cristo." Durante el estudio, una hermana da su testimonio de cómo Dios la usa para regañar a todas las hermanas de la congregación en cuanto a su forma de vestirse, hablar, cocinar, orar, ayunar, criar a sus hijos, atender a sus esposos y asistir a los cultos, entre muchas otras cosas. Ella dice que este es su ministerio y que ella es una "carta de Cristo".

3.5 ¿Qué quiere decir Pablo cuando usa la frase "carta de Cristo"?

3.6 ¿Cuál es el problema de la hermana? ¿Cuáles serían algunas causas de su comportamiento?

3.7 Usando el texto de esta lección, 3:1-3, ¿cómo se puede corregir a la hermana?

3.8 ¿Qué se deberá hacer en la congregación para superar lo que la hermana sembró?

He aprendido:

CUARTA PARTE: Ministros competentes

Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata, pero el Espíritu da vida (3.4-6).

Pablo había preguntado antes: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (kai. pro.j tau/ta ti,j i`kano,jÈ, - 2.16) para poner en ridículo la jactancia de los super-apóstoles alegando que, sí, eran ellos competentes para llevar a cabo un ministerio evangélico y exitoso. Ahora Pablo, al describir su propio ministerio del cual había hablado tan acertadamente, afirma que él y sus asociados en ese ministerio se sienten «capacitados» (i`kanoi,) para llevarlo a cabo. Es decir, se consideraron lo suficientemente preparados para llevarlo a cabo de acuerdo con la voluntad del que se lo había confiado. ¿Cayó el apóstol en la misma jactancia de los super-apóstoles? ¡Claro que no!

Su congregación epistolar (ver 3.1-3), en la que está manifiesta la obra de Dios mediante el Evangelio de la gracia divina que Pablo diseminó entre los corintios, le da motivo de pensar así. En verdad, hay quienes que son competentes para este ministerio de ser la fragancia de Cristo en cada lugar — siempre que hayan sido escogidos por Dios para aquella obra. A Pablo se le había infundido mucha confianza (pepoi,qhsin de. toiau,thn e;comen, - v. 4) referente a la obra que llevó a cabo, no tan solamente en Corinto, sino también en otros lugares donde había trabajado. Tan confiado se siente, que puede afirmar que había llevado a cabo su ministerio pro.j to.n qeo,n, - o sea “cara a cara con Dios” (ver 2.17; San Juan 1.1b), tanto en cuanto al mensaje evangélico que proclamaba como en cuanto a su manera de comunicarlo. No obstante, los resultados externos definitivamente no eran aquello que le infundió tal confianza sino, por un lado, el hecho de que fue Cristo mismo el que le presentó delante de Dios como «olor grato» para esa obra y, por otro lado, el hecho de que habla «en Cristo», es decir, en estrecha unión con su Señor Jesucristo (2.17; 1 Juan 3.21; 4.17).

Por estas razones, ¡qué los corintios no se imaginen que Pablo esté haciendo alarde de su capacidad, su valentía o su proximidad a Dios! Pablo les asegura que no está jactándose delante de ellos para gloria propia. Si está competente o capacitado para pregonar «la verdad que está en Jesús» (Efesios 4.21), no encuentra esa capacidad en lo profundo de su propio ser interior, como si su mensaje fuese creación propia, o su valor en pregonarlo fuese su propia hechura. El encomio de su ministerio que se halla implícito en la creación de una congregación de creyentes en Corinto, de ninguna manera se debió a lo que era él en sí mismo, o a lo que hubiera logrado en nadie. Pero a la vez, sin duda, Pablo quiso desmentir una acusación más de los super-apóstoles alegando su incompetencia para el apostolado. Mas bien, su confianza halla su origen «mediante Cristo» (dia. tou/ Cristou/, - v. 4); o sea, confiesa que esa confianza Dios lo ha dado como don cuando llegó a la fe en Cristo. Pues Pablo también gozó de la vida nueva en la que vive por la fe y en la que Cristo actúa en él (ver Gálatas 2.20). Esta realidad debió impedir que nadie se imaginara que Pablo, por sí solo, podría ser autor de una obra tan grande y maravillosa como la es la creación de una congregación cristiana.

¡Muy al contrario! Su capacidad o competencia le fue dada solamente por el Dios bondadoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo; «proviene de Dios» (evk tou/ qeou/, - v. 5) como obra de Su gracia divina manifestada en Pablo (ver Gálatas 1.12, 15; 1 Corintios 15.10) cuando fue llamado y comisionado por Cristo resucitado (ver Hechos 9.1-6, 15-17; 22.8, 14-15; 26.15-18). Como «ministro de Cristo» (dia,konoj Cristou/, - ver 11.23) que era, solamente Cristo le pudo fortalecer

para que pudiera servirle de manera competente, en lugar de tratar su mensaje como mercadería (2.17; 4.7; ver Filipenses 4.13). Por lo tanto, no tiene por qué avergonzarse de su manera de actuar en su ministerio (ver Romanos 1.16-17). Tacharlo de incapacidad o incompetencia sería acusarle a Cristo de haberse equivocado en enviar a un tal apóstol. O sería alegar que Cristo le hubiera enviado a segar los campos blancos entre los gentiles sin haberle equipado con el poder de Su Santo Espíritu para aquella misión.

Pero, sí, Pablo había recibido el don del Espíritu de su Señor Jesús, al cual da toda la gloria, como suele hacerlo en cada oportunidad. Así Cristo le había capacitado (kai, i`ka,nwsen h`ma/j, - v. 6; ver 1 Timoteo 1.12) para su ministerio. A él y a sus colaboradores en la obra el Espíritu les había hecho «ministros de un nuevo pacto» (diako,nouj kainh/j diaqh,khj, - v. 6). Estaban llamados al servicio de Cristo en pregonar aquel nuevo pacto anunciado por el profeta Jeremías (Jeremías 31.31-34; Hebreos 8.8) e iniciado por Cristo mismo al derramar Su santa sangre en la cruz (ver San Mateo 26.28; 1 Corintios 11.25). Este Nuevo Pacto es en todo sentido superior al Antiguo Pacto. Es nuevo con respecto a su calidad (kainh,, ver Hebreos 7.22; 8.6; 9.1-15), así como con respecto al tiempo (ne,a, ver Hebreos 12.24; 8.13). Por lo cual, reemplaza el Antiguo Pacto. Es el cumplimiento de aquella antigua promesa dada a Abraham, cuando Jehová concertó Su pacto de gracia con él (ver Génesis 15.18; 22.15-18). Ese fue una promesa de pura gracia, sin merecimiento alguno de parte de Abraham. Esa promesa obró la fe en Abraham, de modo que no solamente creyó lo que Dios le prometió, sino que puso su fe en Dios, Jehová mismo, Él que le otorgó tan grandes bendiciones por puro amor a Abraham.

Pero el Nuevo Pacto no fue sencillamente una continuación de aquel pacto con Abraham. Es nuevo porque no fue sellado mediante la sangre de animales y aves, sino porque fue sellado con la preciosa sangre del mismo Hijo de Dios. De esta manera llegó a ser el cumplimiento del pacto de promesa dada a Abraham, porque en Cristo todas las promesas de Dios hallan su cumplimiento y efecto cabales (2 Corintios 1.19-20). Es el Nuevo Pacto porque señaló “el nuevo orden de cosas” (eso es lo que significa la palabra «pacto» en su aceptación original, y lo que expresa aquella otra palabra usada en Hebreos 9.10: dio,rqwsij, - “mejora”, “nuevo orden”, “reforma”). Este nuevo orden de cosas corresponde a «los últimos días» (ai` evsca,tai h`me,rai, - ver Hechos 2.17; 2 Timoteo 3.1) iniciados con la muerte y resurrección de Cristo. Como tal, el Nuevo Pacto es el pacto definitivo que Dios concertará con la humanidad (ver Génesis 3.15; 2 Pedro 3.13; Apocalipsis 21.1-2, 5; 3.12). Pide que nosotros respondemos a él en «la obediencia de la fe» (h` u`pakoh. pi,stewj, - Romanos 1.5; 16.26) de acuerdo con «el nuevo mandamiento» (h` evntolh. kainh,, - San Juan 13.34; 15.12), que es a la vez el antiguo mandamiento (ver 1 Juan 2.7-8). Pues el Nuevo Pacto es el nuevo orden de salvación (ver 5.17) que destruyó el poder del pecado y de la muerte. Es lo contrario al Antiguo Pacto que producía el pecado y la muerte (ver Romanos 5.20-21). Este viejo principio de muerte es «la letra» (to. gra,mma) de que habla Pablo en éste párrafo (ver Romanos 8.1-4).

El Antiguo Pacto de la Ley, que Pablo llama un pacto «de la letra» (gra,mmatoj, ----- v. 6) fue «grabado... en piedras» (evntetupwme,nh li,qoij, - v. 7), es decir, es meramente letras sin vida en sí para efectuar la obediencia a sus prescripciones, porque no penetra la vida personal interior del hombre. No tiene poder para otorgar la nueva vida al hombre (ver Jeremías 31.33). La Escritura, pues, cual ley, solamente nos enjuicia, y al fin y al cabo nos mata (to. gra,mma avpokte,nein, - v. 6; ver Romanos 7.9-11; Gálatas 3.10). “Lo que es meramente prescrito o escrito solamente puede matar” [Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, I, 767].

En cambio, el Nuevo Pacto es «del Espíritu» (pneu,matoj, - v. 6) que, según Jeremías 31.31-34, fue

escrito por el Espíritu Santo de Dios, “Señor y Dador de vida” (Credo Niceno) en corazones vivientes y palpantes de personas con vida. Produce la fe, la obediencia a la voluntad de Dios, la justicia como fruto del amor y todo lo bueno; «contra tales cosas no hay ley» (ver Gálatas 5.22-25).

Por todo esto, el Antiguo Pacto concertado con el Pueblo de Dios, fue de carácter temporal, dado cuando se hallaron incapaces de vivir de acuerdo con el pacto de promesa y fe hecho con Abraham. Pero el Nuevo Pacto es un pacto eterno, lo que nunca se dijo del pacto de la ley. Porque el propósito de Dios en dar la Ley a Su Pueblo nunca era para efectuar la salvación, «porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3.20); y «la ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara» (Romanos 5.20). Por eso ni aún el Pueblo Escogido pudo guardar ese pacto. No obstante, la jactancia de los guardianes de la Ley de Moisés en días de Cristo, alegraron haberlo obedecido y aun de haber producido más obras que las necesarias para ganar el favor de Dios (ver San Mateo 19.16-22).

Pablo y los que lo acompañaron no fueron pregoneros de semejante pacto de ley, ni siquiera del Pacto que Dios concertó con Su Pueblo en el monte Sinaí. Habían sido constituidos servidores del Nuevo Pacto, que no produce la muerte, sino proclama la gracia de Dios y la promesa de la vida eterna en Cristo. Con este Evangelio motivaron sus oyentes a la fe en las promesas de Dios. Y confesaron que todo, desde su llamamiento hasta los resultados habidos, era obra de la soberana y libre favor de Dios (ver 1 Corintios 15.9-10; 1 Timoteo 1.12-17). Si es verdad que ambos pactos lograron su existencia gracias a la iniciativa divina, totalmente aparte del pensar o el obrar de los hombres, Pablo hace hincapié en que solamente el Nuevo Pacto es el que fue concluido en relación con Cristo (1 Corintios 11.25). Y era Cristo el que le impuso a Pablo la necesidad de proclamarlo (Romanos 1.5, 14; 1 Corintios 9.16).

La vocación de Pablo, pues, fue al «ministerio del Espíritu» (h` diakoni,a tou/ pneu,matoj, 3.8), ya que es el Espíritu Santo que es la fuerza de la nueva vida que actúa en la misma proclamación del Nuevo Pacto. Por eso Pablo afirma: «De modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (Romanos 7.6). Por lo que su ministerio es de carácter espiritual que obedece «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús» (Romanos 8.2).

No así era el ministerio de los super-apóstoles que solamente procuraban someter a los corintios a la obediencia de la Ley de Moisés. Demandaban que ellos respondieran a lo que Dios hacía en su vida, sin hacer hincapié en la fe. Era una forma de esclavizar de nuevo a los cristianos (ver Gálatas 2.4-5). Y eso los denunciaba como falsos apóstoles y pregoneros de la muerte en lugar de ser servidores de la vida. Porque cuando el hombre pecaminoso oye la Ley de Dios, aunque sea proclamada con toda la mejor intención de lograr nueva vida en él que oye mediante la obediencia a sus prescripciones, lo que sucede es que se siente acusado por la ley. Porque la ley le prohíbe seguir en su pecado, y en consecuencia el pecador rebela contra la ley y contra Dios y vuelve a su pecado. De esta manera el pecado revive, crece y se aumenta en él (Romanos 4.15; 7.13) y lo mata, a pesar de su confianza en su obediencia a la ley que hubiera logrado. Lejos de conseguir la liberación del pecado, sólo se va esclavizando más y muere ante la ley — todo lo contrario a lo que los promovedores de la ley esperaban (ver Romanos 7.8-9; Gálatas 3.10-12).

En cambio, el ministerio del Nuevo Pacto, o sea del Espíritu, hace impacto, no por exigir una obediencia meramente externa al mandamiento, sino por efectuar un cambio interior. No opera con leyes y reglamentos que regulan tan solamente las acciones y los hechos, sino “apuñala al

corazón” (ver katanu,ssomai, - “ser apuñalado”, Hechos 2.37 y u`pwpiá,zw, - “golpear”, 1 Corintios 9.27). Es decir, el Evangelio del Nuevo Pacto efectúa un cambio en la mente, las emociones, la voluntad del pecador, y lo dirige a la gracia de Dios, porque nace de la gracia de Dios. Este cambio interior a su vez efectúa un cambio en la conducta externa también. De manera que el pecador resulta ser una «nueva criatura» del Espíritu de Dios (2 Corintios 5. 17) quien dota al pecador un nuevo ser creado en la perfección de Cristo (ver 2 Corintios 5.21). Pues, ...el Espíritu actúa en relación con Cristo. Por medio de Cristo el pecado es vencido y perdonado, y la muerte es abolida. Por consiguiente, el Espíritu, quien hace eficaz la obra de Cristo entre los hombres, vence el efecto de la Ley y da la vida (en Cristo). [Hoeferkamp]

Así es que el ministerio del Espíritu de Dios en el Nuevo Pacto otorga la nueva vida espiritual gracias a Cristo (zwh,). Por lo tanto, este ministerio demanda que sus servidores sean ya vivificados por el mismo Espíritu de Dios (ver Hechos 2.14; 4.31; 9.17). La persona así llena de la vida del Espíritu es un ministro competente que no tiene que avergonzarse de su mensaje (Romanos 1.16-17) ni de su obra (2 Timoteo 2.15), porque es guiado y dirigido por el mismo Espíritu de Dios (Gálatas 3.16, 18, 25).

Preguntas:

4.1 ¿Qué significa para ti, “mediante Cristo”?

4.2. ¿Cómo se caracterizan, tanto tu vida como tu ministerio, por la confianza delante de Dios por medio de Cristo?

4.3 ¿Por qué nuestra competencia como ministros es don de Dios y no nuestra propia hechura?

4.4 ¿Cómo podemos estar seguros que nuestro ministerio es un ministerio del nuevo orden de cosas, o sea, del Nuevo Pacto y no del Antiguo Pacto?

4.5 ¿Por qué es importante emplear la Ley de Dios para acusar, enjuiciar, condenar y matar y el gozoso anuncio del perdón del pecado en Cristo para aliviar, consolar, restablecer y restaurar la vida al pecador?

4.6 ¿De qué maneras somos movidos por el Espíritu de Dios en nuestro ministerio?

4.7 ¿De qué manera el Espíritu da vida a tu ministerio?

4.8 ¿Te das cuenta de que mediante tu ministerio del Nuevo Pacto el Espíritu Santo concede vida al oyente?

4.9 Verdadera / Falsa La única manera de otorgar nueva vida y la capacidad de obedecer los mandamientos al oyente es por medio del Evangelio. ¿Por qué?

4.10 ¿Qué papel tiene el bautismo, como medio de gracia, en el ministerio del Nuevo Pacto?

Análisis y aplicación: Caso 4

Cada vez que un joven pastor predica, usa la oportunidad para llamar la atención a los hermanos porque él ha notado que sus vidas carecen del verdadero gozo y alegría. Además, él destaca que nadie está haciendo ningún esfuerzo por cambiar y llegar a ser verdaderos Cristianos. Sus técnicas de predicar son excelentes y a los miembros les gusta porque dicen que el pastor 'habla claro'. "Para eso Dios nos dio la Ley y lo voy a usar hasta que la gente muestre señales de cambio," dice el pastor.

4.11 ¿Cuál es el problema?

4.12 ¿Por qué está equivocado el pastor?

4.13 ¿Cuál es la finalidad de toda predicación?

4.14 ¿Qué consejos necesita este joven pastor?

He aprendido:

QUINTA PARTE: Ministerio de gloria inmensurable

Si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa del resplandor de su rostro, el cual desaparecería, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu? Si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación, porque aún lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Si lo que parece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece (3.7-11).

Pablo sigue explicando lo que acaba de escribir en cuanto al contraste entre los dos pactos, el Antiguo Pacto (h` palaia. diaqh,kh, - 3.14) y el Nuevo Pacto (h` kainh. diaqh,kh, - 3.6), dando a entender lo que distingue el uno del otro. Para ello, se sirve de Éxodo 34.27-35.

El pacto que Jehová concertó con los israelitas en el monte Sinaí (Éxodo 19 a 21) era un pacto que Él dio en Su amor al pueblo que había escogido para ser suyo propio. La obligación de Israel era la de obedecer Sus mandamientos «santos, justos y buenos» (Romanos 7.12) que «prometían vida» (Romanos 7.10). ¡Pero no resultó en vida para ellos! Si no que, cuando entró el mandamiento, el pecado revivió y los trajo la muerte (ver Romanos 7.7-12), por lo que Pablo llama el Antiguo Pacto «el ministerio de muerte» (h` diakoni,a tou/ qana,tou, - v. 7). Es decir, servía solamente para conducir a la muerte a los que estaban bajo la Ley. No tenía nada de vida en sí, aunque debía conducir a la vida. Aún su forma externa denunciaba que no tenía vida en sí, siendo grabado en piedra inanimada. No pudo ser de otra manera. Porque el ser pecaminoso no puede cumplir con la Ley en la forma que Dios exige por mucho que se esfuerce para obedecerla (ver Gálatas 3.12). También el pueblo de Israel era un pueblo pecaminoso — como lo demuestra su antigua historia con suficiente claridad — a pesar de ser el Pueblo Escogido por Jehová (ver Romanos 7.13-20). Por estas razones el Antiguo Pacto sirvió de instrumento de muerte por revivir y aumentar el pecado en el ser humano (ver Romanos 5.15-20).

No obstante todo esto, el Antiguo Pacto tenía su propia gloria, dice Pablo. ¿De qué manera era glorioso si solo conducía a la muerte? Tratemos de hallar una contestación a esa pregunta examinando el significado de la palabra hebrea dAbK', *kabod*, que generalmente se traduce con «gloria» en nuestra Biblia. Esta palabra se derive del verbo hebreo dbek', *kabed*, que significa “tener mucho peso” o “ser de peso”. Entre los hebreos, en su aceptación secular, dAbK', *kabod*, significaba “peso”, “carga”. De allí se la aplicaba a los que tenían peso, o sea, “importancia” por razón de sus bienes o riquezas, o por causar alguna impresión fuerte. Así llegó a significar “esplendor”, “magnificencia”, “respeto”, “distinción”, o “marca de honor”. En fin, cualquier cosa que en el hombre se consideraba “de peso” y le daba importancia ante los ojos de los demás, esa era su “gloria”, su dAbK', *kabod*. Así es que esta palabra venía adquiriendo un significado figurado, o sea, “lo que impresiona a una persona”.

Cuando se usaba la palabra dAbK', *kabod*, en el sentido religioso, especialmente con relación a Jehová, se la usaba en este último sentido metafórico. Al hablar de la «gloria de Jehová» (que en esta frase se pronunciaba *kebod Yahvé*, hw”hy> dAbK'). Se refería a aquello en Dios que dejaba una fuerte impresión en el hombre, o sea, se refería a la fuerza de la auto manifestación de Jehová. En su uso religioso, pues, el término “gloria” había perdido toda relación con la idea de “peso” y se relacionaba más bien al concepto de “lo impresionante”.

Uno de los ejemplos más notables de ello hallamos en Éxodo 19 y 20, cuando Jehová concertó el Antiguo Pacto con Su pueblo escogido, Israel, en el monte Sinaí. Éste era el mismo monte en que había aparecido a Moisés «en una llama de fuego» al llamarle para que efectuara la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto (Éxodo 3.2-4). En esa ocasión se reveló como el Dios que salva (Éxodo 3.16-17) descendiendo sobre el monte en medio de «truenos y relámpagos, una espesa nube . . . y un sonido de bocina muy fuerte» (Éxodo 19.16). ¡Un espectáculo sumamente impresionante! Entonces Jehová Dios habló con Moisés en voz tronante, y le dio al pueblo los Diez Mandamientos como la parte del pacto que les correspondía y que habían de observar para permanecer fieles al pacto. El efecto era tremendo para el pueblo:

«Todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado. Entonces dijeron a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”» (Éxodo 20.18-19).

Pero Jehová no se manifestaba sólo mediante tempestades, truenos y relámpagos, como si fuera “un dios del trueno” o que solamente la tempestad fuera una manifestación de Su gloria, *dAbK'*, *kabod*. En una ocasión Moisés y Aarón, Nadab y Abiú y setenta de los ancianos de Israel subieron al monte Sinaí,

«...y vieron al Dios de Israel. Debajo de Sus pies había como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Pero no extendió su mano contra los príncipes de los hijos de Israel: ellos vieron a Dios, comieron y bebieron. . . . Entonces Moisés subió al monte. Una nube cubrió el monte, y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí. La nube lo cubrió por seis días, y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. La apariencia de la gloria de Jehová era, a los ojos de los hijos de Israel, como un fuego abrasador en la cumbre del monte. Moisés entró en medio de la nube y subió al monte. Y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches» (Éxodo 24.9-18).

Y cuando se había terminado la construcción del tabernáculo, leemos que:

«Entonces una nube cubrió el Tabernáculo de reunión, *d[eAm lh,a, ohel moed*, y la gloria de Jehová, *hw”hy* > *dAbK, kabod Yahvé*, llenó el Tabernáculo. Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba.» (Éxodo 40.34-35)

De igual manera, la radiante gloria de Jehová, *hw”hy* > *dAbk, kabod Yahvé*, que llenó el lugar santísimo en el templo de Salomón (ver 1 Reyes 8.10-11), indicaba que su presencia había de permanecer entre Su pueblo. De esta manera Jehová también manifestó Su *dAbK'*, *kabod*, a Su pueblo.

Que «la gloria de Jehová» era algo luminoso, brillante, y radiante se hace patente en el trato de Jehová con Su siervo Moisés después del incidente del becerro de oro que hicieron y adoraron los israelitas. Moisés solito se interpuso entre la ira de Jehová y el pueblo y rogaba a Dios que tuviera misericordia de Su pueblo pecador. No solamente hizo confesión por ellos sino también se ofreció a sí mismo como sacrificio de propiciación por ellos. Jehová se aplacó por el momento, prometiendo castigar al pueblo en el futuro. Pero ahora seguiría acompañándolo hasta alcanzar la tierra que les había prometido (Éxodo 32 y 33).

Entonces fue que Moisés le pidió al Señor: «Te ruego que me muestres Tu gloria» (Éxodo 33.18). Y Jehová, «Dios fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia y

verdad» (Éxodo 34.6), le respondió:

«Yo haré pasar toda mi bondad delante de tu rostro y pronunciaré el nombre de Jehová delante de ti, pues tengo misericordia del que quiero tener misericordia, y soy clemente con quien quiero ser clemente; pero no podrás ver mi rostro. . . porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo. . . Aquí hay un lugar junto a mí. Tú estarás sobre la peña, y cuando pase mi gloria, yo te pondrá en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas, pero no se verá mi rostro» (Éxodo 33.19-23).

Después de ver Moisés así la gloria de Jehová, Dios le habló, y proclamó Su nombre «Jehová» delante de él y renovó Su pacto con el pueblo (Éxodo 34.1-10).

Lo que, a primer vistazo, no se hace patente en todos estos incidentes es el nexo que hay entre la radiante gloria de Dios — la que primero nos impresiona en estas historias — y lo que Dios habló con Su siervo Moisés y con el pueblo. El mismo nexo hace el salmista en el Salmo 19. En los primeros seis versículos se admira de la gloria inaudita de los cielos creados por Dios y “da gloria”, o sea, alaba a Dios por ella. Para el pueblo del Antiguo Testamento, Dios es ante todo el Creador, que todo ha hecho y que todo lo dirige y gobierna en Su justicia y misericordia (ver Éxodo 34.6-7). Queda el salmista sobremanera impresionado por esta manifestación de la gloria divina. Luego, en los versículos restantes del salmo se acuerda de otra manifestación de la gloria de Dios, y lo alaba por ella. Esta segunda manifestación de Su gloria es “la ley de Jehová”, hw”hy> tr;AT, *torah Yahvé*, que significa en primer lugar, “enseñanza de Jehová”.

Lo que esto quiere decir es que Jehová no es tan solamente Creador de todo, sino que es el Dios que enseña por medio de palabras, el Dios que habla. En verdad, fue por medio de Su voz y palabra que creó todas las cosas. Desde el principio, aún antes de crear al hombre, Dios reveló «Su eterno poder y Su deidad . . . por medio de las cosas hechas» (Romanos 1.19-20). El salmista ve al sol como la parte más gloriosa de esa creación. Pero, «no hay lenguaje ni palabras ni es oída Su voz» aunque alumbró toda la demás creación (Salmo 19.3-4). En otras palabras es una gloria muda, y no obstante comunica algo («salió Su voz . . . Sus palabras») al hombre. Para el salmista, si la creación física nos impresiona como una manifestación imponente del ser de Jehová, mucho más se impone Su enseñanza en palabras, hw”hy> tr;AT, *torah Yahvé*, que sale de Su corazón lleno de amor y misericordia.

En su forma de mandamientos, esta enseñanza pone de manifiesto que nos hemos apartado del camino salvífico de Dios, y por tanto “siempre nos acusa, siempre nos presenta a un Dios airado” (Melancton, *Apología de la Confesión de Augsburgo*, IV, 128). Por eso la Ley de Dios es gloriosa porque destruye las pretensiones humanas de que somos tan orgullosos. El ser humano cree que sabe mejor que Dios, y pone en tela de juicio lo que Dios dice y lo que hace. Es decir, se hace el juez que pretende elevar su propia justicia por encima de la de Dios. Además el ser humano cree que todo lo que hace es bueno. Por lo tanto, no aguanta ser acusado de malograr o pecar (ver Romanos 3.20 y 5.20). Insiste en fijar sus propias normas para su vida, y si éstas estén en conflicto con las de Dios, pues escoge mejor las suyas propias. Pero la enseñanza y los mandamientos del Señor derriban semejante orgullo humano, y así abre el camino para darle al ser humano Su bondad, Su amor, y Su bendición eterna. Por lo tanto, son gloriosas Sus palabras, aun cuando nos acusan. Por eso el salmista no cesa en alabar a Dios por Su Ley – enseñanzas, mandamientos, decretos, etc. (Salmo 119).

En su forma de promesa, esta enseñanza pone de manifiesto que Dios está a favor de nosotros, y

en Su gracia nos ofrece perdón, vida y salvación gratuitamente. Quizá pensaba el salmista de ambos aspectos de la revelación divina al usar la frase «la ley de Jehová», lo que hoy llamamos la ley y el evangelio. No obstante la gloria de la enseñanza del Señor es superior a la de Su creación física, porque revela no solamente su eterna potencia y divinidad, sino lo más íntimo de Su corazón y ser. «¡Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado!» (Salmo 48.1).

Ahora bien, dice Pablo, si el Antiguo Pacto era glorioso por hallar su origen en Dios, siendo palabra de Dios revelando Su voluntad salvífica para Su pueblo, no puede ser comparado a la revelación de Sí mismo hecha en Jesucristo, Su divino Hijo. Éste es un pacto concertado, no sólo con un pueblo escogido, lo que dejaba a los demás pueblos excluidos (ver Deuteronomio 4.8; Salmo 147.19-20), sino con todo el mundo. Más aún, la auto revelación de Dios en Cristo nos anuncia en la forma más clara e imponente posible que «Dios es amor» (1 Juan 4.7-12). El Evangelio de Cristo, pues, es la palabra por excelencia que manifiesta la gloria de Dios, Su divino corazón amoroso y el resultante plan de salvación que ha llevado a cabo en Su Hijo muy amado, Jesucristo.

La gloria del Antiguo Pacto se reflejaba en la cara de Moisés cuando él penetraba la nube y hablaba cara a cara con Dios (Éxodo 24.15-18; 33.11) y luego descendió del monte para anunciar al pueblo las palabras que Dios le había comunicado (Éxodo 34.27-35). Eran palabras de gracia, ya que hasta los Diez Mandamientos revisten carácter evangélico, siendo introducidos con una palabra de puro evangelio, es decir: «Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (Éxodo 20.2). La brillantez de la cara de Moisés también indica lo mismo, ya que Jehová es el Dios salvador, como explicó cuando proclamó Su nombre a Moisés (Éxodo 34.6-7).

Pero esa brillantez no la pudieron suportar los israelitas, porque era un reflejo de la santidad de Jehová en cuya presencia Moisés había estado. La presencia de la gloriosa santidad de Dios siempre infunde terror en el corazón pecaminoso del hombre, y si no fuere velado le mataría al pecador. Por tanto, Moisés tuvo que ponerse un velo al rostro para poder hablar con el pueblo. Pero en el acto también velaba el aspecto evangélico del Antiguo Pacto, de modo que vieron apenas una fracción de la gloria con que se había revelado Jehová.

Esa gloria iba desapareciéndose, lo que Pablo entiende como un símbolo de lo que había de suceder con el Antiguo Pacto. No estaba destinado a permanecer en vigor para siempre. Había sido introducido en el contexto del Pacto de Promesa concertado anteriormente con el padre de los israelitas, Abraham. Dios no dio el Pacto de la Ley para reemplazar el Pacto de la Promesa, sino para ayudar en llevar la promesa, hecha ya con Adán y Eva, a su cumplimiento en Jesucristo (Gálatas 3.16-17, 23-26; San Juan 1.17). Como iba poco a poco acercándose el cumplimiento de la promesa, Dios iba revelando el alcance de la misma con más y más claridad. En la misma proporción la gloria del Antiguo Pacto iba desvaneciéndose, demostrando con ello su carácter temporal y moribundo.

La promesa de un nuevo pacto (ver Jeremías 31.31-34) exigió tanto una nueva manera de manifestar la gloria de Dios como una nueva manera de tratar con Su mundo. Además, exigió una nueva manera de propagar la noticia de lo que Dios hacía, hace y hará. Y todo lo nuevo va acompañado con una «gloria más eminente» (1 Corintios 3.10). Porque el Nuevo Pacto ya no contiene mandamientos y leyes que nos revelan la ira de Dios, nos acusan y tienden a velar la gracia de Dios, sino viene con la proclamación abierta de la gracia perdonadora de Dios en Jesucristo. Y esta gracia nos vino a gran precio, porque Cristo murió por nosotros. Ya no nos

encontramos bajo el juicio del justo Dios, que nos condenará por nuestros pecados a causa de la ley de mandamientos, sino vivimos bajo la gracia de Dios mediante la fe en Cristo. El mismo pacto histórico que nació e iba muriendo, permaneciendo solamente hasta la venida de Cristo, el Sol de Justicia (Malaquías 4.2), exigía otro pacto eterno con una gloria correspondiente a Su más eminente Mediador, que era el Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (San Juan 1.14; ver Hebreos 7 a 10). Por ser un ministerio de la vida, Su gloria sobrepuja la del ministerio de la muerte.

Si bien el término “gloria”, *do,xa, dóxa*, en el Nuevo Testamento comparte el concepto básico de *dAbK', kabod*, es decir, que siempre refiere al “modo divino de ser”, también esta gloria la vemos por fe y no por vista (2 Corintios 5.7; San Juan 20.30-31). Estaba velada por la humanidad de Cristo en Su encarnación, y esperamos Su revelación plena hasta el Día de Jesucristo y en la eternidad. Si compartimos esta gloria, no se la observa externamente en el rostro, sino se la encontramos en el corazón, suave como la gracia de Dios, Su amor, Su misericordia y Su bondad. Está escondida tras la debilidad, las dudas, la bajeza, el servicio abnegado de amor y la muerte. Tanto en Cristo, como en el creyente, esta gloria sobrepujante ha de ser revelada y creída. Porque se revela ante todo en la cruz de Cristo. Y el creyente participa en esta cruz de Cristo (San Lucas 9.23-24; ver San Mateo 13.43; Colosenses 1.27; 3.4; Romanos 8.17; San Juan 17.22).

Pablo glorifica su ministerio del Evangelio, que es el ministerio de proclamar las buenas nuevas del Nuevo Pacto en que se encuentra el perdón de los pecados (Romanos 1.14-17; 1 Corintios 1.22-24; 2.2; 9.15-18). Es un ministerio glorioso, no porque es suyo, sino porque es «el ministerio del Espíritu» (*h` diakoni,a tou/ pneu,matoj*, - v. 8), otro aspecto de la gloria más eminente del Nuevo Pacto. Este Espíritu de Dios comparte la divina gloria como el Dador de vida. Él tiene el oficio de diseminar el Evangelio de la gracia de Dios en Cristo por todo el mundo en estos últimos tiempos (*to. e;scaton*). Es la era de la gracia del perdón en Cristo que anunciaban Pablo y sus colaboradores. Este apostolado se lleva a cabo bajo el impulso y en el poder del Espíritu Santo. Se ha caducado la era de la Ley moisáica; Moisés ha sido remplazado por Cristo (ver San Juan 1.17), y los apóstoles de Cristo son los mensajeros de la nueva era de Cristo en que vivimos.

El Antiguo Pacto revela al hombre que ha sido y es trasgresor de la ley y le hace reo del mandamiento. Por lo tanto, es también el «ministerio de condenación» (*h` diakoni,a th/j katakri,sewj*, - v. 9). Los super-apóstoles son obreros engañosos, pretendiendo traer la justificación del hombre ante Dios por medio de una ley ya caducada como ley del pacto, una ley que solamente le condena (Romanos 3.20; 5.20), cuando en realidad es solamente la gracia perdonadora de Dios que justifica al hombre ante Sus ojos divinos, gracia que se recibe solamente mediante la fe. Son estas buenas nuevas del Evangelio que rehabilitan y liberan del pecado (Romanos 5.16; 8.1). La función de la Ley es la de poner de manifiesto lo malo que se hace y asignarle culpa y el juicio divino a la persona que lo comete. En cambio, la función del Evangelio es la de librar al pecador de culpa y remover el juicio que le amenaza, renovando a la persona para nueva vida en Cristo.

Por lo tanto, el ministerio del Nuevo Pacto es el «ministerio de la justificación» (*h` diakoni,a th/j dikaiosunh,j*, - v. 9) y recibe su mayor gloria correspondiente. Porque el mero corazón del Dios de amor es la justificación del pecador por la gracia, es decir, Su ardiente deseo de quitar el pecado que mancha nuestras vidas, y mirarnos limpios, justos, santificados ante Sus ojos. Todo eso lo logra mediante la obra salvadora de Cristo, y mediante la fe que Su Santo Espíritu engendra en una persona. Por eso es de pura gracia. ¡Qué grande será el castigo de aquellos

falsos apóstoles que engañan a los cristianos y le restan a Cristo y Su gloria como Mediador del Nuevo Pacto! Con razón Pablo se opuso a tales engañadores que deseaban someter a los creyentes nuevamente a un pacto ya muerto y por ello inoperante (ver Gálatas 1.6-9). Porque no hay otra justicia que trae la gracia de Dios y otorga al Espíritu Santo y la vida eterna sino la justicia que Cristo proporciona mediante el Evangelio. Ésa es la justificación por la fe que Pablo pregonó (ver 2 Corintios 5.18-21).

El Antiguo Pacto de la ley era un orden pasajero establecido para relacionar al hombre con Dios. Pero no pudo cumplir con esa función suya, y no tiene relación con la vida del siglo venidero, ya que solamente ejerce poder sobre el hombre mientras vive en la tierra. En el Día de Juicio ese pacto con toda su gloria pasajera caducará de una vez por todas. El Evangelio de Pablo, en cambio, sí establece un orden eterno que relaciona al hombre con Dios para toda la eternidad, y posee la gloria intrínseca de la vida eterna. Por eso, nunca desaparecerá. Cristo, que vive para siempre es la vida del hombre (San Juan 14.6) y nos da Su vida eterna (San Juan 3.16). El hombre del Nuevo Pacto –él que está «en Cristo» (evn Cristw/|) mediante la fe– glorifica a Dios y a Su Cristo de una manera imposible para el hombre del Antiguo Pacto que se creyó capaz de alcanzar la vida mediante una obediencia carente de perfección a la ley perfecta y santa de Dios.

Preguntas:

5.1 ¿Cuál es la diferencia entre el Antiguo Pacto y el Nuevo Pacto (testamento)?

5.2 ¿Cuáles son las distintas funciones de la Ley y del Evangelio?

5.3 Al ejercer tu ministerio entre creyentes e incrédulos, ¿cómo aplicas las distintas funciones de la Ley y del Evangelio?

5.4 Cita una situación donde se haría un ministerio de la condenación y la muerte; y otra como ministerio del Espíritu y de la justificación.

5.5 ¿Cómo se puede distinguir y separar la gloria inmensurable del Nuevo Pacto en la vida y la conducta de los miembros de una congregación?

5.6 ¿Cómo se caracteriza un ministerio que sobrepuja la gloria del Antiguo Pacto porque tiene la gloria de Cristo que permanece?

5.7 ¿Cómo podemos estar conscientes de que la gloria de nuestro ministerio consiste no en el hecho de que logramos éxitos externos y visibles, sino tan solamente en el hecho de que estamos proclamando la Palabra salvadora de Dios?

5.8 En pocas palabras, ¿cómo explicas el “ministerio de justificación” a un nuevo creyente?

Análisis y aplicación: Caso 5

Durante una clase para un grupo de hermanos que se están formando como evangelistas, surge el comentario de uno de los participantes de la necesidad de utilizar el tema del infierno y la condenación del pecador para convencer a las personas evangelizadas de creer en Cristo.

5.9 De acuerdo con nuestra lección, ¿cuál es el propósito de la ley?

5.10 ¿Cuál es el uso debido de la ley en una conversación evangelística?

5.11 ¿Qué papel tiene el Evangelio?

5.12 ¿Cómo debería responder el profesor de la clase a esa participante?

He aprendido:

SEXTA PARTE: Ministerio liberador

Así que, teniendo tal esperanza, actuamos con mucha franqueza, y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de desaparecer. Pero el entendimiento de ellos se embotó, porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo sin descorrer, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado. El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor (3.12-18).

En el párrafo anterior, Pablo acabó de trazar la superioridad del Nuevo Pacto en Cristo en comparación con el Antiguo Pacto de la Ley. El Nuevo Pacto tiene una gloria duradera, que llegará hasta más allá del día de juicio. Como apóstol llamado al servicio de este Nuevo Pacto, Pablo mismo comparte la gloria permanente de él (Romanos 8.24), aunque la comparte ahora solamente en esperanza. Pero esa esperanza, sin duda alguna, la tiene (:Econtej ou=n toiau,thn evlpi,da, - v. 12) porque es inherente en el mismo Evangelio que proclama. Pablo está muy consciente de lo glorioso de un ministerio que ejerce por medio del Espíritu de Dios y que anuncia la justificación del pecador. Puede jactarse así de ese ministerio recibido de Dios porque el Espíritu Santo está activo por medio de él, esparciendo el aroma del conocimiento de Cristo en todas partes (2.14). Su esperanza de compartir la gloria de Cristo le libra a Pablo del temor de que, por medio de describir su ministerio de esa manera, alguien le podría achacar de haberse hecho más de lo que en realidad era. Aparentemente, ya le habían tildado de eso mismo, como se dice “pasado de la raya” (ver 3.1 y 5.12). Mas bien, le deja en libertad de proclamar su mensaje con toda franqueza y denuedo, hablando abiertamente y con firmeza ante el público, (pollh/| parrhsi,a|, - v. 12; ver también pepoi,qhsij, - v. 4).

Pablo recalca de una manera sorprendente este concepto de franqueza y osadía, aspecto característico no solamente de los primeros cristianos en general, sino del ministerio del Nuevo Pacto en especial. Habla de ello siete veces en los capítulos que estamos estudiando, usando cinco expresiones distintas, que son: «confianza», (pepoi,qhsij, 3.4), «franqueza» (parrhsi,a, - 3.12 y 7.4), «no desanimarse» (ouvkv evgkake,w, - 4.1 y 4.16), «tener confianza» o «ser atrevido» (qarre,w, - 5.6 y 5.8; ver 7.16), «persuadir» (pei,qw, - 5.11). Era, pues, un apóstol intrépido, tan convencido de la gloria de su mensaje que no sintió vergüenza alguna de hablar del mensaje de Cristo (ver Romanos 1.16) ni paró de hablar como ministro (o sea «servidor», dia,konoj, - 3.6; ver 11.23) de la justicia de Dios en Cristo (ver 3.9). Como apóstol del glorioso Pacto Nuevo, se halló lleno de certeza gozosa y espiritual de que pudo hasta dar su vida proclamando este nuevo orden de cosas que creó la gracia de Dios, la misma gracia que le había dado su nueva vida en Cristo.

En esto también se distinguen los dos pactos. Moisés tuvo que tapar la cara con un velo para que los israelitas no cayeran en la cuenta de que la gloria reflejada en su rostro iba menguando en esplendor poco a poco. Al poner el velo, Moisés demostró que no usaba de la franqueza y osadía que caracterizó el ministerio de Pablo. Quizá Moisés no quiso que el pueblo se diera cuenta de que su propio ministerio tenía que caducar. Pero eso, precisamente, era para Pablo el significado del hecho de que la gloria iba desapareciéndose. Y esta verdad Moisés quiso encubrir. Al no más establecer el nuevo orden mediante el pacto de Sinaí, no quiso revelar al pueblo que al fin y al

cabo esa dispensación había de llegar a su fin, y quizá así el pueblo menospreciaría el pacto y no se esforzaría a observar las leyes del mismo. Pablo diría que así Moisés era un testigo del Cristo que habría de venir con un nuevo pacto (ver Jeremías 31.31-34). Con la venida de Cristo, el Nuevo Pacto ya se había establecido, de modo que Pablo no tuvo necesidad de usar tales trucos, porque el pacto que anunciaba era el pacto permanente cuya gloria nunca desaparecerá.

El hecho de que Moisés tapó su rostro con un velo era a la vez un acto del juicio de Dios sobre los israelitas en general. ¡Cuántas veces no habían desechado las palabras que Dios les habló por medio de Moisés! De este carácter rebelde, Dios mismo dio testimonio cuando dijo ya en el Monte Sinaí: «Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo muy terco» (o sea, «de dura cerviz», Éxodo 32.9, Ezequiel 16, Nehemías 9). Fue esta característica que les llevó a la incredulidad, de modo que sus pensamientos fueron endurecidos (avlla. evpwrw,qh ta. noh,mata auvtw/n, - v. 14). No querían creer que el pacto que Dios hizo con ellos (que Pablo denomina por primera vez aquí «el Antiguo Pacto», h` palaiá. diaqh,kh, - v. 14) había de caducar; pero a la vez no querían sujetarse a las demandas de las leyes que correspondían a la promesa inherente en él.

El verbo que se traduce «se embotó» (pwro,w, - v. 14) es de tiempo aoristo en voz pasiva, lo que indica que era Dios mismo fue quien los endureció. De igual manera, indicó Su propósito de endurecer a Su pueblo cuando llamó a Su profeta Isaías (Isaías 6.9-10; San Juan 12.37-43), lo cual San Juan indica está relacionado con la gloria de Dios (ver la exposición del párrafo anterior, 3.7-11). Lo hacía Dios...

“...a fin de preservar al profeta y a sus adherentes de las tentaciones que seguramente les traería el fracaso aparente de su ministerio.” [Otto Kaiser]

Aparentemente Pablo fue preservado de ese mismo efecto al pensar del juicio del endurecimiento divino del pueblo de Israel que observaba en los judíos de sus propios días. Porque,

“...el pecado y la incredulidad son el castigo del pecado y la incredulidad.”
[Schmidt]

Pablo actúa «con mucha franqueza» (v. 12) y no desmaya (4.1, 16) al llevar a cabo su cometido recibido del mismo Señor. Sabe que la última gran realidad de la vida humana es que «es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo» (5.10; ver San Mateo 10.28 y Romanos 14.10) para ser juzgados. Sabe que la única manera de escapar de la condenación eterna es de recibir por fe el perdón que Cristo nos ganó por Su muerte en la cruz.

Este perdón anuncia el Evangelio que Pablo proclamó. Los que no reciben abiertamente ese Evangelio son los que se van endureciendo. Sólo el perdón de Cristo ablanda el corazón endurecido para que pueda creer y ser salva alguna persona. Así logra el Señor una nueva creación (5.17). Pero en el caso de los israelitas, Dios mandó a Moisés a tapar su rostro como un juicio divino sobre ellos. No solamente les era entonces imposible percibir el carácter pasajero del Antiguo Pacto sino también Su carácter mortífero, y por lo tanto buscaban ganarse la nueva vida por medio de la obediencia a la Ley, esfuerzo que solamente trae la muerte (ver Romanos 9.31 a 10.4). Así siguieron viviendo en la ceguera espiritual hasta los días de Cristo y Sus apóstoles.

Lo que sigue diciendo Pablo comprueba su confianza que no lo permite desmayar. Da un giro audaz a su texto extraído del libro de Éxodo, aplicando la figura del velo al culto contemporáneo de los judíos (sh,meron, - «el día de hoy», - v. 15). El velo no solamente cubrió el rostro de

Moisés, sino hasta tapó su voz, de modo que no entendieron los judíos sus escritos del Antiguo Testamento leídos en sus sinagogas. Es otro aspecto del juicio del endurecimiento. Enseguida Pablo interpreta el velo como tapando sus corazones, afectando adversamente sus emociones, sus sentimientos, su entendimiento, su voluntad — en fin toda su vida interior. De modo que nunca cayeron en cuenta de que había algo superior al Antiguo Pacto que sería también la obra misericordiosa de Dios. No pudieron entender lo que Juan el Bautista había dicho: «Es necesario que Él crezca, y que yo disminuya» (San Juan 3.27-30). El Antiguo Pacto era para ellos «el añejo...mejor» y por ello desecharon el «vino nuevo» que trajo Cristo, el cual no pudo echar en «odres viejos» tal como la Ley de Moisés (San Lucas 5.37-39). No percibieron el nuevo orden de cosas que se introdujo en el mundo mediante la vida y muerte de Cristo (evn Cristw/ katargei/tai, - v. 14).

Además, al decir “¡No!” a Cristo, se les cegó el entendimiento a la verdad que Cristo “se halla en toda página del Antiguo Testamento” [Lutero], y por lo tanto no lograron un entendimiento correcto y espiritual de la Ley, porque solamente en unión con Cristo es descorrido ese velo del corazón. Hasta que Cristo ilumine el corazón mediante Su Espíritu Santo, puede alguno salir de la oscuridad del Antiguo Pacto para entrar en la gloriosa luz del Nuevo Pacto, ya que Cristo es el cumplimiento de la Ley (Romanos 10.4) y nuestro Libertador de sus demandas (Gálatas 5.1). Nos libera por darnos la verdadera justicia que Dios demanda de Sus criaturas cuando creemos esa Buena Noticia del perdón de los pecados. Solamente entonces se podrá entender las Escrituras del Antiguo Testamento (ver San Lucas 24.27, 32; San Juan 2.22; 20.9). Así que los judíos permanecieron enemigos de Jesucristo y personas apegadas a aquella justicia que a Dios no le puede agradar.

No obstante, todo eso, al oír lo que escribió Pablo en sus cartas, los judíos podrían haber evitado ese juicio funesto volviéndose al Señor en arrepentimiento y fe para recibir Sus palabras acerca del Nuevo Pacto del perdón. De esta manera se libra del juicio de Dios, se pone fin al proceso de endurecimiento del corazón y se regocija en la nueva libertad de la Ley que experimenta. Porque Moisés, al volverse al Señor para conversar con Dios cara a cara, dio la espalda a la Ley, mediante la cual Dios conversaba con el pueblo en lugar de seguirles hablando directamente como hizo aquella vez desde el Monte Sinaí (ver Deuteronomio 5.22-23; 18.15-19). De igual manera, cuando alguno vuelve a Cristo, da la espalda a la justicia según la Ley y todo intento de ganarse la vida eterna por ese medio. Más bien, conversa espíritu a espíritu con Cristo, sabiéndose ser justificado por la gracia mediante la fe, y no por las obras de la Ley (Gálatas 2.15). De esta manera Cristo llega a ser el fin de la Ley para esa persona (Romanos 10.4) y el principio de la nueva vida bajo la dirección del Espíritu Santo de Dios.

El Nuevo Pacto, para decirlo así, es la esfera de la actividad del Espíritu Santo. Es el Espíritu quien da vida (v. 6) y el Nuevo Pacto es Su ministerio (v.3, 8). Pablo cita Éxodo 34.34 cuando dice: «cuando se conviertan al Señor» (h`ni,ka de. eva.n evpistre,yh| pro.j ku,rion, - v. 16); lo que se puede traducir más literalmente así: “Cuando, empero, [Moisés] se volvió a la presencia de Jehová”. Luego identifica «el Señor» (o` ku,rioj, - v. 17) con el Espíritu que da vida. Si «el Señor» se refiere a Jehová, o sea, a Dios Padre, pueda ser que hace referencia a la frase empleada frecuentemente en el Antiguo Testamento, «el Espíritu de Dios» o «el Espíritu de Jehová». O podría referirse al concepto que expresa San Juan: «Dios es Espíritu». Si «el Señor» se refiere a Jesucristo, al cual Pablo suele designar con este título, pueda ser que hace referencia a la frase usada a veces en el Nuevo Testamento, «el Espíritu de Cristo» (ver por ejemplo, Romanos 8.9; Gálatas 4.6).

En todo caso, se refiere al Espíritu Santo (ver 1 Juan 5.7), o sea, «el Espíritu del Señor» (v. 17). Es “el Dador de vida” porque es «el Espíritu del Dios vivo» (v. 3). Esto significa que volverse al Señor es ponerse bajo la influencia del Espíritu Santo, o sea, constituye parte del fruto del ministerio del Espíritu.

No obstante, esto sucede solamente en y por Jesucristo. Porque el Espíritu sólo está donde está Cristo, ya que Cristo es Él que está lleno del Espíritu (San Lucas 3.22; 4.1) y Él que prometió enviarlo a Su iglesia (San Juan 15.26; ver 14.26). Además, Cristo es el Creador de la nueva vida (ver 5.17; 1 Corintios 15.45), y de esta nueva libertad. Así, volverse al Señor significa volverse a Cristo; y esto significa ser liberado de la esclavitud a la Ley (Gálatas 5.18), al temor (Romanos 8.15; 1 Juan 4.18), al pecado (Romanos 7.6), a la corrupción (Romanos 8.21, 23) y a la muerte (Romanos 8.2). Con razón Pablo se sintió lleno de mucha confianza e intrepidez (vv. 4, 12).

“¡Aún el esclavo pudo regocijarse en la libertad gloriosa de los hijos de Dios!”
[Tasker].

Y eso es así, porque el creyente en Cristo, ligado a Él como miembro del cuerpo a Su cabeza, entra con Él a la misma presencia de Dios, Su Padre celestial (Romanos 5.2; Efesios 2.18; 3.12). Así es que el Espíritu de Cristo, es el fundamento y el contenido de la libertad cristiana (San Juan 8.36) porque Cristo es el que vive en la comunidad de los justificados, siendo la misma presencia de la justificación y la realidad de la nueva vida. Ésta no es la libertad política y social de que suena el hombre sin fe, sino la de Cristo. Y es don del Espíritu de Cristo.

Ahora Pablo lleva la gloria del ministerio del Nuevo Pacto a su punto culminante. «Nosotros todos» (h`mei/j de. pa,ntej, - v. 18), es decir, todos y cada uno de nosotros que creemos en Jesucristo, el Mediador del Nuevo Pacto, que no tenemos el rostro tapado con el velo de rebeldía e incredulidad (avnakekalumme,nw| prosw,pw |) para que podamos contemplar Su radiante gloria (h` do,xa kuri,ou) con la nueva visión que nos da Su Espíritu. Luego empezamos de reflejar esa gloria así como el rostro de Moisés reflejó la gloria de Jehová (katoptrizo,menoi, - un verbo que puede significar tanto “contemplar” como “reflejar”. ¡Quizá Pablo le quiso dar ambos significados en este pasaje! Tal es la dignidad del cristiano, que disfruta de tanta libertad ante su Señor que lo podrá contemplar «con el rostro descubierto» sin que nada le impida. No sólo fue el apóstol elegido para este «ministerio de gloria», sino que todo creyente goza de este privilegio y honor de ver su rostro, su corazón, su alma, sí, su vida entera reflejar dicha gloria de Cristo.

“Obtenemos una visión preclara de esta gloria, ya que la miramos como en un espejo bien pulido y brillante, en el cual lo invisible se vuelve visible...Es la gloria del Nuevo Pacto, la gloria de Su dikaiosunh [‘justificación’], Su gracia, Su amor que rigen en el Nuevo Pacto. La miramos por la fe, pero de un modo verdadero y real.” [Hoeferkamp]

Esto es lo que el Nuevo Pacto significa para cada creyente. En contraste con el endurecimiento del corazón de los judíos, nosotros vemos sin velo a Cristo en las Escrituras, el cual nos hace beneficiarios de Su Nuevo Pacto mediante el perdón de los pecados que el Espíritu Santo otorga.

Por lo tanto, cada uno de nosotros puede usar de la franqueza de un Pablo (v. 12) viviendo intrépidamente, sin esconder nada, hablando de su Señor y Salvador sin temor alguno, abierta y libremente, porque su mensaje es olor de vida para vida entre los que lo reciben, aunque sea a la vez olor de muerte para muchos que lo oyen sin fe.

El resultado de todo esto es que nosotros los cristianos estamos siendo transformados en la imagen de Cristo (th.n auvth.n eivko,na metamorfou,meqa), tal como Cristo fue transfigurado en el monte santo (San Marcos 9.1-2; 2 Pedro 1.16-18). Esa transformación nuestra no es un nuevo estado estático que se nos ha sido dado de una vez por todas, sino es un proceso dinámico, procedente de la gloria de Cristo que contemplamos, que va aumentando en nosotros cada vez más (avpo. do,xhj eivj do,xan) cambiando nuestro mismo ser hasta que al fin habremos llegado «al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4.13), cuando llevaremos también la imagen del hombre celestial (1 Corintios 15.49). Entonces nuestra gloria será completa, incorporada en aquella refulgencia celestial del glorioso reino de Dios. Porque

«sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es» (1 Juan 3.2).

Esto va sucediendo a medida que (kaqa,per) Dios obre en nosotros «por la acción del Espíritu del Señor» (avpo. kuri,ou pneu,matoj). El Espíritu del Señor es “el elemento personal que domina el Nuevo Pacto, el ministerio de la dikaios,nh [‘justificación’]” (Roberto Hoferkamp). Es el colmo de Su obra salvadora en nosotros, un insigne don de la gracia que se nos concede en el Nuevo Pacto.

«A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.»
(Romanos 8.29-30)

¡A Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, sea toda la gloria! ¡Amén! y ¡Amén!

Preguntas:

6.1 ¿Por qué hablamos de Cristo, como Pablo, con denuedo y confianza?

6.2 Cita unos ejemplos de cómo se puede leer e interpretar el Antiguo Testamento como si un velo nos cubriera, y como si un velo tapase nuestro corazón.

6.3 Cuando predicas, ¿lo haces como si pertenecieras al Antiguo Pacto, o como quien pertenece al Pacto que permanece para siempre (el Nuevo Pacto / Nuevo Testamento)?

6.4 ¿Cómo nos libera el Espíritu Santo de una mente endurecida para ver a Jesucristo como el «mero meollo» de las Escrituras?

6.5 Explica la siguiente frase: El Espíritu Santo, que siempre predica y glorifica a Cristo, es el «elemento personal» decisivo en nuestro ministerio.

6.6 En tu ministerio, ¿cómo puedes mirar “a cara descubierta” la gloria del Señor y guiar a la congregación a contemplarla de esta misma manera?

6.7 ¿Cómo podemos mostrar evidencia en nuestro ministerio que está siendo transformado “de gloria en gloria”?

6.8 ¿Cómo puedes aclarar a la congregación, esa magnífica perspectiva de que ellos también están siendo transformados de gloria en gloria?

6.9 ¿De qué maneras Dios endurece los corazones de las personas hoy en día?

6.10 ¿Cómo es la “transformación a la imagen de Cristo” en tu vida?

6.11 Dé por lo menos dos ejemplos de cómo se manifiesta “la imagen de Cristo” en tu ministerio?

Análisis y aplicación: Caso 6

Luego de concluir un estudio Bíblico, un hermano pide hablar con el pastor. A solas, el hermano comenta lo siguiente al pastor: "Pastor, me parece que el trabajo del Espíritu Santo, como usted lo explicó, es una pérdida de tiempo y no tiene mucha importancia. ¿Cómo puede el Espíritu Santo ayudarnos, si Él no hizo nada para salvarnos, así como por ejemplo, Jesús que murió en la cruz?"

6.12 ¿Cuál es el problema?

6.13 ¿Qué respuesta necesita escuchar este hermano?

6.14 ¿Por qué Pablo escribe sobre la "acción del Espíritu Santo" (v. 18)?

He aprendido:

SÉPTIMA PARTE: Ministerio honesto y abierto

Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciemos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios. Por el contrario, manifestando la verdad, nos recomendamos, delante de Dios, a toda conciencia humana. Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (4.1-4).

En vista de que el ministerio del Nuevo Pacto se lleva a cabo en la esfera de la actividad del Espíritu Santo, el cual proporciona «libertad» (evleuqeri,a, - 3.17), y nos va transformando a la gloriosa imagen de Cristo (th.n auvth.n eivko,na metamorfou,meqa, - 3.18); y en vista de que a Pablo le fue otorgado este ministerio por la pura misericordia y gracia de Dios (kaqw.j hvleh,qhmen), Pablo siempre se llenaba de valor. La misma misericordia divina le proporcionó tal valor. «No desmayamos» (ouvk evgakou/men), dice Pablo. Es decir, no se sintió desanimado o descorazonado

al cumplir con su ministerio (ver 2 Timoteo 1.7), mucho menos contemplaba abandonarlo, no obstante la falta de apoyo que halló en Corinto, o las muchas penalidades que sufría al ejercerlo (ver 11.21-29), o las calumnias de los super-apóstoles. Tampoco había razón por que desanimarse (ver 3.4) aunque su ministerio parecería haber fracasado, como últimamente temía que podría suceder en Corinto (ver 2.13 y 4.3-4). Por la fe, supo que su ministerio era glorioso (ver 2.14), porque el Evangelio iba marchando de triunfo en triunfo dondequiera que algún misionero, cual Pablo, pregonaba las Buenas Nuevas mientras andaba de país en país. Esta misma confianza no la podían tener los super-apóstoles, que pretendían triunfar por derribar la obra de Pablo. Si hablaban con cierta confianza, no era la confianza «delante de Dios» (pepoi,qhsij))) pro.j to.n qeo,n, - ver 3.4) que tuvo Pablo.

Pero esto no le era siempre patente, ni era evidente a los que observaban su obra en Cristo, porque el triunfo del Evangelio se sabe solamente por la fe, ya que raras veces se puede observarlo en este mundo donde parecen triunfar la mentira y el mal. Muchos creyeron que Pablo escondía la verdad por vergüenza (ta. krupta. th/j aivscu,nhj, - literalmente “las cosas escondidas de la vergüenza”, que se puede traducir: “las cosas que en un sentido de vergüenza conducen a los hombres a esconder”) y por eso le tachaban de emplear engaño, artimañas y mentiras en su ministerio (ver 12.16), probablemente porque Pablo no insistía en los méritos merecidos por haber obedecido la Ley de Moisés. Todo lo cual implicaría que estaba adulterando la Palabra de Dios, o sea el Evangelio, obedeciendo motivos ocultos para lograr sus intereses personales. Sin duda éstas eran otras acusaciones de los super-apóstoles que Pablo rechaza en este pasaje. ¡Nada de todo aquello! Un ministerio de tan alta calidad y tanta gloria como el del Nuevo Pacto no puede llevarse a cabo empleando semejantes medidas deshonestas, hipócritas o engañosas (mh. peripatou/ntej evn panourgia, - ver 7.2; 12.16). No puede el mensajero de Buenas Nuevas actuar como un político sin escrúpulos, es decir, con sutilezas o subterfugios (mhde. dolou/ntej to.n lo,gon tou/ qeou - ver 2.17).

Muy al contrario, Pablo renunció tales tácticas. Mas bien, su práctica constante (su constancia queda indicado por el uso de participios presentes) era la de llevar a cabo su ministerio abierta y cándidamente, proclamando Su Evangelio con franqueza y dejando ver que vivía de acuerdo con la verdad del mismo, tal como Cristo lo mandó (San Mateo 10.26-27; San Juan 3.20-21).

No mezclaba los intereses mezquinos humanos con la pura y limpia palabra del Evangelio. Ni usaba medios engañosos para ganarse las personas, medidas que no proporcionan la neta transformación interior que el ministerio directo y sin pretensiones produce en los creyentes. En su proceder, Pablo solamente quiso seguir el ejemplo de su Señor Jesucristo (San Juan 18.20; San Mateo 26.55).

En cambio, los falsos apóstoles, sí, adulteraban la Palabra de la Verdad. Obraban con astucia para atrapar a los incautos tal como lo hace el diablo (ver 11.3). Convertían el Evangelio en un mero código moral y usaban la Palabra de Dios para engañar a sus oyentes y así ganarse un séquito personal (ver 2.17). Semejante cosa sucede frecuentemente hoy en día también. Algunos debilitan la severidad de la Ley de Dios; otros hacen a la gente creer que el Evangelio «se compra barato»; mientras otros mezclan filosofías humanas con el mensaje puro de la gracia divina (ver 12.16). Todo aquel que Pablo había renunciado (avpeipa,meqa ta. krupta. th/j aivscu,nhj).

Mas bien, Pablo solía hacer una presentación llana y clara del Evangelio (th/| fanerw,sei th/j avlhqei,aj, - ver San Mateo 10.27), lo que equivale proclamar a Jesucristo como Salvador, quien dice de Sí mismo: «Yo soy . . . la verdad», San Juan 14.6). El sustantivo griego h` avlh,qeia, o sea, “la verdad”, fue derivado del verbo lanqa,nw, que significa “escondarse” o “desconocer”, con el prefijo privativo a&. Así que, h` avlh,qeia cobra el significado de “algo destapado”, “algo que está al descubierto”, “lo que se puede conocer”. Cuando Cristo, pues, declara que Él mismo es «la Verdad», quiere decir que Él abre nuestro entendimiento para que veamos las cosas “tal como son” en realidad. Hablar la verdad, o sea, proclamar a Jesucristo crucificado (1 Corintios 2.2), de manera sencilla y clara es lo que recomienda a uno a la conciencia de otros.

No es que Pablo buscaba recomendarse a sí mismo (ver 3.11); no obstante el cumplimiento fiel de su ministerio, sí, tenía ese efecto (sunista,nontej e`autou.j). No hay otra manera de recomendarse a la conciencia de todo humano, ya que los mensajeros del Nuevo Pacto forman parte de la Iglesia bajo la cruz (*ecclesia sub crucis*), que siempre sufre, que parece ser vanidad, que no parece tener existencia. La gloria de la Iglesia Cristiana, o sea el Cuerpo de Cristo, está escondida bajo Su manifestación humana, humilde y débil, sin que se note Su triunfo con los ojos humanos, y hasta a veces tachada de ser algo falsa y engañosa. Sus miembros son también humanos humildes, débiles y abatidos, que frecuentemente parecen fracasar, y hasta están perseguidos y asesinados. Así que, solamente la convicción de la verdad del Evangelio puede recomendar al proclamador de él a sus oyentes.

Asimismo, por todo lo que los ministros puedan lucir en el aspecto personal o en lo elocuente de su predicación, no son ellos los que encomiendan el Evangelio al oyente como la verdad. La maravilla es que el mismo Evangelio se encomienda a sí mismo al oyente como la verdad, ya que es la verdad divina. En la libertad y osadía del Espíritu del Nuevo Pacto (3.12 y 17) el apóstol confiaba en la sencilla proclamación de la verdad evangélica para convencer a los oyentes, sin usar estrategias de los hombres (ver 1 Corintios 2.1-5). Confiaba en que el poder transformador del Evangelio y de Cristo fuera suficiente para ganarlos (ver Gálatas 2.14; Efesios 4.21). Ésta era la postura de Pablo, porque estaba consciente de que vivía «en la presencia de Dios» (evnw,pion tou/ qeou/; ver kate,nanti qeou - 2.14), y porque sabía que estaba sujeto al juicio de Dios. Por lo tanto tenía mucho cuidado de no falsificar o pervertir el mensaje que le había sido encomendado.

Y nada de aquello hacía. Por eso su proclamación se dirigía a la conciencia (sunei,dhsij).

El Evangelio, y sólo el Evangelio, toca las conciencias porque llama tanto al arrepentimiento como a la fe (ver San Marcos 1.15). El intento de Pablo era que todos le recibieran como pregonero de este Evangelio, y que éste hiciera impacto «en toda conciencia humana» (pro.j pa/san sunei,dhsin avnqrw,& pwn) a fin de que cada persona pudiese ser hecho hijo o hija de Dios y recibir la salvación que es la herencia de los hijos de Dios (ver 1 Corintios 9.19-22). Empero, el Evangelio no tiene su efecto debido para cambiar la vida del oyente, a menos que se le acusa su conciencia y sea movido por las promesas de Dios a la fe y entonces vuelva del mal para servir al Dios vivo y santo. De esta misma manera Cristo, quien es la Verdad, se recomienda a la conciencia del ser humano en la presencia de Dios.

Claro que hay veces cuando las iglesias institucionalizadas parecen prosperar y triunfar. Generalmente en tales casos es porque han adoptado la manera de pensar y actuar del mundo y han abandonado el Evangelio que les fue encomendado. No obstante todo esto, Pablo y los fieles servidores del Evangelio hasta el día de hoy siguen hablando con toda sinceridad (2.17) porque ven con los ojos de la fe aquello que no se puede percibir «por vista» (5.7) y saben que el Evangelio, al fin y al cabo, ha de triunfar (2.12-13).

Desde luego, Pablo no se engañó, ni fue ciego a la realidad de que la verdad, aunque se recomienda a todos, hay muchísimas personas no la reciben. Sabía muy bien que el mensaje del Evangelio está velado para los que se están perdiendo tanto en el pasado como en el presente (eiv de. kai. e;stin kekalumme,non to. euvagge,lion h`mw/n). El Evangelio es siempre «olor de muerte para muerte» entre los que se pierden (2.15-16; ver 1 Corintios 1.18). ¡Ya Pablo había tenido más que suficiente experiencia de esa verdad! Pero esta realidad nunca desmoronó su confianza en el Evangelio. Ni por eso se le pudo acusar de predicar un Evangelio velado (ver 3.13, 15) o de encubrir la verdad divina con ideas o acciones netamente humanas que no concuerdan con ella. Si su proclamación resultó ser un «evangelio encubierto» para muchos, fue por su propia incredulidad y culpa de ellos, no por la del predicador (ver 3.18). Tampoco la gloria del Evangelio resulta una mentira porque muchos no reciban el Evangelio sino como un mensaje mentiroso cuando en realidad un destello de la gloria divina de Dios.

La razón que Pablo aduce porque rechazan el Evangelio es que, «el dios de este mundo (o` qeo.j tou/ aivw/noj tou,tou) les cegó el entendimiento». Es decir, el diablo inhibió que creyesen.

“El diablo es el señor de este aivw,n [“edad”, “era”, “mundo”]; su reino está bajo ataque de parte del aivw.n me,llwn [“el mundo venidero”], y se alista a defenderse cegando las mentes de los incrédulos.” (Hoeferkamp)

Desde el día en que tentó a la primera pareja del mundo, el diablo ha regido en este mundo presente. Él pretende desplazar al Dios altísimo, por lo que un teólogo de antaño lo llamó “el simio de Dios” (*simia Dei*), que, cual mono, remeda al Dios verdadero. Cegar las mentes es una de las actividades más funestas de aquel que encarna toda la maldad e impiedad en este mundo. Por consiguiente, su reino solamente ha de promover la rebelión contra Dios y toda clase de maldad e impiedad. «El dios de este mundo» se contrapone a Cristo, el cual encarna toda la bondad y santidad de Dios en este mundo. La incredulidad humana y la ceguera diabólica cooperan para encubrir la gloria de Cristo y Su Evangelio y sumergir al hombre en las tinieblas impenetrables (ver 3.14). En esa actividad es manifiesto que remeda a Dios, porque la autoridad de bendecir o enjuiciar pertenece solamente al Señor Dios del universo (ver San Juan 9.39).

La esfera del dominio de Satanás es la presente edad, que abarca todo el tiempo desde la caída del hombre en el pecado hasta la segunda venida de Cristo. No podrá ejercer su dominio en «el

mundo venidero» en el cual reina Jesucristo. Lo maravilloso es que aún en el mundo presente, el diablo no tiene dominio absoluto, ya que el mundo venidero ha irrumpido en este presente mundo mediante la obra redentora y libertadora de Cristo y domina en nosotros, los creyentes en Cristo, que ya disfrutamos las primicias del nuevo mundo eterno. Por lo tanto, ¡Satanás ya no tiene dominio sobre nosotros, ni aún en este mundo! (ver Colosenses 2.15).

El propósito de dicha ceguera diabólica es impedir que los incrédulos perciban el esplendor que irradia el Evangelio revelador de la gloria de Cristo (eivj to. mh. auvga,sai to.n fwtismo.n tou/ euvaggeli,ou th/j do,xhj tou/ Cristou). Para ellos tratar de conocer a Jesucristo es pura necedad (ver 1 Corintios 1.18, 23). Pero esa gloria escondida tras el velo para los judíos (ver 3.10) ahora nos ilumina con Su brillantez desvelada produciendo en nosotros el nuevo amanecer a la vida.

De igual manera esa nueva vida venció en la vida de Pablo, cuando Cristo glorificado se le apareció en el camino a Damasco (Hechos 9.1-9). Entonces Pablo lo reconoció como el Señor de la gloria (ver 1 Corintios 2.8). Fue cuando entendió que Jesús de Nazaret no solo era un maldito crucificado (ver Gálatas 3.13), sino la representación de Dios mismo (eivkw.n tou/ qeou/) venido a salvar a la humanidad de su pecado (ver San Juan 12.45; 14.9; 8.58; 10.30). «Siendo en forma de Dios» (o|j evn morf| qeou/ u`pa,rcwn - Filipenses 2.6), al encarnarse hizo al Dios invisible visible en toda Su gloria y gracia (ver San Juan 1.14; 12.45; 14.9). Y esa gloria que no se desvanece se refleja en nosotros los cristianos. Así, estamos siendo «transformados en Su imagen» gloriosa (3.18). De esa misma manera Pablo reflejó la gloria de su Señor en su ministerio y nosotros lo hemos de hacer en el nuestro.

Preguntas:

7.1 Teniendo un ministerio tan grande y glorioso, ¿qué clase de descorazonas podemos tener? ¿Por qué nos desanimamos con tanta facilidad?

7.2 ¿Por qué es necesario renunciar «las cosas que en un sentido de vergüenza conduce a los hombres a esconder» el Evangelio?

7.3 Cita algunos ejemplos de cómo se adultera la Palabra de Dios en la predicación y enseñanza.

7.4 ¿Cómo se pone de manifiesto la verdad del Evangelio en la Palabra de Dios en la predicación y enseñanza?

7.5 ¿Qué significa cuando se dice que el Evangelio está cubierta para los que se están perdiendo?

7.6 ¿Cómo se puede llevar vida y proclamar el Evangelio «delante de Dios»?

7.7 ¿Cómo puede una proclamación sencilla y abierta de la verdad del Evangelio hacer un impacto salvador en nuestros oyentes?

7.8 En nuestra predicación, ¿cómo podemos hacer resplandecer la claridad de la gloria de Cristo?

7.9 Nombra por lo menos tres maneras que “el dios de este mundo” (o sea, el diablo y sus obras), ciegan a las personas.

Análisis y aplicación: Caso 7

El pastor y dos miembros de un equipo de evangelismo hacen una visita a una familia que ha estado visitando la congregación. Durante la conversación, sale a relucir que recientemente algunos miembros de esta familia habían consultado con un adivino (un “curandero”) sobre un asunto de salud de un familiar. ¿Por qué habían hecho esta consulta? Tenían duda del poder de Dios en estos asuntos. Esta familia, aunque no activa, ni miembros de ninguna iglesia, no está segura si había hecho lo correcto.

7.10 ¿Qué respuesta necesita escuchar la familia que está siendo evangelizada?

7.11 ¿Cómo se puede aplicar las enseñanzas de esta lección a esta situación evangelística?

7.12 ¿Por qué prevalece en nuestra cultura la necesidad de consultar con adivinos o “curanderos” con relación a ciertas y determinadas enfermedades?

7.13 ¿Cuál debe ser nuestra respuesta?

He aprendido:

OCTAVA LECCIÓN

2 Corintos 4.5-6 - Ministerio que proclama a Cristo

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Nombrar por lo menos tres maneras que podemos “predicar a nosotros mismos”.
2. Nombrar por lo menos tres maneras de “predicar a Cristo”.
3. Definir “el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”.
4. Explicar con palabras sencillas, la teología de la cruz, que desarrolló Lutero.

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 4.5-6** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta octava lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al octavo caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

OCTAVA PARTE: Ministerio que proclama a Cristo

No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús, porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (4.5-6).

Pablo explica (ga.r) que no encubre el Evangelio por medio de proclamarse a sí mismo como salvador o contendiente con Satanás para las almas de los hombres. No se exalta a sí mismo de esa manera, sino exalta solamente a Cristo. Éste es el Señor, o sea Jehová, el glorioso Hijo de Dios, el Hijo del Hombre amoroso, Señor de señores y Dios de dioses (ver 1 Timoteo 6.15; Apocalipsis 17.14; 19.16; 1 Corintios 1.23; 2.2). Como Señor, Su Palabra de gracia prevalece y Su voluntad se hace. Esto es lo que Pablo recomendó a cada conciencia.

«Jesucristo, Señor» (Vihsou/n Cristo.n ku,rion) era, quizá, la más antigua y sencilla confesión de fe en la Iglesia primitiva. Encierra toda la doctrina cristiana, porque Cristo es el centro y el enfoque de todo el mensaje de salvación que Dios ha dado a los hombres pecadores para su salvación. Es, podemos decir, el título completo del Hijo de Dios. Encierra tanta Su humillación como Su exaltación, Su sacrificio en la cruz y Su resurrección de la muerte, Su vida humana y Su majestad divina (Filipenses 2.6-11). Solo Él merece ser proclamado como Señor y Salvador, ninguno más (Hechos 4.12). No es inferior a Satanás, tampoco sujetado al que es «el dios de este mundo»; Jesucristo es el Señor Dios mismo (Romanos 10.9; 1 Corintios 12.3; Colosenses 2.6), Creador de todas las cosas (San Juan 1.3, 10). ¡Todas las cosas, inclusive al diablo, están bajo Su dominio absoluto! Además, Él es el Iniciador de la nueva creación (5.17), y nosotros, los que creemos en Él, hemos sido trasladados del reino de Satanás al reino glorioso de Cristo (Colosenses 1.13). Este es el Evangelio del Nuevo Pacto que nos ha sido encomendado a proclamar al igual que lo fue a Pablo. ¡Qué proclamemos solamente a Cristo y nunca a nosotros mismos!

En cierta manera, Pablo, sí proclamó algo acerca de sí mismo y de sus ayudantes. No que enseñoreaban entre los corintios como sus señores, sino que les servían como sus esclavos (e`autou.j de. dou,louj u`mw/n). Lo sorprendente es que en este pasaje Pablo llamó a sí mismo esclavo de los Corintios. Obviamente entendió esto de la siguiente manera. Ante todo, Pablo era «esclavo de Dios» (dou/loj qeou/ - Tito 1.1) o «esclavo de Cristo» (dou/loj Cristou/ - Romanos 1.1; Gálatas 1.10; Filipenses 1.1) en el sentido más común de ese término. Es decir, era un servidor de Cristo supeditado a la voluntad de su Señor y Amo (ku,rioj) sin tomar en cuenta Su propia voluntad. Como la voluntad de Cristo era que fuera servidor de los corintios, Pablo no se enseñoreó de ellos, forzándolos a cumplir su voluntad (1.24), sino amonestándoles a seguir la voluntad de Cristo como Sus servidores también. No quería seguir el ejemplo de los super-apóstoles que describe en las siguientes palabras: «. . . toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas» (11.20); más bien quiso obrar en favor de ellos (ver 1 Pedro 5.3). Como servidor de Cristo, Pablo se había hecho esclavo de los corintios voluntariamente y no por coacción. De modo que, al servirles como miembros del Cuerpo de Cristo que eran, estaba sirviendo a Cristo mismo (1 Corintios 9.19; 3.22). De esta manera los corintios recibieron el beneficio de su obra como esclavo de Cristo.

Pablo no quiso decir que era esclavo de los corintios porque ellos eran señores sobre él. No había sido enviado a ellos para cumplir la voluntad de ellos al pie de la letra, abandonando su propia

voluntad y buen criterio. Tampoco los corintios debían pretender imponerse como sus amos. En la Iglesia cristiana todos somos servidores de los demás y Jesucristo es la única Cabeza, el Señor de todos por igual (San Mateo 23.8-12).

Al hacerse servidor de los corintios Pablo lo hacía «por amor de Jesús» (dia. Vlh sou/n). Al emplear el nombre humano de Cristo en esta frase Pablo evocaba el recuerdo del ejemplo de Cristo en su ministerio terrenal, el cual «tomó la forma de siervo» (morph.n dou,lou labw,n - Filipenses 2.7) «para servir y para dar su vida en rescate por todos» (diakonh/sai kai. dou/nai th.n yuch.n auvtou/ lu,tron avnti. pollw/n - San Marcos 10.45). De esta manera, Pablo se recomendó a los corintios. Al participar en ese ministerio del Nuevo Pacto, cooperamos en rescatar a las personas del poder del diablo y meterlas bajo el dominio del Príncipe de la gracia y de la paz.

La razón porque Pablo, pregonero del Nuevo Pacto, o sea del Nuevo Testamento, podía servir a los corintios en capacidad de esclavo de Cristo era porque Dios le había iluminado por el Evangelio, al igual que a los corintios. Es el mismo Dios que empezó a revelar Su divino Ser a nosotros cuando mandó: «Sea la luz» y la luz fue creada (Génesis 1.3; ver Isaías 9.2). Él mismo es la Luz (1 Juan 1.5; San Juan 1.4-5, 9; 8.12; 12.35-36, 46). En el caso de Pablo, la Luz brotó en su corazón cuando fue convertido en el camino hacia Damasco, hacía ya unos 23 años (Hechos 9.1-19). La brillante luz que le rodeó entonces fue la manifestación visible de la gloria de Cristo y símbolo de esa iluminación interior que experimentó. En el caso de los corintios, la luz brotó en sus corazones (e;lamyen evn tai/j kardi,aij h`mw/n) cuando oyeron y creyeron el Evangelio que Pablo proclamaba como ministro del Nuevo Pacto (ver Hechos 18.1-11). No sucedió en su caso lo que sucedió en el caso de los que «el dios de este mundo . . . cegó», para que «la luz del evangelio de la gloria de Cristo» no les resplandeciera (v. 4). Esa «iluminación» (fwtismo,j) les dio a conocer «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» según el propósito (pro.j) de Su buena voluntad (h` euvdoki,a tou/ qelh,matoj auvtou/ - Efesios 1.5).

Este Evangelio proporciona el conocimiento verdadero que no envanece (ver 1 Corintios 8.1) sino que salva. Manifiesta la gloria de la gracia de Dios derramada sobre el mundo por medio de Su Hijo, Jesucristo. Esta gracia de Dios es Su gloria por excelencia. El Evangelio nos asegura que en Cristo, Dios vuelve Su faz a nosotros para que veamos Su gloria cara a cara a distinción de Moisés (ver Éxodo 33.18-23), y hace brillar la gloria de Su nombre (ver Éxodo 34.5-8). Lo mismo sucede cuando recibimos la bendición que Jehová dio a Aarón (ver Números 6.24-27). Por esta razón, muchas veces usamos esta bendición al final de culto.

De nuevo es preciso afirmar que se alcanza tal conocimiento solamente por la fe. En la misma forma en que se conoce la gloria del Nuevo Pacto (ver 3.7-11) así se conoce la gloria de Dios en la persona de Jesucristo. En la misma manera en que la gloria de Dios reflejada en la cara de Moisés tenía que ser tapada con el velo, así la gloria de Dios en la faz del Hijo del Hombre está velada por la humanidad de éste, porque Su vida en esta tierra era todo menos gloriosa a nuestros ojos humanos. Pero por la fe, vemos en el rostro de Cristo la misma gloria de Jehová. Por eso Pablo llama a Jesucristo «el Señor de la gloria» (1 Corintios 2.8).

No obstante todo esto, Pablo vio al Cristo resucitado en toda Su gloria celestial al momento de su conversión (ver Hechos 22.14; 26.16). Entonces fue hecho «esclavo de Cristo» (ver Hechos 26.19). Como tal, obedeció Su voz. Para Pablo ver «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» significaba la necesidad de dedicarse al servicio de «los que se están perdiendo» (oi` avpollume,noi - 2.15; 4.3) — o sea, los incrédulos (oi` a;pistoi - 4.4) — con el mismo propósito de

traerles la iluminación de este conocimiento por medio de proclamarles «el Evangelio de la gloria de Cristo» (v. 4; ver Gálatas 1.15-16; Hechos 26.15-16). Su labor entre los corintios se hizo en cumplimiento de ese cometido y resultó en hacer efectivo este conocimiento mediante su fe en esa bendita Palabra de Dios.

El conocimiento verdadero y salvador (gnw/sij - ¡pero muy distinto al “conocimiento” mencionado en 1 Corintios 8.1!) reconoce la gracia de Dios obrando en la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Tener este conocimiento es ver la gloria de Dios en toda Su plenitud. El presente orden de cosas (o` aivw.n ou-toj - v. 4) ha recibido la iluminación de la gloria de Dios en Cristo Jesús; ésta es la esencia de la predicación de Pablo (ver Hechos 13.47; 26.18, 23). Era la gloria de Pablo poder proclamar la irrupción ya del nuevo orden de cosas (o` aivw.n me,llwn - ver San Mateo 12.32) en la persona de Jesucristo, para que muchos más podrían recibir la luz de la vida. Esa es el servicio, o sea el ministerio, que Pablo prestó a tanto gentiles como judíos.

Preguntas:

8.1 ¿De qué maneras cometemos el error de predicar a nosotros mismos, en vez de proclamar a Cristo Jesús como Señor?

8.2 Nombre tres maneras que es posible “predicar a nosotros mismos”? _____

8.3 ¿Cuáles pueden ser las implicaciones de “predicar a Cristo” y no “a nosotros mismos”?

8.4 ¿Cómo podemos ser “esclavos voluntarios” de la congregación en vez de ser su jefe?

8.5 ¿Cómo puede un pastor o un líder ser enseñoreado por la congregación?

8.6 Cita algunas maneras de cómo se manifiesta el milagro de Dios cuando Su Espíritu ilumina el corazón de un oyente mediante el Evangelio que se proclama en la congregación.

8.7 ¿Cómo resplandece «la gloria de Dios en la faz de Cristo» mediante nuestro testimonio?

Análisis y aplicación: Caso 8

Un pastor recibe la visita de un grupo de hermanos, quienes afirman representar a los demás miembros de la congregación. Plantean que las predicaciones y los estudios Bíblicos del pastor son secos, fríos, sin emoción y entusiasmo. Prefieren que él use menos ejemplos y textos de la Biblia y que busque más ejemplos de la vida real. Dice el grupo: “Pastor, ya nos hemos cansado de predicaciones que solo usan textos Bíblicos. Hay que usar ejemplos más interesantes y motivadores. De esta manera, la iglesia se animará y se llenará. Y, ¡eso sí es predicar el Evangelio!”

8.8 ¿Cuál es el problema o problemas?

8.9 ¿Cuál debería ser la reacción y respuesta del pastor?

8.10 ¿Cómo puede el pastor usar 2 Corintios 4.5-6 para sustentar su respuesta?

He aprendido:

NOVENA LECCIÓN

2 Corintios 4.7-12 – Tesoro en vasos de barro

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Definir el concepto de “vasos de barro”.
2. Explicar el significado de “tesoros en vasos de barro” con relación al ministerio de la reconciliación.
3. Relacionar el “llevar en nuestro cuerpo la muerte de Cristo” con el ministerio de la reconciliación.

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintios 4.7-12** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta novena lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al noveno caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

NOVENA PARTE: Tesoro en vasos de barro

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida (4.7-12).

En este capítulo, hasta ahora, Pablo ha expresado cómo llevó a cabo su ministerio con confianza, su dedicación a proclamar la verdad abiertamente, su determinación de predicar a Jesucristo como Señor y a sí mismo como servidor de los cristianos y de la congregación de Corinto en particular, y lo que le motivaba en seguir adelante en este cometido, es decir, porque recibió la «iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» allá en el camino a Damasco (v. 6; Hechos 9.3-6).

Ahora sigue con un pensamiento que presenta un fuerte contraste con el versículo anterior. El ministerio del Nuevo Pacto es un ministerio glorioso, sí (v.6), pero el portador de las Buenas Nuevas de la gracia de Dios que ejerce este ministerio es como algo despreciable y rechazado (v. 7). Al hacer esta comparación Pablo, no quiso menospreciar a sí mismo ni al ser humano, que es también una creación gloriosa de Dios. Sino, sin duda, quiso magnificar con ella la gloria trascendente del mensaje que traía. Por eso llama el evangelio de Jesucristo un tesoro (qhsauro,j – v. 7), algo de gran valor para la persona que lo posee.

En los tiempos antiguos era una costumbre común esconder riquezas en algo que no tuviera aspecto de valor o belleza, y así no llamar la atención de los con mala intención a lo precioso que estaba escondido adentro. En este párrafo, sin duda, Pablo alude a dicha costumbre. Pablo vino a Corinto como un vaso de barro (ovstra,kinoj skeu/oj), de aspecto físico despreciable, cuyo lenguaje era sencillo y por ello despreciable para los griegos cultos de Corinto. Además, los super-apóstoles lo menospreciaban. Pero trajo el tesoro mayor de todos los tesoros, el cual es aquel mensaje que da conocimiento de la gloria de Cristo e ilumina al alma con la «iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (v. 6; ver Colosenses 2.3). Tanto más glorioso es la gloria del Evangelio del Nuevo Pacto que la gloria de la Ley del Viejo Pacto. Y para Pablo, el privilegio más grande y más glorioso era el de ser llamado a repartir ese tesoro entre los pecadores ignorantes de él. Es como si Pablo estuviera abrumado de la grandeza de la gracia de Dios al escoger un vaso tan indigno y frágil, como lo era Pablo, para depositar en él un tesoro de tan alto valor.

¡Qué extraño que el tesoro divino sea depositado en un vaso de uso corriente y no un vaso que corresponde al valor, la dignidad y la belleza del tesoro! Es como cuando Moisés pidió de Dios ver su gloria, y Jehová le respondió:

«Aquí hay un lugar junto a mí. Tú estarás sobre la peña, y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas, pero no se verá mi rostro» (Éxodo 33.21-23).

O, como cuando Moisés tuvo que poner un velo sobre su rostro para que el pueblo no viera

la gloria de Jehová reflejada en él (3.13; ver Éxodo 34.29-35). La realidad invisible de Dios no corresponde a la realidad visible de este mundo. Con los ojos físicos no se ve la gloria de Cristo crucificado ni de Su Evangelio, mucho menos la de Su mensajero que también sufrió tanta persecución y aflicción. Aún su mensaje carecía de gloria, en el sentido de que venía vestido en palabras humanas débiles y sujetas a mala interpretación. Es un fenómeno paradójico, lo que Lutero afirma al decir que Dios manifiesta Su obra bajo el aspecto contrario de ella. Por ejemplo, revela por medio de encubrir; bendice por medio de hacer sufrir; nos da a Su Hijo divino velado en carne humana; ofrece la sabiduría salvadora por medio de la necesidad de la predicación (ver 1 Corintios 1.26-29); da vida por medio de matar. Pablo percibió que su ministerio compartía esa misma paradoja: el preciosísimo Evangelio que revela nuestra salvación eterna nos viene en vasos de barro.

La metáfora, «en vasos de barro» (evn ovstraki, noij skeu, esin), parece referir en parte al hecho de que el ser humano fue creado del polvo y es «carne» (rḡ B', *basar, sa,rx*), es decir, sin poder, de baja condición, de existencia inestable, mortal (ver Isaías 30.14; Jeremías 19.11; Romanos 9.19-29; 2 Timoteo 1.20). O quizá, a veces se rechaza el tesoro del Evangelio porque se estima que los portadores de él no son dignos de proclamarlo, como sucedió en el caso de las mujeres que vieron a Cristo vivo en el día de Su resurrección, pero su testimonio no fue recibido con fe por los apóstoles (ver San Mateo 28.8-10; San Marcos 16.9-11; San Lucas 24.8-11, 22-23).

Pero más probable es que en este contexto esta frase se refiere principalmente a Pablo y sus colaboradores como personas sufridas, abatidas, perseguidas y humilladas, al igual que su Señor Jesucristo. Todo eso les dio un aspecto despreciable e insignificante. En lo que atañe a su vida terrenal no se percibía ni gloria ni poder en su manera abnegada y sufrida de vivir. Eran de aquellos que son abatidos y sin recurso alguno aparte de su Creador que las Escrituras llaman «pobres» (~yYni[], *aniim*) o sea, “los que son abatidos por la necesidad”, “los afligidos”. Hay otra palabra semejante (~ywin'[], *anawim*) que se traduce «pobres», pero en el sentido de “los que reconocen su bajeza delante de Dios”. Ambas condiciones se expresan en el Nuevo Testamento con oi` ptwcoi,, “los pobres” (compare San Lucas 6.20 y 24 con San Mateo 5.3).

De acuerdo con nuestra manera humana de pensar, un mensaje tan glorioso que promete tan infinitas bendiciones y una vida eterna celestial sería proclamada por una persona extraordinaria que lograría un triunfo tras otro y por eso recibiría honor y gloria de todo el mundo. Pero no, el Señor obra por medio del aspecto contrario. Pablo afirma esto en las palabras: «para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros» (i[na h` u`perbolh. th/j duna, mewj h=| tou/ qeou/ kai. mh. evx h`mw/n - v. 7b). Es decir, todos debieran entender que es por medio del Evangelio que Dios efectúa la salvación, no es obra del hombre llamado Pablo (ver Romanos 1.16; 1 Corintios 1.18) o ningún otro ser humano. ¿No era por eso que Su pueblo rechazó a Jesús, creyendo que fue un mero ser humano, no el divino Mesías prometido? Las personas alcanzan la fe en Cristo, comparten Su gloria, y reciben vida eterna por medio del Evangelio de perdón que Pablo proclamaba, no por el poder del que lo proclamaba.

“Si Pablo poseyera el tesoro en vaso de oro, los hombres atribuirían el éxito de Pablo al vaso y ensalzarían el vaso. Por eso tenemos este tesoro glorioso en vasos de barro, a fin de que sea evidente que el poder y la gloria de este tesoro no provienen de ningún hombre, sino sólo de Dios.” [Hoeferkamp]

Dios es el Dueño de Su Evangelio, y si el Evangelio es potente, es porque el Espíritu Santo de Dios inyecta Su poder en él, para que obre con tanto éxito en nuestras vidas. Por eso, Pablo lo llama «la excelencia del poder» (h` u`perbolh. th/j duna, mewj), un poder extraordinario (ver 1.8;

3.10; 4.17). Precisamente porque somos como sufridos «vasos de barro», el poder insigne de Dios puede obrar por medio de nosotros. Si «la excelencia» fuera de nosotros, el poder de Dios estaría debilitado. Saber esto, proporciona un gran consuelo a todos los que quieren dar testimonio de Cristo. No necesitan de hacerse grandes, atractivos o elocuentes para impresionar a sus oyentes. Procurar sobresalir así restaría el verdadero poder de su testimonio. «Porque — dice — mi poder se perfecciona en la debilidad» (ver 12.9-10). ¡Otra paradoja del Evangelio: el poder de Dios obra cuando nosotros somos débiles! Aunque tu testimonio sería como «de barro», Dios sabe moldearlo en Su inmenso poder para cumplir los fines que Él quiere. Si es fuerte tu testimonio, Dios sabe usarlo de igual manera. ¿No nos infunde con valor para hablar abierta y libremente de Cristo el que Dios sea tan poderoso y excesivamente misericordioso para obrar por medio de nosotros de esta manera?

Pablo sigue describiendo la suerte de los que están llamados al ministerio del Nuevo Pacto. Su vida asemeja mucho a la vida de su Señor, Jesucristo, el cual soportó pobreza y privaciones, peligros y tribulaciones, luchas y persecuciones. En cuatro pares de participios presentes (vv. 8-9) Pablo indica lo que les sucedía con frecuencia. Quizá tuvo en mente la ilustración de unos pocos soldados perseguidos de cerca por sus enemigos ya al punto de alcanzarlos (evn panti. qlibo,menoi) , pero no logran arrinconarlos (avllv ouv stenocwrou,menoi) porque Dios siempre permite que escapan de sus intenciones asesinos. No hallan modo de defenderse (avporou,menoi), pero no desesperan (avllv ouvkv evxaporou,menoi) porque tienen un Defensor divino (ver 1 Corintios 10.13). Los persiguen tenazmente (diwko,menoi, ver San Mateo 10.23), pero no ha sido abandonados a la merced de sus perseguidores (avllv ouvkv evgkataleipo,menoi) porque Dios es su Amparo constantemente. Al fin logran hasta tirarlos al suelo (kataballo,menoi) pero no los pueden despachar (avllv ouvkv avpollu,menoi) porque su Señor es el Preservador de sus vidas.

“Es casi como si dijese: Estas pruebas y aflicciones con las que topo en mi ministerio son para mí la garantía de que mi mensaje es glorioso, es de Dios, y que Dios por medio de este mensaje triunfa en el mundo.” [Hoeferkamp]

Tan conmovido se sintió Pablo al pensar de esas pruebas de su ministerio que no pudo sino maravillarse de la gracia protectora y salvadora que les fue manifestada a él y a sus compañeros en el curso de su vida apostólica (vv. 10). En ella Pablo se sintió muy estrechamente unido a su Señor Jesucristo. Como la vida terrenal de Jesús fue un morir constante culminando en la cruz, así el pregonero del Nuevo Pacto experimenta lo mismo de modo que en cierto modo su vida llega a ser una continuación de la de Jesús. Todo lo que Pablo sufría lo resume en las palabras: «llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús» (pa,ntote th.n ne,krwsin tou/ Vlhsou/))) perife,rontej - v. 10) . Es como si dijera: “Constantemente me estoy muriendo, mas sin embargo nunca pierdo la vida ”, lo que expresa tanto que la fragilidad de su vida, semejante a la de alguien que lleva un tumor mortífero en su cuerpo, como que la misma naturaleza del ministerio del Nuevo Pacto es un proceso de morir desde su principio hasta su fin. El apóstol era un moribundo, lo cual se manifestó en su cuerpo (ver Romanos 8.36). Llevar la muerte de Jesús es la suerte de cada ministro del Nuevo Pacto, porque así se manifiesta tanto el poder de Dios como la vida de Cristo en su vida. ¿Cómo?

De nuevo vemos la manera paradójica en que obra el poder de Dios. ¡La vida de Jesús se revela cuando Pablo lleva la muerte de Jesús en su cuerpo! Dios escogió esa manera de poner en claro ante el público (fanerwqh/| - aoristo pasivo subjuntivo) que la vida de Pablo no fue resultado ni de su propio esfuerzo ni de un malogro suyo, sino del hecho de que Cristo vivía en él (ver Gálatas 2.20). Quizá esto explica lo que Pablo escribió a los filipenses:

«Quiero conocerlo a Él y el poder de Su resurrección, y participar de Sus padecimientos hasta llegar a ser semejante a Él en Su muerte, si es que en alguna manera logro llegar a la resurrección de entre los muertos» (Filipenses 3.10-11).

Pero lo más seguro es que Pablo percibió que, lo mismo que sus palabras, su manera de vivir daba testimonio a la muerte y resurrección de Jesús. Su vida manifestó a todos tanto el Cristo paciente que sufrió y murió, como el Cristo resucitado glorioso que es la vida triunfante:

“... la muerte y la vida de Jesús van juntas. Jesús triunfó mediante Su muerte; por medio de Su muerte, Él sacó a luz la vida y la inmortalidad y así Él mismo llegó a vivir de nuevo. Él mismo proceso se repite en los apóstoles y en los seguidores de Jesús. Ellos obtienen la vida sólo por medio de la muerte. Hasta hay una conexión (relación) misteriosa entre la muerte de Jesús y los sufrimientos de Pablo. Los sufrimientos apostólicos a causa del Evangelio son, entendidos correctamente, como una repetición (o continuación) de la ne,krwsij de Jesús. De esta manera también la vida de Jesús llega a ser manifiesta en el cuerpo atribulado y perseguido de Pablo, ya que la vida y la resurrección de Jesucristo se manifiestan únicamente en medio de y después de Su muerte.”

[Hoferkamp]

El v. 11, casi parece ser una repetición del v. 10. En los vv. 7-10, Pablo se refiere estrictamente a los que son ministros del Nuevo Pacto. A ellos, en primer lugar, fue dado ese tesoro del Evangelio para administrarlo en la Iglesia como nuevos mayordomos. Pero ahora en el v. 11 aumenta su perspectiva para incluir a todos los creyentes en Cristo con las palabras «nosotros que vivimos» (h`mei/j oi` zw/ntej).

La vida a que se refiere es la vida que Cristo nos da a todos los que creemos en el mensaje del Nuevo Pacto verificado mediante la sangre de Cristo (ver San Mateo 26.28). El ministerio del Nuevo Pacto conduce a la vida eterna (ver 3.6). Vivimos los cristianos, sí, pero, como dice la antigua antifona, vivimos rodeados por la muerte. A esa muerte «siempre estamos entregados... por causa de Cristo»(\$avei.))eivj qa,naton paradido,meqa dia. VIhsou/n - ver 1 Corintios 4.9; 15.30-31; Romanos 8.36; Colosenses 1.24). Es decir, Pablo quiso cumplir con su vocación y ministerio que había recibido de Jesucristo, y si eso significaba para él tribulación y aflicción y el vivir bajo la amenaza continua de la muerte, estuvo dispuesto a padecerlo todo. Porque experimentó que el «Padre de misericordias y Dios de toda consolación» siempre lo reconfortaba en medio de sus aflicciones (ver 1.4-5). Y nosotros, ---los que vivimos, amamos a Cristo y apreciamos lo que hizo por nosotros--- estaremos igualmente dispuestos a entrar en todos los aspectos de Su vida, tanto los sufrimientos y la cruz, como el poder y triunfo de Su resurrección, sabiendo que obtenemos la vida sólo por medio de la muerte. Esto es un aspecto fundamental de lo que Lutero llamó “la teología de la cruz” (*thelogia crucis*).

Todo cristiano puede participar gustosamente en este morir de Cristo, el cual, habiendo entregado Su vida (th.n yuch,n mou) a la muerte (San Juan 10.17-18) resucitó a fin de hacernos participar en Su vida. Precisamente de esa manera «la vida de Jesús» se manifiesta «en nuestra carne mortal» (i[na kai. h` zwth. tou/ VIhsou/ fanerwqh/| evn th/| qnhth/| sarki. h`mw/n). Entonces nuestras vidas también darán testimonio a la realidad de la resurrección de Jesucristo, el cual es «la vida» (San Juan 14.6). Ese mismo fin persigue el ministerio del Nuevo Pacto, es decir, la salvación de muchas almas. De manera que Dios entregó a Pablo al poder de la muerte por

amor de Jesucristo, a fin de que llegara a ser semejante a Cristo en Su muerte (Filipenses 3.10).

Tanto en el caso de Pablo, como en el de Jesucristo, esta «carne mortal» se acabó en la muerte. Pero su martirio no acabó con la vida de que gozaban en Dios; entró en la vida eterna con Él (ver Romanos 6.6; 7.24-25; Filipenses 3.20-21). De esta manera el poder vital inherente en el Evangelio se manifestará como el vencedor del pecado y de la muerte, y la carne pecaminosa y mortal será vencida por la verdadera vida espiritual en toda su plenitud (ver San Juan 10.10). Lo mismo sucede en nuestro caso.

Nosotros que participamos de esa vida de Jesús participamos también de esta manera en la proclamación de la muerte y la vida de Jesús mediante «nuestra carne mortal» (evn th/| qnhth/| sarki. h`mw/n, v.11) — frase que corresponde a «en nuestros cuerpos» (evn tw/| sw,mati h`mw/n, v.10). Ese morir a diario con Cristo, culminará en la muerte de «nuestra carne mortal», pero resultará en la vida eterna en gloria con nuestro amado Salvador, Jesucristo. Por lo tanto, ¡gocémonos constantemente en el que «llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús»!

«De manera que» (w[ste - v. 12) expresa el resultado del propósito de Dios (expresado por los dos i[na en v.10 y v.11) al tratar con nosotros de esta manera. Pablo dice que su constante sufrimiento y muerte con Cristo tiene el efecto entre los corintios de otorgarles la vida en Cristo. Aunque algún día muera Pablo, la vida que recibieron ellos mediante su ministerio de muerte y vida continuará, ya que también son contados ellos entre los «que vivimos» (oi` zw/ntej - v. 11), que manifestarán la vida de Cristo (h`zwh. tou/ Vhhsou/) en sus cuerpos y su manera de conducirse (ver 3.2-3). La revelación de la vida de Jesús, a través de Su apóstol, les concederá el conocimiento de la realidad de aquella vida; y serán fortalecidos en su fe. Es como si dijera: “Entre más grandes sean mis padecimientos y tribulaciones, tanto más hondo será el gozo y el consuelo de la vida en Cristo de ustedes” (ver Colosenses 1.24; 2 Timoteo 2.10).

Preguntas:

9.1 ¿Cómo podemos gozar el hecho de tener “un tesoro en un vaso de barro”?

9.2 A veces nos rebelamos y damos voces contra este tesoro. ¿Por qué?

9.3 Sin duda el poder de Dios se manifiesta en nuestro ministerio. ¿Cómo reaccionamos cuando estamos presionados por todos lados?

9.4 ¿De qué maneras se manifiesta el sufrimiento por causa de Jesús en nuestro ministerio?

9.5 ¿De qué maneras se manifiesta la vida de Cristo en nuestro cuerpo cuando sufrimos o estamos siendo perseguidos?

9.6 ¿Por qué algunas personas están dispuestas a ver que su ministerio aparentemente fracasa, sin hacer todo en su poder para que ésto no suceda?

9.7 ¿De qué maneras siempre llevamos la muerte de Jesús en nuestro cuerpo?

9.8 ¿Puedes decir con toda sinceridad: “Mientras vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús”?

9.9 ¿Qué significa esta frase?: “Estoy conforme con que la muerte obre en mí para que la vida pueda obrar en la congregación.”

Análisis y aplicación: Caso 9

Durante una visita pastoral al hospital, un paciente, miembro por poco tiempo de la congregación, comenta al quien lo visita: “No tengo paz en mi alma. Toda mi vida he sufrido de una salud delicada. Pienso que Dios no me quiere. No entiendo cómo Dios me puede usar para bendición de otros. Soy tan débil. No creo que le puedo ser útil.”

9.10 ¿Cómo se aplica el aprendizaje de esta lección a esta situación?

9.11 ¿Cómo se explica el “llevar la muerte de Cristo en nuestro cuerpo”?

9.12 Escribe una oración al Señor que pudieras hacer con este paciente:

He aprendido:

DÉCIMA LECCIÓN

2 Corintos 4.13-15 – Ministerio movido por la fe

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Definir “hablar movido por la fe”.
2. Definir cómo puede haber “abundante acción de gracias” en los sufrimientos.
3. Explicar cómo se logra un mismo “espíritu de fe” entre los creyentes.

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 4.13-15** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta décima lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al décimo caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

DÉCIMA PARTE: Ministerio movido por la fe

Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: “Creí, por lo cual hablé”, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos. Y sabemos que Él que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. Todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios (4.13-15).

En el párrafo anterior Pablo indica la razón porque no pudo jactarse de aquello que había sido escogido por Dios como apóstol o de lo que hacía como pregonador del evangelio de Cristo, porque en realidad el poder para ejercer el ministerio del Nuevo Pacto lo recibió de Dios. La paradoja de la vida en Cristo es que para que Cristo crezca, su servidor ha de disminuir (ver San Juan 3.30). Y para que la vida en Cristo se manifieste en nosotros, es necesario que fallamos y morimos. «De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida» (4.8). En otras palabras, el vaso de barro ha de ser roto para que «el grato olor de Cristo» (Cristou/ euvwdi,a evsme.n) sea librado para llegar a ser «olor de vida para vida» (ovsmh. evk zwh/j eivj zwh,n – 2.15-16; ver San Juan 12.1-8). Ese sufrimiento apostólico ha de redundar en beneficio de aquellos que creen en Cristo. Es también una señal para aquellos que no creen.

Ahora bien, Pablo afirma que los corintios habían recibido los inestimables beneficios de vida y fe en Jesucristo que el Evangelio pregonado por él ofrece. Todo lo que Cristo da, lo ofrece a todos, no obstante, lo da solamente a los que lo reciben en fe en Él. Pensando en estas cosas, a Pablo le vino a la mente un pasaje del salterio de los hebreos (Salmo 116.10) – quizás escrito por el Rey David – que se relaciona con la enseñanza bíblica de la resurrección de los muertos (ver vv. 13-16). En el Antiguo Testamento, el v. 10 reza así: «Creí; por tanto hablé, estando afligido en gran manera.» El salmista había estado gravemente enfermo y sintió gran desesperación (v. 3). Pero el Señor Jehová le había librado de esta aflicción e inclusive la muerte (v. 8). Era como si había resucitado en entre los muertos. Su fe le había inducido a rogar al Señor por ese beneficio tan grande de la misericordia del Señor (v. 10). Reflexionando en todo ello fue movido a abrir su boca y exaltar la bondad de Dios (vv. 12-19).

Lo mismo que sucedió al salmista, le había acontecido a Pablo; también había sido librado de la muerte varias veces (ver 1.8-10; 11.21b-29). De esta manera «la vida de Jesús» (v. 10) se manifestaba también en él. Esa gracia de Dios también le motivó a proclamar la gloria del Señor que da a conocer el Evangelio de Cristo (ver 1 Corintios 9.16; Hechos 4.20; 5.32). Porque solamente aquellos que hayan experimentado la gracia de Dios y la conocen por medio de la fe están capacitados a proclamar las Buenas Nuevas de esa gracia.

Al igual que el salmista, Pablo tenía «el mismo espíritu de fe». Para él era el irresistible fruto de la fe en Cristo que proclamara el Evangelio (ver Romanos 1.14-17). La fe en Cristo forzosamente se expresa tanto en palabras como en obras de amor. Nada pudo detener a Pablo de hacer conocer su mensaje evangélico, ni el sufrimiento, ni la amenaza de muerte, ni el que su mensaje fuere rechazado. Estaba completamente entregado al cumplimiento de su cometido (ver Romanos 8.15; 1 Corintios 4.21; Gálatas 6.1; Efesios 1.17; 2 Timoteo 1.7). Era porque Pablo vivía por fe (evn pi,stei zw/ - Gálatas 2.20) que se sintió obligado a comunicar el mismo mensaje que por medio del cual había recibido la fe. Así que su ministerio emanaba de esa misma fuente de fe; era un ministerio movido por la fe. No le pudieron impedir la tribulación, la angustia, el apuro, la persecución, el que fuere derribado, o la muerte (ver 4.8-11). La nueva vida de un

creyente es asunto de fe, no de observación (San Lucas 17.21-22). Confiamos que todo esto sucede, aunque no aparece que suceda. Y, como hizo Pablo, seguimos anunciando el Evangelio.

La frase en el v.13, «espíritu de fe» (pneu/ma th/j pi,stewj) se puede interpretar como una referencia al Espíritu Santo, lo que representaría una expresión hebrea equivalente a “el fiel Espíritu” (compare «según el Espíritu de santidad», (kata. pneu/ma a`giwsu,nhj - Romanos 1.4, que equivale a “el Espíritu Santo”). O se puede interpretarla como análoga a la expresión «del Espíritu de vida» (tou/ pneu,matoj th/j zwh/j - Romanos 8.2) que parece indicar que es el Espíritu Santo que produce la vida en Cristo. Sin embargo, la mayoría de las versiones, si no todas, escriben «espíritu de fe» con “e” minúscula refiriendo al espíritu humano del salmista que lo animaba. De modo que *Dios Habla Hoy* traduce “con esa misma actitud de fe” y *La Biblia* publicada por Ediciones Paulinas Verbo Divino, 75ª edición, traduce “el mismo don espiritual de fe”.

“El salmista se vio amenazado de la muerte (v. 3); habiendo invocado el nombre de YAVÉ se reconforta, y se le infunde la confianza y la seguridad de que no morirá.” [Hoeferkamp]

En todo caso, sabemos de otros escritos de Pablo que la fe es don del Espíritu Santo (ver Gálatas 5.22 por ejemplo). Él que es «Señor y Dador de la vida» (Credo Niceno) es igualmente “Dador de la fe”. Es el Espíritu de Dios que habla con nuestro espíritu (ver Romanos 8.16). Fue el Espíritu divino que le movió al salmista hablar así como le movió a Pablo a predicar el Evangelio. Lo hacía por medio de despertar la fe y por la fe impelerle a llevar a cabo el ministerio que se le había encomendado, el de dar testimonio de la gloria de Cristo. La fe es la cuerda principal de la vida cristiana; y la fe fue la fuerza motriz para el cumplimiento del ministerio del Nuevo Pacto concedido a Pablo. Ya que es el Espíritu de Dios y la fe que producen el mismo resultado en la vida de todos los cristianos, todo acto de amor en el ministerio a favor de otros tiene un valor incalculable ante los ojos de Dios.

Esa fe radica en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, lo que Su Padre celestial había efectuado (o` evgei,raj, participio aoristo activo). Pablo afirma que el Padre resucitó «al Señor Jesús» (to.n ku,rion VIhsou/n). Es interesante que Pablo emplea el nombre humano, «Jesús», en esta frase, ya que fue Jesús, el hijo de María, quién había muerto en la cruz. Es ese ser humano que le interesa a Pablo proclamar. Pero a la vez, agrega el título divino, «el Señor», lo que indica que por esa muerte y resurrección, Jesús se manifestó como el verdadero Dios de una manera incontrovertible. Jesús, en Su vida humana, es ejemplo para el modo de vivir y morir para una persona que tiene fe en Dios; y como Señor es Don de Dios que nació para darnos, por medio del perdón de los pecados, el poder necesario para que realmente vivamos bajo la gracia y en el amor de Dios (ver *Obras de Martín Lutero*, VI, páginas 39-44).

Sin duda, Pablo tuvo conocimiento certero de la muerte de Jesús, ya que fue miembro de la secta de los fariseos cuando vivía en Jerusalén. Por eso había rechazado a Jesús, como el Mesías enviado por Dios. Para él, más bien, Jesús fue un muerto maldito por haber sido crucificado (ver Deuteronomio 21.23; Gálatas 3.13). Pero después de su visión en el camino a Damasco, Pablo ya no dudaba que Jesús había resucitado y vive eternamente, porque Él que le habló desde la brillante luz se identificó con las palabras, «Yo soy Jesús» (evgw, eivmiVIhsou/j - Hechos 9.5; 26.15; ver 22.8, «Yo soy Jesús de Nazaret»). No se identificó como «el Cristo», ni como «el Hijo de Dios»,

lo que le podía haber comunicado a Pablo que le hablaba un ser celestial, quizá Dios Padre mismo; sino se identificó como el mismo Jesús que fue crucificado, pero que ahora llevaba el

título «Yo Soy» que, en el Evangelio según San Juan, Jesús decía de Sí mismo tantas veces. Con estas mismas palabras la Versión de los Setenta tradujo el nombre de Jehová (ver Éxodo 3.14, *hy,h.a*< rv]a] hy,h.a*<, `ehyeh asher `ehyeh, evgw, eivmi o` w;n*). A la pregunta de Pablo: «¿Quién eres, Señor?», podríamos parafrasear la respuesta con estas dos palabras: “Jehová, Salvador”. Esta respuesta le confirmaba para Pablo que era Jesús tanto Dios mismo como ser humano.

“Moisés en esta ocasión no estaba meramente pidiendo conocimiento del nombre desnudo de Dios que no les había sido revelado aún a ellos, sino más bien quiere saber el significado recóndito de un nombre que ya conocían (cf. 3.6)...La respuesta que se le dio equivalía a decir que Dios se demostrará ser siempre digno de confianza y lo suficientemente competente para suplir todas las necesidades de su pueblo.” [H.R. Jones, *The New Bible Commentary: Revised* (El Nuevo Comentario Bíblico Revisado), página 124, traducción mía]

Afirma el apóstol que el colmo de la manifestación de Jesús en la propia vida de Pablo será que sea resucitado a la vida celestial después de morir («a nosotros también nos resucitará con Jesús», *kai. h`ma/j su.n Vlhsou/ evgerei/*). Sabía por la fe que, así como había sufrido con Jesús, compartiendo su experiencia de Él en su propia vida en la semejanza de su muerte, así también habrá de vivir con Él en la semejanza de su vida. Por eso pudo “soportar pacientemente (*u`ome,nein*) pruebas y aflicciones y aun la muerte; porque sabía que nunca sería “el finado Pablo”, sino que su vida en Cristo había de continuar a través de la muerte en la eternidad, aunque fuera de un modo distinto a la vida de este mundo (ver 1 Corintios 15.12-19; 1 Tesalonicenses 4.14).

Todo esto el Señor nos lo dio a nosotros también mediante nuestro bautismo (ver Romanos 6.1-14). Entonces empezamos a participar de los sufrimientos, muerte y resurrección de Jesús. Fue de esa manera que Dios optó por obrar nuestra salvación (ver Romanos 8.17 y 32; Colosenses 1.24; 1 Corintios 15.20). Por eso Pablo dice que Dios «nos resucitará con Jesús» (*h`ma/j su.n Vlhsou/ evgerei/*). Es decir, que toda nuestra experiencia aquí en la tierra apunta hacia nuestra unión con Cristo, hasta que seremos resucitados a la vida celestial tal como lo fue nuestro Salvador. De Su mano nadie nos puede arrebatar (ver Juan 10.28-29). El que «llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores» (Isaías 53.4) hace que compartimos su nueva vida – lo que Lutero califica como un trueque magnífico y maravilloso.

Como colmo de toda una gama de actos salvíficos en beneficio de nosotros es éste: «y nos presentará juntamente con vosotros» (*kai. parasth,sei su.n u`mi/n*). El verbo *parista,nw, paristáno,* usado en este versículo en su forma futura, significa fundamentalmente: “colocar al lado de”. A veces se usa con referencia a presentarse ante un juez, lo que es un significado posible aquí. Pero unido a la idea de la resurrección en este contexto, probable-mente lleva el significado: “llevar a la presencia de Dios”, dando a entender que Dios nos arrimará a Sí mismo al otorgarnos nuestra herencia de la vida eterna con Él en el cielo. De esta bendición, dice Pablo, todos los apóstoles y los creyentes en Cristo disfrutarán juntamente con los creyentes corintios. ¡Qué maravillosa perspectiva pinta Pablo para animarnos y fortalecer nuestra fe en el Evangelio que proclamaba!

Con la frase «juntamente con vosotros» (*su.n u`mi/n*), Pablo afirma que todos los corintios que compartían la misma fe en Cristo disfrutaban de una santa unión con él y los unos con los otros (ver también Efesios 4.1-6). Por eso, todos compartieron y compartirán todas las bendiciones que en Su amor, Jehová ha determinado de antemano darles a Sus criaturas fieles a Él y a Su

Cristo. Esta gozosa afirmación equivale decir lo que Pablo escribió a los romanos: «Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos» (Romanos 14.8; ver San Juan 11.25-26). Los corintios compartían los sufrimientos, la muerte y la resurrección de Cristo de la misma manera que Pablo. Al estar juntamente en pie en la presencia de Dios su unión en Cristo será al fin definitivamente manifiesta y completa.

Todo lo que Pablo ha enseñado y afirmado respecto al Nuevo Pacto (3.6) — que es el ministerio del Espíritu (3.8); que es el ministerio de justificación (3.9); que es el ministerio de la gloria más eminente (3.10); que es el ministerio que permanece (3.11); que implica tribulación para ellos en este mundo; que en la resurrección a vida habrá triunfo — y todo lo que Pablo había experimentado en este ministerio — su fe en Cristo; su amor para con Él; su tribulación y gloria; su fracaso y triunfo; su fe en los corintios; su amor para con ellos — todo, todo había sido para su beneficio («por amor a vosotros», diV u`ma/j - que corresponde a la frase, dia. VIhsou/n - «por causa de Jesús», v. 11): Pablo había sido entregado a la muerte por amor de Jesús y aguantaba aflicciones por amor de los corintios (ver 1.6; 1 Corintios 3.21). Todo lo soportaba porque fue fortalecido por su fe en Cristo. Lo que le movió, como dirá enseguida, era tanto el amor de Cristo (5.14), que le dio su fe y le llamó al apostolado, como «la preocupación por todas las iglesias» (11.28) que pesaba sobre él.

Los últimos pensamientos de este párrafo parecen expresar lo siguiente: Puesto que todo lo que sucede en el ministerio de Pablo sucede en beneficio de los corintios (ta. ga.r pa,nta diV u`ma/j), todo ello debía resultar en que, mediante la actividad de muchos cristianos corintios, la gracia de Dios fuera otorgada a muchísimas personas más (i[na h`ca,rij pleona,sasa dia. tw/n pleio,nwn). Porque como Abraham, los corintios fueron bendecidos para ser, a su vez, una bendición. La culminación de este proceso sería una sobreabundancia de acciones de gracias ofrecidas a Dios por todas aquellas personas que, perdonadas por esa gracia, hubieran vuelto a Dios en arrepentimiento y fe (th.n euvcaristi,an perisseu,sh|). Así sería Dios glorificado a lo máximo en Corinto (eivj th.n do,xan tou/ qeou/). Según 1.11, el hecho de que Dios fuera glorificado era uno de los objetivos fundamentales que Pablo perseguía al cumplir su ministerio del Nuevo Pacto. Pero ese resultado no se realizaría si los corintios iban a seguir dando asenso a los superapóstoles con sus calumnias y representaciones fraudulentas.

“Estando grandemente atribulado, justamente como consecuencia de su ministerio...Pablo no desespera, sino que pone su confianza en Jesucristo el Señor...Pero por la fe sabe que esto es el reflejo necesario del sufrimiento y muerte de Jesús en su cuerpo (resp. «carne mortal»); y por la fe sabe que también la vida y la resurrección de Jesús están siendo manifestadas en medio de su muerte (resp. su sufrimiento); y por la fe sabe que él algún día verá a Jesús y a los corintios en el mundo de la resurrección. Este es el «espíritu de fe» que anima a Pablo en su ministerio; esto es lo que lo conduce a «hablar» porfiadamente, con parrhsi,a, al desempeñar su ministerio. Y éste es el «espíritu de fe» que debe animar a todos los que siguen a Pablo en el ministerio de dikaios,nh, en el ministerio que comunica y realiza el Nuevo Pacto.”
[Hoferkamp].

Preguntas:

10.1 ¿Cómo podemos proseguir en nuestro ministerio con el mismo espíritu de fe que animó tanto al salmista como a Pablo?

10.2 ¿Por qué estamos plenamente conscientes y convencidos de que nuestra fe depende enteramente y está basada completamente en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos?

10.3 ¿Por qué el conocimiento de la resurrección de Jesucristo nos da el valor de pregonar esta verdad denodadamente?

10.4 ¿Estamos dispuestos a padecer todo por amor de los fieles en la congregación? Explica tu respuesta.

10.5 ¿De qué maneras pueden los sufrimientos llevar a la congregación a la acción de gracias y que glorifiquen a Dios?

Análisis y aplicación: Caso 10

Recientemente, por una emisora de radio, se escuchó un renombrado evangelista decir: “El sufrimiento es sinónimo de una falta de fe. La fe verdadera produce paz, salud y prosperidad. El diablo solo trae sufrimiento, pero Cristo nos trae libertad y vida en abundancia.” Algunos hermanos de la congregación piden al pastor que le hable al respecto porque según 2 Corintos 4:13-15, el mensaje de aquel hombre contradecía la Biblia.

10.6 ¿Cuál debe ser la respuesta del pastor?

10.7 ¿Por qué es importante para el pastor aclarar el asunto?

10.8 Prepare el bosquejo de un sermón o estudio Bíblico sobre este texto:

He aprendido:

UNDÉCIMA PARTE: Vida movida por la fe

Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día, pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (4.16-18).

En estos versículos, Pablo recalca (dio, – «*Por tanto*») algunas ideas que había expresado anteriormente (ver 3.4 y 12; 4.1 y 13) y hace hincapié en sus explicaciones de 4.2-15 (especialmente el v. 4) y la nueva vida de resurrección. Reafirma el valor que le dominaba al llevar a cabo el ministerio del Nuevo Pacto. Siempre vivía en la esperanza de la bendición de Dios ya que había tenido experiencia suficiente de ella. Sabía que había de participar en la resurrección de los muertos juntamente con los corintios creyentes (ver v. 14). Sabía que, hasta que llegara el día final cuando todos resucitarán, el Evangelio tenía que ir extendiéndose por todo el mundo para gloria de Dios (ver San Marcos 13.10). Pablo sabía eso por fe, no por observación, ya que la extensión del Evangelio mayormente sucede de modo escondido, no manifiestamente, ya que Dios obra – como nos enseñó el Dr. Martín Lutero – bajo su aspecto contrario. El Evangelio va de triunfo en triunfo, pero también nosotros lo sabemos solamente por fe. A nuestros ojos carnales el Evangelio fracasa, inundado bajo tantos sufrimientos, pruebas, reveses, descuidos y hasta persecución. Su gloria no se ve, aunque se conoce por medio de la fe, como Pablo dirá en el capítulo siguiente (5.7). La fe de Pablo le dio conocimiento de todo eso, y por esa fe fue reconfortado y fortalecido para seguir llevando a cabo su cometido. Siguió en su ministerio con denuedo, obrando de una manera fiel y diligente para dar a conocer el Evangelio eterno y salvador entre muchos, a pesar de llevar «siempre en el cuerpo la muerte de Jesús» (vv. 10-11).

Esa misma realidad encaró Pablo en su propia persona y experiencia, porque es la común realidad humana de todos nosotros. La expresa con las palabras «*este nuestro hombre exterior se va desgastando*» (eiv kai. o` e;xw h`mw/n a;nqrwpoj diafqei,retai - v. 16; ver «*vasos de barro*» - v. 7; «*el cuerpo*», v.10; «*nuestra carne mortal*» - v. 11). Se trata de nuestra existencia exterior, terrenal, carnal que va deteriorando cada día más hasta llegar a la hora de la muerte. Además, la energía gastada en llevar a cabo su ministerio, su cuidado por los nuevos creyentes en Cristo, y sus sufrimientos por el Evangelio se combinaron para desgastar su cuerpo mortal de una manera extraordinaria.

Ese deterioro exterior, sin embargo, no afectó adversamente su existencia interior, regenerada, espiritual, o sea «*el hombre interior*» (o` e;sw h`mw/n [a;nqrwpoj]). Muy al contrario, éste iba renovándose constantemente. El verbo que ocupa para expresar ese desarrollo es avnakaino,w, que significa “renovar” o “hacer de nuevo”. Solamente lo usa Pablo, y él en solamente este pasaje y en Colosenses 3.10. Lo usa ambas veces en el presente pasivo y de una manera figurativa. Es un verbo relacionado con el adjetivo kaino,j, “nuevo”, que forma parte de la frase “Nuevo Pacto”,

es decir, lo concertado en Cristo. Pero, en el Nuevo Testamento kaino, j connota no solamente algo diferente del pacto anterior, sino algo “que pertenece al advenimiento de Cristo, que es de carácter fundamentalmente nuevo” (*Diccionario de Teología Neotestamentaria*, II, 669-670). Es distinto al antiguo en lo que a calidad se refiere. Por esta razón, el autor de Hebreos describe el Nuevo Pacto como «*mejor*» al antiguo (krei,ttono,j - el comparativo de avgaqo,j - “bueno”, ver Hebreos 7.18-25; 8.6; 12.24).

Pablo afirma, por lo tanto, que la nueva vida en Cristo que posee va conformándose más y más al Nuevo Pacto del cual era servidor y pregonero (ver 3.6). Aunque no lo menciona en este texto, sabemos que esta renovación constante era resultado de la obra del Espíritu Santo que vivió y se movió en el hombre interior de Pablo, dirigiendo día en día la nueva vida que él había recibido por la fe (ver 1 Pedro 3.4). La esperanza de Pablo era que esta renovación continuaría hasta llegar a su colmo y perfeccionamiento en la resurrección de los muertos. Dicha esperanza le animaba más y más para llevar a cabo su ministerio, porque percibió que no solamente iba muriendo a diario, sino que iba resucitando a diario también. Esa percepción la adquirió al contemplar el significado de su bautismo (ver Romanos 6.1-14). Si el Espíritu de Dios no le renovaría en el hombre interior día en día, también su nueva vida en Cristo iría desgastándose a diario hasta que moriría. De manera que sucede que el desgastarse del hombre exterior no afecta la renovación interior del creyente, pero al contrario, la renovación del hombre interior sirve como contrapeso a la deterioración del hombre exterior.

La frase «esta leve tribulación momentánea» (to. ga.r parauti,ka evlafro.n th/j qli,yewj - v. 17) quizá se refiere a la deterioración del hombre exterior. Habla de ella en singular a pesar de abarcar toda una gama de sufrimientos, enfermedades, reveses, desengaños, persecuciones, y dificultades. En toda la perspectiva del Nuevo Pacto, todo esto es algo que pronto pasa y un yugo fácil de llevar (ver San Mateo 11.30). Así es esta vida terrenal para la persona que está «*en Cristo*». Pablo no consideró que las aflicciones y dificultades que acompañaban su ministerio las llevaba como un peso enorme e insoportable que lo abrumaba. Más bien anduvo por fe en el conocimiento de su constante renovación interior. Eso le ayudaba a vislumbrar la actividad de Dios que obraba el bien de Pablo detrás de aquello que su hombre exterior percibía y luego calificaba como algo única y sumamente malo (ver Hebreos 12.2). Y con esa visión de fe se elevaba su espíritu, y pudo continuar en su vocación con alegría y gozo en el corazón.

Lo que percibió Pablo en su vida después de su conversión fue que precisamente esa tribulación momentánea y leve iba produciendo (katerga,zetai - voz media, tiempo presente) exactamente su contrario: ya no lágrimas y desesperación, sino «*un cada vez más excelente y eterno peso de gloria*», (kaqV u`perbolh.n eivj u`perbolh.n aivw,nion ba,roj do,xhj). La frase griega es algo difícil de traducir. Pero nuestras Biblias captan el sentido. Lo que el cristiano que sufre por amor del nombre de Cristo y del Evangelio espera recibir es un eterno peso de gloria excesivamente extraordinario. Será fuera de toda proporción con la vida atribulada que experimenta el ministro del Nuevo Pacto aquí en la tierra. Es más, este eterno peso de gloria incalculable obró en la vida de Pablo en su ministerio y en medio de toda su vida atribulada. Y este proceso progresa de un grado extraordinaria (kaqV u`perbolh.n) hasta un grado excesivo (eivj u`perbolh.n - ver Salmo 30.5; Isaías 44.7; San Mateo 5.11 y 19.29; Romanos 8.17-18; 2 Timoteo 2.12; Hebreos 12.11; 1 Pedro 1.6 y 5.10; etcétera). ¡Con razón Pablo califica su vida atribulada como «*esta leve tribulación momentánea*» y la gloria que le espera como «*un cada vez más excelente y eterno peso*»!

Es precisamente por eso que Pablo constante e intencionalmente fijó sus ojos en «*las [cosas] que no se ven*» (ta. mh. blepo,mena), es decir, «*las cosas de arriba*» (Colosenses 3.1-4), aquellas cosas «*que Dios ha preparado para los que lo aman*» (1 Corintios 2.9). De esta manera Dios le animó y fortaleció y, a la vez, Pablo se animó y fortaleció a sí mismo. No se fijó en «*las cosas que se ven*» (ta. blepo,mena), o sea, «*las de la tierra*» (Colosenses 3.2), como probablemente los super-apóstoles hacían. Pues nosotros, los humanos, observamos esas cosas con los ojos, ya que pertenecen solamente a este mundo, y no requieren la fe para verlas. Pero aquellas que no se ven pertenecen al mundo venidero, cosas que los ojos humanos no pueden ver. Es necesario mirarlas con fe para

conocer su realidad (ver vv. 3-4; 5.7), porque nuestra vida «*está escondida con Cristo en Dios*» (Colosenses 3.3).

La razón porque Pablo no ponía la mirada en las cosas que se ven — que incluyen sus sufrimientos y aflicciones —, afirma Pablo, es porque «*son temporales*», o sea, “pasajeras” (pro,skaira, v. 18; ver parauti,ka - v. 17); no durarán para siempre. En cambio, miramos las cosas que no se ven — como por ejemplo el divino **dwObk'**, *kabod* (ver, por ejemplo, Levítico 9.6), o sea “el peso” o “la gloria” del Señor — con los ojos de la fe. Esas cosas Dios nos las hace conocer solamente por medio de la revelación que nos ha concedido de ellas en Cristo Jesús. Las miramos también porque «*son eternas*» (aivw,nia, v.18) y son las que tienen una importancia extraordinaria en comparación con lo que pertenece a la existencia presente.

A Pablo, ministro extraordinario del Nuevo Pacto, esa nueva actitud de fe en el evangelio le fue otorgado por Jesucristo, su Señor y el Autor del Nuevo Pacto. Definía toda su nueva vida en Cristo.

Preguntas:

11.1 Describe el significado de que tu vida es un diario y cotidiano “morir y resucitar con Jesús”.

11.2 ¿De qué manera somos renovados interiormente de día en día, a pesar de que «*el hombre exterior se va desgastando*»?

11.3 Nuestras tribulaciones producen en nosotros «*un cada vez más excelente y eterno peso de gloria*». ¿Por qué?

11.4 ¿Por qué es tan fácil para nosotros fijar nuestra mirada en las cosas temporales y en las eternas? Explica tu respuesta.

11.5 Nombra tres maneras por las cuales nos desmayamos al gastarse nuestro cuerpo mortal.

Análisis y aplicación: Caso 11

Una terrible tragedia familiar de uno de los miembros, sacudió la congregación. Hubo mucho dolor, tristeza, confusión y desconsuelo, hasta ira y rechazo. Se escuchó el comentario de algunos hermanos: "Si Dios es así con los Suyos, ya no quiero ser parte de esta iglesia." Aprovechando el momento, el pastor preparó el sermón del domingo para dar una respuesta a la congregación. Además, llamó con carácter de urgencia a una reunión con los miembros más antiguos para elaborar un plan de visitación y consolación. Dos meses más tarde, la congregación se había recuperado y hasta había crecido por el testimonio del pastor y los miembros ante esa tragedia.

11.6 ¿Cómo puede una tragedia tornarse en bendición?

11.7 ¿Qué mensaje se puede usar para el sermón y el plan de visitación y consolación?

He aprendido:

DUODÉCIMA LECCIÓN

2 Corintos 5.1-5 - Ministerio de esperanza gloriosa

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Hacer una comparación entre nuestra "morada terrenal" y nuestra "casa eterna en el cielo".
2. Describir "nuestro gemir" deseando ser "revestidos".
3. Explicar el concepto de ser "revestidos en Cristo".
4. Explicar por qué el Espíritu es nuestra "garantía".

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 5.1-5** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al duodécimo caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

DUODÉCIMA PARTE: Ministerio de esperanza gloriosa

Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial, pues así seremos hallados vestidos y no desnudos. Asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia, pues no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Pero el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado el Espíritu como garantía (5.1-5).

Ahora Pablo amplifica el pensamiento del párrafo anterior, dándonos una explicación de cómo se fijó su mirada en las cosas que no se ven. Emplea otra figura para aclarar más lo que quiere decir. Habla de su cuerpo físico como si fuera una casa o tienda (h' oivki, a tou/ skh, nouj, *la casa, o sea la tienda*, un genitivo de aposición) que nos sirve solamente mientras vivimos en esta tierra (evpi, geioj - *terrestre*). En el conjunto de todos sus escritos solamente en este párrafo usa esta figura en este sentido (vv.1, 4). Quizá su oficio de fabricante de tiendas (skhnopoio, j), profesión que practicaba en Corinto (ver Hechos 18.3), le sugirió este símil. Una tienda no permanece para siempre. Es fácil removerla o destruirla. Aparentemente, quizá por primera vez, cuenta Pablo con la posibilidad de que pudiera morir antes de la segunda venida de Cristo (ver 1 Tesalonicenses 4.15-17 y 1 Corintios 15.51, pasajes en que parece esperar estar vivo al venir Cristo). Posiblemente él que tuvo que enfrentar la muerte en Asia (ver 1.8-11) hizo que cambiara de parecer. Sea lo que fuere, se refiere a su cuerpo que «*se va desgastando*»; este desgaste ha de terminar con su muerte (4.10-12, 16; ver 2 Pedro 1.13-14). Pero no por eso se desanimó (4.16); más bien se llenó de esperanza (ver 3.12; Colosenses 1.27; 1 Pedro 1.3).

Pablo afirma con toda certeza que hay una morada en el cielo preparada para él y todo creyente en Cristo (ver San Juan 14.1-3; San Lucas 16.9), «*un edificio*» (oivkodomh.n) que Dios ha preparado (evk qeou/), «*una casa no hecha por manos*» (oivki, an avceiropoi, hton), muy superior a la «*casa terrestre*» que habitamos ahora, ya que será un cuerpo espiritual (avceiropoi, hton), celestial (evn toi/ j ouvranoi/ j) y que durará por toda la eternidad (aivw, nion, ver 1 Corintios 15.42-50). Ahora su cuerpo es como una tienda ruda. En el cielo será como un palacio fino, cómodo, ricamente amueblado. Toda esta figura y su significado fue un concepto nacido de la fe de Pablo, la fe en Cristo que produce la esperanza de la vida eterna con Dios y su Cristo en el cielo. Y esa esperanza produjo el que Pablo aguantara las aflicciones y pruebas de esta vida pacientemente, aguardando su traslado a su hogar celestial con anticipación gozosa (ver Filipenses 1.23; Romanos 8.24-25).

No obstante, al fijar su mirada en esa «*casa*» celestial que le esperaba Pablo gemía (stena, zomen) porque todavía estaba en su tienda terrestre actual con todas sus imperfecciones y limitaciones. Anhelaba con toda su alma ser vestido de aquel cuerpo celestial que todo creyente recibirá al entrar en la vida eterna. Quizás sentía aquella nostalgia para regresar a su patria (evpiqou/ ntej, ver Filipenses 3.20-21; Romanos 8.22-23) que a veces se posesiona de una persona que haya viajado a un país lejano y estaría habitando allí, aunque temporalmente.

Luego, el apóstol se vale de otra figura más para describir ese anhelo que siente para la vida celestial. En verdad, la manera en que se expresa a primera vista parece un tanto extraña:

vestirse de su «habitación» (to. oivkhth,rion), como si su casa fuera ropa. Pero esta expresión ha de entenderse en el sentido de la interpretación arriba expuesta; es decir, que se está refiriendo a un nuevo cuerpo que Dios mismo le había de proveer (to. evx ouvranou/). Así como hemos sido revestidos de Cristo en nuestro bautismo (ver Gálatas 3.27), de la misma manera seremos revestidos (evpendu,sasqai) con un cuerpo celestial y glorioso en el día de juicio (ver 1 Corintios 15.50-54; 1 Tesalonicenses 4.13-18). Será como si fuéramos «vestidos» (evndusa,menoi) de la ropa más fina y gloriosa en señal de que ya hemos sido exonerados de toda culpa por el perdón de pecados y el lavamiento de nuestro bautismo. Apareceremos ante el Juez eterno vestidos, «no desnudos» (ouv gumnoi.), es decir, sin defensa ya que Cristo será nuestro Defensor (para,klhto - 1 Juan 2.1-2). Nos hace recordar del vestido de boda de que habló Jesucristo en San Mateo 22.11-13.

Otros interpretan vv. 2-3 en el sentido de que Pablo sigue pensando de la venida de Cristo y la posibilidad de ser desvestido de su cuerpo terrestre quizá mucho antes de recibir su cuerpo celestial; y no quiere estar «desnudo», es decir sin cuerpo alguno.

Mientras que no hubiera recibido su cuerpo celestial, seguía gimiendo abrumado, como quien lleva una carga pesada (barou,menoi, ver 1.8). ¿Cuál sería ese peso que cargó? El apóstol no lo especifica. Quizá fue que la necesidad de morir le era gravosa. O quizá fue que pensaba en las enfermedades, los sufrimientos, las tribulaciones y las persecuciones que tuvo que aguantar. O quizá le era onerosa la lucha contra «el viejo hombre» (ver Efesio 4.22). Sea lo que fuere, estuvo dispuesto a esperar que el Señor actuara para levantar de sus hombros el peso (ver 12.7-10; Salmo 27.14). Gimió en oración (stena,zomen) que el Señor no lo dejara sin vestido alguno, sino que, cuál Cristo, anhelaba tener su cuerpo glorificado que corresponde a la resurrección de los muertos. ¿Por qué? Porque lo mortal (to. qnhto.n) será entonces absorbido (katapoqh/) por la vida eterna. La lucha con la carne habrá caducada. Tal como en Su resurrección, Jesús fue librado de las limitaciones de la existencia humana al ser tragada la muerte por la vida divina, así también Pablo anhela y espera disfrutar de un cuerpo celestial y no tener que ver su vida tragada por la muerte (ver 1 Corintios 15.53-54). Compara esta nueva vida con un vestido celestial que se pondrá encima de “la ropa” de esta vida mortal (evpendu,sasqai). Quizá lo que quiere decir es que su cuerpo humano no sería deshecho, sino que por la resurrección ese cuerpo sea transformado y glorificado, hecho capaz de heredar la vida celestial en la presencia de nuestro Dios glorioso.

Este vivo anhelo de Pablo no era una invención de su imaginación, sino se basó en una realidad divina, a saber, Dios mismo le había preparado (o` katergasa,menoj) a Pablo para tal cambio de su «morada terrestre» (ver 4.16-17). Mediante la redención en Cristo – obrada por Cristo, dada a nosotros en nuestro bautismo, y recibida por fe – nuestro amado Dios ha llenado nuestro espíritu con un ardiente anhelo de ser revestido con esta nueva vida que devoró la muerte cuando Cristo murió (ver el himno, “Cristo fue inmolado” por Martín Lutero), y que absorbe la vida del cuerpo que «se va gastando».

Esa transformación de nuestro cuerpo mortal nos está garantizada por el don del Espíritu Santo que hemos recibido en nuestro bautismo, que era como “el pago a cuenta” o “la cuota inicial” (to.n avrrabw/na, término técnico del comercio que se refiere al pago inicial que obliga al pagador a seguir pagando lo demás que debe; ver Efesios 1.13-14; 4.30). Por eso Pablo estaba completamente convencido de que en la próxima venida de Cristo recibiría la plena posesión de esa «habitación celestial», o sea, que estaría «revestido» (evpendu,sasqai) con la vida celestial, el perfeccionamiento de la vida espiritual que ya poseyó por medio de la fe en Cristo (ver

Romanos 8.11; Filipenses 1.6). Esos deseos y anhelos que tomaron posesión de Pablo son los despertados por el Espíritu Santo en el corazón del cristiano, así como nos transforma (3.18) y nos renueva (4.16; ver Efesios 3.16), otro indicio de que Pablo, así como nosotros, había ya recibido ese pago a cuenta que es el don del Espíritu de Dios en su vida por la gracia de Dios. En fin, todo es don de Dios (ver 1 Corintios 4.7; Romanos 8.23-27), dado por el favor y el amor de Jesucristo, nuestro Salvador.

Preguntas:

12.1 ¿Por qué tememos la destrucción de nuestra «*morada terrestre*» en que actualmente vivimos? Explica tu respuesta.

12.2 ¿De qué maneras gemimos anhelando que seamos revestidos de nuestra «*habitación celestial*»?

12.3 ¿Qué en la Palabra de Dios nos convence que lo mortal en nosotros será absorbido por la vida? Explica tu respuesta.

12.4 ¿Qué evidencia tenemos que nuestra vida y ministerio tienen «*al Espíritu como garantía*»?

12.5 ¿Cómo relacionamos lo dicho en este párrafo con el ministerio en la congregación donde servimos?

Análisis y aplicación: Caso 12

Uno de los miembros más ancianos de la congregación está a punto de morir. La familia invita al pastor y a algunos de los miembros a visitar al hermano moribundo. De antemano, se ha escogido este texto (5.1-5) para animar y consolar al hermano y a su familia.

12.6 ¿Qué es apropiado decir en esta situación?

12.7 ¿Por qué es importante usar este texto en situaciones de gravedad de muerte?

12.8 ¿Por qué es necesario hablar con tanta claridad sobre la muerte?

12.9 ¿Cómo se explicaría en esta situación, la enseñanza Bíblica sobre el ser “revestidos en Cristo”?

12.10 ¿Cuál es tu actitud ante la muerte? ¿Estás listo/a para morir?

He aprendido:

DÉCIMATERCERA LECCIÓN

2 Corintos 5.6-10 - Ministrando confiadamente

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Dar por lo menos un ejemplo del significado de estar “ausentes del Señor”.
2. Dar una breve explicación sobre la enseñanza escatológica de Pablo en estos versículos.
3. Explicar el significado de tener esperanza en Cristo, especialmente ante la muerte.

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 5.6-10** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta décima tercera lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al decimotercer caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

DÉCIMATERCERA PARTE: Ministrando confiadamente

Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista). Pero estamos confiados, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor. Por tanto, procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables, porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (5.6-10).

Debido a que su vida y ministerio estaban bajo la dirección del Espíritu Santo, Pablo vivía siempre confiadamente (Qarrou/ntej). Pablo utiliza este participio presente para indicar una actitud continua. Esta palabra es paralela a las expresiones en 2.3; 3.4; 3.12; 4.1 y 4.16, y, además, incluye la idea de “ser valiente”. La valentía de Pablo era una confianza constante (pa,ntote – palabra que subraya la idea de continuidad implícita en el participio presente anterior), a pesar de que se sentía abrumado a veces (ver v. 4). Su confianza valiente nació de las buenas nuevas que acaba de expresar en el v. 5. Era esa confianza, sin titubeos, la que lo mantuvo fiel a Cristo, aún cuando se halló cara a cara con la muerte. Estaba seguro de que el Espíritu de Dios siempre le apoyaba (ver 1.21-22). Sentir desesperación no nace de la experiencia cristiana. Más bien nace de una falta de fe, entristece «al Espíritu Santo de Dios» (Efesios 4.30) y rechaza Su obra en nuestros corazones. La gracia de Dios había superado esa actitud fatal en la vida del apóstol.

Las palabras siguientes, «y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor» son un tanto enigmáticas. El verbo en la frase: «estamos ausentes del Señor» (evkdhmou/men avpo. tou/ kuri,ou) originalmente significaba “salir de su patria” o “hacer un viaje largo”. Aquí se puede traducir: “estamos distanciados del Señor”. Al emplear ese verbo, Pablo afirma que ha sabido y sigue sabiendo (eivdo,tej, participio perfecto) que mientras vive en el cuerpo mortal (evndhmou/ntej evn tw/| sw,mati) es como si anduviera en un país, lejos de su hogar y apartado de su familia. Parece que quiere decir que mientras vive aquí en el mundo, a pesar de que su vida es ahora una vida «en Cristo» (evn Cristw/|), no obstante no está con Cristo (a Su lado), sino está distanciado de Cristo (avpo. tou/ kuri,ou). Para descifrar lo enigmático de esta oración es necesario tomar en cuenta lo que dice en los vv. 7-8. No vivimos en la presencia de Cristo ahora (pro.j to.n ku,rion, cara a cara con Él), ya que “subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso” (Credo apostólico). Pablo tuvo el vivo deseo «de partir y estar con Cristo» (eivj to. avnalu/sai kai. su.n Cristw/| ei=nai - Filipenses 1.23). Igualmente, cuando nosotros los cristianos alcanzamos nuestro destino eterno y celestial, «estaremos siempre con el Señor, (pa,ntote su.n kuri,w| evso,meqa - 1 Tesalonicenses 4.17). Este deseo de «estar con Cristo» Pablo lo expresa con la frase «presentes al Señor» (evndhnh/sai pro.j to.n ku,rion – v. 8).

Mientras esperamos aquí en nuestro cuerpo, Pablo afirma, «por fe andamos, no por vista» (v. 7). De la misma manera que Cristo dijo: «El reino de Dios no vendrá con advertencia... porque el reino de Dios está entre vosotros» (San Lucas 17.20-21), así no vemos a Cristo según la carne (v. 16) ni podemos observar la obra del Espíritu Santo de la misma manera en que observamos las realidades de la naturaleza. Tampoco nuestra vida terrenal «en Cristo» está perfeccionada como será la vida cuando estamos en su presencia celestial de Cristo. Solamente por la fe y para ella, está Cristo verdaderamente presente aunque no lo vemos con nuestros ojos mortales. Mediante esa fe Pablo estaba en constante comunión con su Señor, comunión obrada por el Espíritu divino. Pablo compara su cuerpo con su hogar actual – lo que nos ayuda a entender los términos “tabernáculo” y “edificio” en el párrafo anterior. En cambio, compara a Cristo con su hogar verdadero celestial. En ese hogar todavía no vivía plenamente, aunque ya estaba «en

Cristo», porque actualmente vivía como extranjero residente (parepi,dhmoj) en este mundo (ver Salmo 38.13; Hebreos 11.13; 1 Pedro 1.1; Filipenses 3.20). Su verdadero hogar, Cristo, lo espera en el cielo (ver Colosenses 3.1-3).

El v. 7 confirma la interpretación hecha de los vv. 6 y 8. Expresa la manera en que el cristiano — y en especial aquel al cual se ha encomendado el ministerio del nuevo pacto — se conduce en esta vida mortal (peripatou/men), es decir, vive de la manera que el Espíritu Santo le sugiere a través de su fe (dia. pi,stewj). Ya que Pablo, igual que nosotros, no pudo contemplar a Cristo con sus ojos físicos, forzosamente (ga.r) tuvo que vivir creyendo que éste era su Salvador y Señor. Es más, podemos afirmar que el ministerio del nuevo pacto encomendado a Pablo fue caracterizado por ese andar por fe y no por vista. Sin prueba alguna más que la afirmación de las Escrituras, Pablo estaba totalmente convencido que Dios había de cumplir Sus promesas salvíficas. Y era esa confianza que le movió a seguir cumpliendo con su vocación como ministro del nuevo pacto. Su fe en Cristo, pues, era el factor determinante de la vida y la obra de Pablo (ver 1 Corintios 13.12-12; Hebreos 11.1). Estuvo motivado no por lo que miraba, ni por lo que su razón humana le sugeriría, sino porque había depositado su fe en Cristo.

Para Pablo era patente que no estuvo “en casa con el Señor”, contemplando Su faz y la plenitud de Su gloria. No obstante, vivía confiado, firme en su fe, de que algún día gozaría de ese inestimable beneficio y prefirió que así fuera ya (qarrou/men de. kai. euvdokou/men), porque vivir en la mera presencia de Dios, Su Salvador es la bendición más grande posible (ver Filipenses 1.23; 1 Tesalonicenses 5.10).

A ello se debe (dio. kai.) el que Pablo anhelaba con todo corazón complacerle a Cristo en vida y muerte (euva,restoi auvtw/| ei=nai). Contemplando el hecho de que estaba unido con Cristo ahora y que estaría cara a cara en su presencia más adelante, rebosaba su corazón de gratitud y por tanto ambicionaba (filotimou,meqa) prestarle el mejor servicio que pudiera en todo lo que hacía (ver 2.17b; 4.2b; Romanos 14.8; Filipenses 1.20). Estuvo celoso de ser un instrumento útil en el servicio de Cristo (ver San Lucas 17.10) tanto en vida como en muerte (ei;te evndhmou/ntej ei;te evkdhmou/ntej). Sin duda esa actitud nació de la gratitud que Pablo sentía por haber recibido el don del Espíritu Santo (v. 5).

En el v. 10, Pablo nos presenta otra razón (ga.r) por su actitud. Entre la muerte terrenal de una persona y el comienzo de su nueva vida en la presencia de Cristo interviene el día de juicio. Todo el mundo ha de comparecer ante el tribunal de Cristo (ver San Juan 5.22, 27; San Mateo 15.27; San Lucas 21.36; Hechos 17.31; Apocalipsis 2.23; 22.12). El verbo «es necesario» (dei/) pone de manifiesto que ese juicio universal es parte del plan del Señor para obrar la salvación de la humanidad. Nadie podrá escapar, ni Pablo, ni los otros apóstoles, ni los corintios, ni los super-apóstoles, ni nosotros. Entonces cada uno será recompensado (komi,shtai) por aquello que hubiera hecho durante su vida en el cuerpo, sea que reciba castigo, sea que reciba galardón. Cristo mismo será el Juez que juzgará a cada cual, y Su juicio será estricto y justo (ver San Mateo 25.31-46). Lo que cada cual haya obrado durante su vida mortal estará sacado a la luz: los que hayan hecho lo bueno serán separados de aquellos que hayan practicado la maldad. Así se verá sin posibilidad de equivocarse quienes habían creído en Cristo y quienes no, porque es «la fe que obra por el amor» (Gálatas 5.6), es decir que nuestras obras dan evidencia de la fe o la incredulidad que las habrá motivado.

Reflexionar en el juicio venidero era un estímulo para Pablo a ser fiel en su vocación como ministro del Nuevo Pacto (Nuevo Testamento). No fue inmovilizado por dudas acerca de su fidelidad, ni por el pavor que contemplar un veredicto condenador pudiera despertar. Más bien, lo movió a esforzarse aún más en su servicio rendido a su Señor divino, Jesucristo. Procuraba con todas sus fuerzas a siempre hacer lo que agrada al Señor. No esperaba merecer la salvación por sus esfuerzos y sus obras. Para él, el galardón que esperaba recibir era algo que le ganó su Salvador, no algo que ganaría él mismo por su obra ministerial en el reino de Dios (ver Romanos 11.5-6). Respondió de esta manera a la gracia que había recibido mediante la obra de Cristo a su favor, porque esa gracia despertó en él muchos deseos laudables: el deseo de vivir por la fe; el deseo de buscar las cosas de arriba que no se ven; el deseo de fijar sus ojos en lo que es eterno; el deseo de fijar sus ojos en Jesucristo; y el deseo de permanecer en la presencia del Señor para siempre (ver San Marcos 4.22; Romanos 2.16; 1 Corintios 4.5; Apocalipsis 20.12).

De modo que los ministros del Nuevo Pacto actúan “bajo la faz de la eternidad”, consientes de lo que proclaman y lo que hacen estará expuesto al juicio divino (ver Romanos 14.10-13; 1 Corintios 3.10-15). No obstante, viven confiados siempre, sabiendo que el Espíritu de Dios los mantiene en la fe y los guía. Por lo tanto, Cristo perdona sus faltas y errores, de modo que en aquel día el juicio de Dios no les será algo espantoso, sino que la voz de Cristo, su Juez y su Salvador, pronunciará este fallo a su favor: «*Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo*» (San Mateo 25.34). Y así entrarán en el gozo celestial y eterno de Cristo.

Preguntas:

13.1 ¿Cómo podemos vivir confiados a pesar de saber que estamos «ausentes del Señor»?

13.2 ¿Cuál es más fácil – andar por la fe o por la vista? ¿Por qué el Señor nos invita a andar por la fe en Él y solamente en Él?

13.3 ¿Por qué es agradable estar «presente al Señor»?

13.4 ¿Cómo podemos presentarnos agradables al Señor en todo?

13.5 Toda nuestra vida y todo nuestro ministerio serán sujetos al juicio de Cristo en el día

final. ¿Qué significa esto para nosotros?

13.6 El Evangelio nos da la confianza de que recibiremos la recompensa de los justos en el día de juicio. ¿Cómo estamos seguros? ¿En qué se basa esa seguridad?

Análisis y aplicación: Caso 13

Un método de evangelismo utiliza la siguiente pregunta como punto de partido al hablar con otros de la salvación que tenemos en Cristo: "Si hoy te toca morir, ¿estás seguro de ir al cielo?"

13.7 ¿De qué manera nuestro texto (5.6-10) apoya esta pregunta?

13.8 ¿Habría otra manera de introducir la conversación en una visita evangelística?

13.9 ¿Cómo debemos confrontar a otros acerca de la muerte, el pecado y la vida eterna?

13.10 ¿Qué método usas cuando tienes la oportunidad de compartir tu fe en Cristo?

He aprendido:

DECIMACUARTA LECCIÓN

2 Corintos 5.11-15 - Ministerio constreñido por el amor

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Explicar la frase, “temor del Señor” y cómo usarlo adecuadamente en la predicación, el estudio Bíblico y el evangelismo.
2. Explicar el concepto, “el amor de Cristo nos constriñe”.
3. Aplicar a su propia vida el “no viven para sí, sino para aquel que murió y resucitó”.

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 5.11-15** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al decimocuarto caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

DECIMACUARTA PARTE: Ministerio constreñido por el amor

Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos, y espero que también lo sea a vuestras conciencias. No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriarnos por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. Si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros. El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. (5.11-15)

Pablo había escrito (vv. 1-10) acerca de su esperanza y anhelo de recibir la vida celestial que el Señor había prometido a los que confiaban en él, ya que todavía no poseemos aquella vida celestial, «por fe andamos, no por vista» (v. 7). En el contexto de sus pensamientos mientras escribía, esas palabras tuvieron una aplicación específica. No obstante, también pueden tener una aplicación general a la vida cristiana. Se sabe que toda nuestra vida terrenal queda abierta al escrutinio de Dios, y que somos responsables ante Él por todo lo que hemos hecho, lo que no hemos hecho o todavía haremos o dejaremos de hacer en esta vida. Por lo tanto, hemos de ser sujetados al juicio ante el Señor Jesús, Juez justo, en el día final de acuerdo con las normas anunciadas por Él cuando anduvo en esta tierra: «Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. El que en Él cree no es condenado; pero él que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (San Juan 3.17-18). Por lo tanto, «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (Romanos 8.1). De acuerdo con estas normas de fe y conducta piadosa Pablo procuraba llevar una vida que a Dios agrada, la cual, en el caso del ministerio del Nuevo Pacto encomendado a él, significaba ser siempre fiel en llevar a cabo ese ministerio. Ahora en el presente párrafo, Pablo se describe más acerca de los fines que persigue en llevarlo a cabo.

Al pensar del último juicio venidero que se pronunciará sobre todos los hombres y en el cual cada uno tendrá que responder por lo que hizo en su vida terrenal (v. 10), Pablo se llenó de un temor santo hacia Jesucristo (to.n fo,bon tou/ kuri,ou, genitivo objetivo). No se refiere a un terror ante el santo poder de Dios para castigar nuestros pecados, ni al temor de que no iba a poder llevar a cabo su ministerio de una manera aceptable para Dios, sino un temor reverente - o sea, respeto, honor, tener en alta estima, etc. (ver Hechos 9.31; Hebreos 10.31). Al adoptar cualquiera actitud distinta ante Dios estaríamos jugando con Aquel que es el Creador y Juez de todos, y tratando de esquivar Su justo juicio, lo cual nos acarrearía un juicio pavoroso en aquel día. Pero reflexionar en el juicio venidero resultó ser para Pablo otro motivo para anunciar la gracia de Dios en Cristo tanto al mundo incrédulo como a los corintios cristianos, para prevenir que no cayeran bajo ese juicio temible de Dios (ver 4.2; Hechos 18.4; 28.23). Quizás habla de persuadir a las personas (avnqrw,pouj pei,qomen) porque los super-apóstoles le hubieran achacado precisamente de haber llevado a cabo su ministerio por fines personales y no por tratar de salvar a las personas sumidas en el pecado. Y en verdad, es fácil que cualquiera caiga en ese error, quizá sin notarlo, al discutir con otros con el solo propósito de hacerles adoptar nuestras opiniones, creencias o aún convicciones personales en lugar de dirigirles a nuestro Señor Jesucristo.

Pablo tuvo mucho cuidado de poner en claro lo que le había movido a servirles en su apostolado. No quiso esconder nada, mucho menos engañar a nadie (ver 3.12). Quiso que todos

supieran la verdad acerca de su obra y también de su persona. Siempre trató de ajustar su conducta «conforme a la verdad que está en Jesús» (ver Efesios 4.20-21), de acuerdo con el Evangelio que proclamaba. Si los corintios hubieran malinterpretado sus móviles, Dios ciertamente conoció cuáles eran tanto sus móviles como su conducta. Pablo también sabía que había sido honesto en su conducta y seguía motivado por la verdad en su trato con los corintios (pefanerw,meqa, perfecto pasivo). Por eso, no se atrevía falsificar el evangelio, ni buscaba sus propios intereses al proclamarlo, ni dejaba de ser diligente en cumplir con su ministerio (ver 4.2).

Por eso, Pablo esperaba que todos y cada uno de los cristianos corintios estuvieran conscientes (evn tai/j suneidh,sesin u`mw/n, es decir, en su “sentido de distinguir entre lo correcto y lo erróneo”, [Danker, p. 967]) de lo que eran sus móviles. Debió haber sido patente – tanto de su actividad anterior en medio de ellos como de sus cartas – que había sido y seguía siendo (pefanerw/sqai, infinitivo perfecto pasivo) un apóstol legítimo que proclamaba un evangelio veraz. Siempre había sido honesto y abierto en su presentación sencilla y convincente del evangelio, en su exposición de las Sagradas Escrituras y en su aplicación del evangelio a sus vidas. Había llegado a ser su “padre en la fe”. ¿Acaso habían malentendido sus móviles? Si en primer término tenía que rendir cuentas a Cristo por su ministerio, no obstante ahora les estaba rindiendo cuentas a los corintios de su apostolado. Ser responsable ante Dios le libró de la necesidad de buscar la aprobación de los hombres (ver Gálatas 1.10); y de aquellas inhibiciones de nuestra naturaleza carnal que nos paralizan cuando una oportunidad para dar testimonio a Cristo se presenta; y de una sensibilidad extrema ante la crítica de otros (ver 1 Corintios 4.3-5).

Ahora, Pablo había sido muy abierto al manifestar sus sentimientos e emociones profundos en torno a su ministerio y sus relaciones con los corintios. Los super-apóstoles habían tachado a Pablo de recomendarse a sí mismo (ver 3.1). Fácilmente los corintios podrían haber dado creencia a esa acusación o haber malinterpretado las razones por las cuales Pablo se había expresado de una manera tan abierta. Por eso afirma de nuevo que nada de aquello tenía que ver con un intento de recomendarse a sí mismo ante ellos (sunista,nomen, ver 3.1; 4.2; 6.4; 7.11; 10.12; 10.18; 12.11). Para Pablo, haber escrito a ellos con ese motivo hubiera sido un acto despectivo. Si necesitaba recomendaciones adicionales los corintios mismos las podrían proporcionar, porque eran ellos los que habían recibido tanto el beneficio de su ministerio como a aquel que les había hablado de una manera tan abierta e íntima (ver 6.11).

Más bien, al abrirles su corazón, les había provisto argumentos (avformh.n dido,ntej u`mi/n) que podrían usar en su defensa cuando fuere calumniado por sus opositores (kauch,matoj u`pe.r h`mw/n). Ese apoyo debían haberle dado a Pablo en gratitud al Señor por haberlo enviado a proclamarles la gracia de Dios en Cristo. Lo debían haber hecho por su propia iniciativa (ver 12.11). Si no lo hicieron antes, cuando Pablo fue vituperado en su último viaje a verlos, ahora se presentaba la oportunidad de apoyarlo y defender su ministerio entre ellos. Es una llamada a armas, para luchar en pro del evangelio que Pablo proclamaba. En ese evangelio no se jactaban los super-apóstoles sino que «se glorían en las apariencias» (evn prosw,pw| kaucwme,nouj, ver 10.7; 11.18), por ejemplo: en su relación con Jesús cuando éste vivió en Palestina (ver 5.16); o en su nacimiento como judíos y su postura ortodoxa judía (ver 11.22); o en la cantidad de visiones y revelaciones que habían recibido (ver 12.1-7); o en su elocuencia (ver 10. 10); o en sus cartas de recomendación (ver 3.1); o en sus supuestos conocimientos superiores a los de Pablo, etc.

Son muchos, como ellos, los que se jactan de tales supuestas ventajas, cosas que se ven. Y por lo

mismo creen ser superiores a los demás. A la vez pasan por alto los móviles interiores y profundos, es decir, lo que está «en el corazón» (kai. mh. evn kardi,a) o sea, sus intenciones egoístas y el hecho de que son ensimismados. Así los super-apóstoles fueron prontos a criticar a Pablo por sus supuestas faltas, pero les faltó «la verdad en lo íntimo» (Salmo 51.6) que el Señor ama. Pablo, en cambio, reveló todo su corazón a los corintios, algo que los super-apóstoles no se atrevieron a hacer. Más bien, éstos hablaron de las cosas visibles y externas no de sus pensamientos más íntimos o sus móviles verdaderos. No eran sinceros (ver San Juan 3.19-21), y por lo tanto se condenaron a sí mismos.

Aparentemente algunos de ellos le calumniaron a Pablo de ser loco (ei;te ga.r evxe,sthmen, ver 12.1-6; San Marcos 3.21-22; Hechos 26.24; 1 Corintios 14.18), quizá creyendo que solo buscaba su propio interés personal, o su propio honor y gloria. O quizás creyeron que su manera abierta de tratar con sus congregaciones lo comprobaba. Es una falta común que uno acuse a otro de aquellas faltas de que él mismo sufre. En ese error cayeron los super-apóstoles y quizá algunos miembros de la congregación también. Los super-apóstoles, sí, se jactaban de sí mismos, alegando como prueba de su superioridad como maestros el que pudieron percibir los supuestos errores de Pablo y como consecuencia habían ganado un fuerte séquito entre los cristianos corintios. Pero nunca se les ocurrió jactarse de lo más profundo e íntimo de sus intenciones, sus móviles, sus puntos de vista, quizá por saber intuitivamente que esos aspectos de su vida no tenían nada que les recomendaría a los corintios. Solamente estaban llenos de una vana palabrería.

Es como si Pablo dijera: “Si hay verdad en esa calumnia o no, que Dios lo juzgue. Lo que hago, hago en obediencia a mi vocación y bajo la dirección del Espíritu Santo. Si en verdad hablo como un loco, acéptenlo ustedes como una conversación con Dios, el cual todo lo entiende. En cambio, si hablo de una manera razonable y comprensible, lo hago por servirles a ustedes los corintios, para proporcionarles lo mejor que se pueda anhelar en este mundo.” Lo que escribió en defensa de su ministerio apostólico sirve como un buen ejemplo de como habló cuerdamente en favor de los corintios. Es un ejemplo que bien podemos nosotros imitar hoy día.

¿Por qué Pablo les descubrió todo su corazón? Afirma que fue por esta razón: «El amor de Cristo nos constriñe» (h` avga,ph tou/ Cristou/ sune,cei h`ma/j). Lo más probable es que el genitivo en la frase, «el amor de Cristo» se debe entender como un genitivo subjetivo, que describe el amor que Cristo nos tiene. No obstante, se lo puede entender como un genitivo objetivo que describe el amor que nosotros tenemos para con Cristo. Aun es posible que Pablo hizo uso de esta frase imprecisa para encerrar los dos conceptos (ver San Juan 13.34). Después de haber sido llamado para ser apóstol, Pablo ya no vivió para sí mismo, o sea de una manera egoísta o para satisfacer sus intereses personales, sino derramó su vida incondicionalmente en servicio de otros por medio de llevar a cabo su cometido apostólico, como lo hizo Cristo (ver San Lucas 12.50).

El amor que Cristo le manifestó en ese llamamiento le fijó límites para su manera de conducirse. En gratitud y amor a Cristo, accedió gustosamente a vivir dentro de esos límites. Ahora era “un hombre para otros”, es decir vivía en pro de otros como lo hacía Cristo. El amor de Cristo lo hacía Su prisionero; no le dejó otra alternativa. Eso es la fuerza del verbo “constreñir” (sune,cei). El amor que Cristo tuvo para él ejercía dominio sobre él, lo tuvo totalmente bajo Su control. Ese amor era la fuerza motriz de su vida (ver San Juan 15.9-16; Romanos 5.5).

Este modo de vivir no es sencillamente un intento de seguir el ejemplo de Cristo, sino que hay un poder en el amor de Cristo que nos impele a vivir para otros. Algunos lo verán como un

restringimiento de su libertad, pero en realidad es el resultado de la obra libertadora de Cristo, de modo que ya somos librados de la esclavitud al pecado en nuestras vidas, para poder vivir en amor para con nuestros semejantes, lo cual es imposible sin el poder libertador del amor divino. Es decir, el amor de Cristo nos cambia de lo que éramos cuando vivimos sin fe, y nos ha hecho lo que Cristo fue. Nos forma de nuevo y sopla en nuestras narices el nuevo aliento de vida, a fin de que seamos una nueva creación a la imagen de Cristo. Por lo tanto, el enfoque de nuestra vida ha sido cambiado también; es decir, ya vivimos para Dios (ver Romanos 6.11), ya no vivimos para ser servidos, sino para servir (ver San Marcos 10.45).

Ésa no es una conclusión a que llegó Pablo a base de un razonamiento puramente lógico o alguna meditación mística. ¡Jamás la mente humana hubiera concebido la manera de salvar a toda la humanidad que Dios había determinado emplear! Sino que se basó en una realidad objetiva e histórica, que sucedió todo aparte de nuestra voluntad o actividad humanas (*extra nos*). Esa realidad fue la muerte de Jesús en la cruz de Calvario. Fue en esa muerte que el amor de Cristo para con nosotros se expresó de la manera más imponente, ya que en la cruz «murió por todos» (ver Romanos 5.8) y en beneficio de toda la humanidad (u`pe.r pa,ntwn), sea la parte judía o la parte no judía, sea esclavo o libre, sea varón o hembra, sea creyente o incrédulo, sea adulto o niño (ver 1 Corintios 15.22; Colosenses 3.3). Jesús, como Hijo del Hombre era el ser humano representativo, que encerró a todos los seres humanos en Su persona (ver Efesios 1.10; Colosenses 1.16-20). Por lo cual, cuando Él murió en la cruz, todos los seres humanos murieron en esa muerte (a;ra oi` pa,ntej avpe,qanon, ver también 1 Corintios 15.22). La sentencia de muerte pronunciada sobre toda la humanidad fue ejecutada en la persona y la muerte de Cristo. Por lo tanto, esa sentencia ya no cierne amenazante sobre la humanidad. De esa manera la muerte de Cristo hace impacto en todo ser humano.

“Cristo ha sido constituido por Dios como jefe o capitán de la humanidad, de manera que lo que sucede a Él sucede también a todos. Todos efectivamente murieron por causa del pecado y al pecado.” [Hoferkamp]

De modo que, si hemos de vivir con Cristo, es necesario morir con Él primero, lo cual sucede de una manera maravillosa en el santo bautismo (Romanos 6.8; 1 Corintios 15.36).

En el v. 15, Pablo repite enfáticamente, «y por todos murió». Esta es una verdad incontrovertible. Una vez que Pablo alcanzó esa manera de percibir la muerte de Cristo, fue movido por esa verdad a dedicar su vida al servicio de todos (ver 1 Corintios 9.19-23). Igualmente, cuando descanso mi fe y confianza en la noticia de que “murió por mí”, en el acto recibo y apropio tanto el beneficio del perdón de mis pecados implícito en Su muerte (ver San Mateo 26.28) como la nueva vida en Cristo. Así la obra propiciatoria de Cristo se cumple en nosotros (ver 4.6) y nacemos a nueva vida en unión con Él.

Ahora bien, el fin que persiguió el Padre celestial (i[na) al enviar a Su único Hijo en sacrificio por una humanidad pecaminosa y rebelde, era precisamente éste: que, librados del pecado, ya no vivamos una vida dominada por el pecado y bajo la condenación de muerte, sino que vivamos en la nueva vida en unión con Jesucristo, Él cual murió y resucitó en nuestro lugar (u`pe.r auvtw/n), lo cual resulta en una vida fructífera de buenas obras (ver Filipenses 3.7-11; Romanos 6.8-11; San Juan 15.1-10). Si por la fe participamos en su muerte y resurrección y hemos alcanzado la nueva vida (oi` zw/ntej, ver 4.11) de modo que Cristo vive en nosotros (Gálatas 2.20), ¿cómo sería posible vivir de una manera disconforme a la vida de Cristo? ¡No, nunca! Sino ahora vivimos para Cristo, es decir, no sirviendo nuestros intereses egoístas y pecaminosos, sino los intereses de nuestro Salvador. Eso es precisamente lo que Pablo creyó. Y

esto explica con claridad el por qué pudo considerarse «esclavo de Cristo» y a la vez servidor de los corintios. Para él, vivir para ellos significaba vivir para Cristo (ver 1 Juan 4.19-21; 3.16).

Los corintios deberían haber entendido estas cosas desde el principio, ya que observaron la conducta de Pablo entre ellos: como se gastó a sí mismo para poder proclamarles el evangelio e instruirlos en lo que el evangelio del nuevo pacto significaba para sus vidas (ver Romanos 4.25; 6.3-11). ¡Qué lo aprendamos mejor que ellos!

Preguntas:

14.1 Al persuadir a nuestros oyentes en sermones, estudios Bíblicos, meditaciones y en visitas pastorales, ¿Cómo lo podemos hacer motivados por el temor del Señor?

14.2 ¿Qué significa la frase “temor del Señor”? ¿Qué otros sinónimos podemos usar para comunicar mejor el sentido de esta frase?

14.3 ¿Cómo podemos dirigir nuestro mensaje a la conciencia de nuestros oyentes, y no solamente a su intelecto?

14.4 En nuestro ministerio, ¿cómo podemos servir a Dios, al prójimo y a nosotros mismos?

14.5 ¿Qué significa la frase “el amor de Cristo nos constriñe”?

14.6 ¿De qué manera esta frase, “el amor de Cristo nos constriñe”, representa el verdadero poder que nos motiva en nuestro ministerio?

14.7 ¿Cómo impedimos “el amor de Cristo que nos constriñe”?

14.8 ¿Cómo se ve reflejada en nuestro ministerio la vida que llevamos para Aquel que murió y resucitó por nosotros?

Análisis y aplicación: Caso 14

El pastor de la congregación se ha reunido con los familiares y padrinos de un bebé que será bautizado. El pastor comenta: "En el bautismo, Dios nos hace Suyos. Ya no vivimos para nosotros mismos, sino para Cristo." Luego uno de los padrinos dice: "¡Ay pastor! ¿Cómo va a vivir mi ahijado para un hombre que murió tan feo en una cruz y ahora esta muerto? Yo quiero que mi ahijado viva para algo mejor que eso."

14.9 ¿Por qué el padrino hace este comentario argumentando que Cristo esta muerto? ¿Cuál es el problema?

14.10 ¿Qué mensaje hace falta para producir la fe en Cristo?

14.11 ¿Cómo puede el pastor ayudar al padrino, y a los demás, a comprender el significado de "vivir para Cristo"?

14.12 ¿Cómo podemos ayudar a personas como este padrino a entender el verdadero significado del bautismo?

He aprendido:

DECIMAQUINTA LECCIÓN

2 Corintos 5.16-21 - Ministerio de la reconciliación

Objetivos:

Cada educando podrá:

1. Explicar, "en Cristo nuevas criaturas."
2. Explicar, "nos reconcilió consigo mismo por Cristo."
3. Definir, "ministerio de la reconciliación."
4. Aplicar a su propia vida, el concepto del "ministerio de la reconciliación."
5. Definir, "somos embajadores en nombre de Cristo."

Tareas:

1. Estudiar **2 Corintos 5.16-21** en varias traducciones del Nuevo Testamento, anotando a continuación, las diferencias más importantes que encontró en este ejercicio.

2. Leer la exposición a continuación sobre el texto de la lección.
3. Contestar las preguntas de esta lección, preparando para responderlas y defenderlas en la reunión semanal con el tutor y demás educandos.
4. Contestar las preguntas con relación al decimoquinto caso.
5. Estar preparado para tomar una prueba corta sobre el contenido de esta lección.

DECIMAQUINTA PARTE: Ministerio de la reconciliación

De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él. (5.16-21)

Pablo afirma que lo dicho anteriormente (vv. 14-15) acerca de la muerte de Jesús y su nueva manera de vivir, constreñido como estaba por el amor de Cristo, tuvo dos resultados. El **primero** (w[ste, v. 16) tuvo que ver con su relación con otras personas. De ellas ya pensó de un modo distinto. Ya no se fijó tanto en las apariencias y consideraciones superficiales de su ser y sus hechos, es decir, «según la carne» (kata. sa,rka, ver v. 12b), o como otros traducen: “según los criterios del mundo” (ver Romanos 8.5-11). No se fijaba en sus cualidades externas (ver Gálatas 2.6), en las cuales hicieron hincapié los super-apóstoles posiblemente para ganar seguidores (adeptos) entre los corintios, o posiblemente para explotarlos para satisfacer sus intereses personales o sacar algún provecho de ellos. Probablemente algunos de sus seguidores de entre los corintios empezaban a hacer lo mismo (ver San Juan 8.15-16). Más bien, Pablo ya miró a otras personas con ojos iluminados por la luz de la nueva creación, es decir, de acuerdo con el evangelio del nuevo pacto en Cristo que vino a proclamar.

Pablo recuerda que antes de ser llamado por Cristo hasta evaluaba a Jesús «según la carne». No pudo soportar el que Jesús se proclamaba como Salvador ya que éste había sido crucificado, y por eso, según la ley, había muerto bajo la maldición de Dios (ver Gálatas 3.13). No pudo penetrar hasta entender la razón interior de la necesidad de su crucifixión, siendo cegado por sus razonamientos intelectuales. Por eso había perseguido de una manera tan feroz a Cristo y a los creyentes en Él (ver Hechos 9.1, 4-5; Salmo 51.4).¹

A partir de su experiencia libertadora en el camino a Damasco, Pablo ya no pensó de Cristo de esa manera, sino, podemos decir, «según el Espíritu» (kata. pneu/ma, ver Romanos 8.4-5; Gálatas 4.29). A la luz de haber visto a Cristo resucitado —lo que señaló el principio de una nueva creación— fue abierto su entendimiento al significado verdadero de la muerte de Cristo. De allí pudo deducir todo el evangelio que proclamaba, inclusive el concepto de que los gentiles creyentes eran sus hermanos «en Cristo», mientras sus hermanos judíos no creyentes ya no lo eran. Por lo tanto Pablo estaba tan dispuesto a dar su vida como «esclavo de Cristo» (dou/loj Cristou/) y servidor tanto de gentiles como de judíos.

El **segundo** resultado (w[ste, v. 17) tuvo que ver con esa «nueva creación» (kainh. kti,sij, ver San Juan 3.3; Romanos 6.4; 8.18-23; Gálatas 6.15; Efesios 2.10; 4.23; Colosenses 3.9-10). Pablo había escrito en 1 Corintios 15.45 que Cristo «fue hecho...espíritu que da vida» (pneu/ma zw|opoioiu/n) a consecuencia de su resurrección. No solamente tomó su vida otra vez después de haber muerto (ver San Juan 10.17-18) sino que de allí tiene poder de dar la vida nueva a quién quiera, una vida de nueva calidad y superior a la vida que nos dieron nuestros padres terrenales. Esa es la fuerza del adjetivo «nuevo» (kaino,j). Esa fue la «cosa nueva» de que

profetizó Isaías (Isaías 43.18-19), profecía que cumplió Jesucristo (ver 1.20).

En este versículo Pablo parece haber fundido en una tanto una obra de Cristo como una del Espíritu Santo, al cual confesamos ser “Dador de vida”. Para ese efecto echó mano al mismo verbo que encontramos en el texto griego original del Credo Niceno (zw|opoie,w, “que da vida”). Ha de reflejar un aspecto del ser divino que no podemos descifrar con la mera razón humana. Sin duda, lo que Pablo quiere dar a entender es que al recibir nueva vida por medio de la fe en Cristo una persona de hecho ha llegado a ser una nueva creación del Hijo de Dios, el cual obra por medio del Espíritu Santo. Tal como era el Agente creador de la primera creación (ver Génesis 1.3; San Juan 1.3), Jesús es el que dio origen a la nueva y segunda creación mediante su resurrección de entre los muertos. Cuando nuestro primer progenitor, Adán, pecó contra Dios, la humanidad perdió esa vida, quedando solamente con la vida terrenal y lo que la sostiene (o` bi,oj). Pero en Cristo la misma vida de Dios (h` zwh.) fue restaurada a la humanidad mediante la gloriosa resurrección de Jesús. Esa vida:

“...es el principio vital que puede destrozarse la esclavitud humana a la corrupción, tanto biológica como espiritual, que fue introducida al mundo por el pecado.” [L.O. Richards, *Expository Dictionary of Bible Words*, (“Diccionario Expositivo de Palabras Bíblicas”), 411-412, traducción mía]

El Evangelio de la nueva creación efectúa la restauración de esa vida divina en los que lo creen; y el Evangelio del nuevo pacto la proclama. Al creerlo, una persona ya está «en Cristo» (evn Cristw/|), es decir, ¡ya participa de esta nueva vida en la nueva creación! ¡Este es el poder del Evangelio (ver Romanos 1:16-17)!

Pablo, en Cristo, ya no quiso juzgar a nadie (San Juan 8.15; 1 Corintios 4.3) – es decir, con el propósito de condenarlo – ya que «las cosas viejas» que pertenecían al pecado y a la ley que lo condena se habían caducado de una vez por todas (tiempo aoristo del verbo parh/lqen), siendo reemplazadas por las cosas nuevas y duraderas (tiempo perfecto del verbo ge,gonen) que introdujo Cristo en este mundo. Para Pablo todo esto era algo maravilloso (ivdou,), un insigne milagro de Dios. Parece que estaba afirmando que la primera creación ha desaparecido, lo que contradiría la realidad de nuestra experiencia. No, no es así, por lo cual se interpreta la segunda parte del v. 17 a la luz de lo dicho en el v. 16, es decir, se trata de una actitud nueva creada por la fe en Cristo. La persona con nueva vida otorgada en su bautismo (ver 1 Corintios 12.13; Romanos 6.1-11) ya ve al mundo viejo con nuevos ojos. Observa el poder renovador de Dios obrando en todas partes, a pesar del pecado, el mal, el sufrimiento y la muerte, todos sucesos patentes a los ojos humanos. Penetra más allá de las apariencias (kata. sa,rka) y percibe la nueva levadura obrando silenciosa pero insistentemente en las vidas de todos los que forman parte de la nueva creación en Cristo. Una vez más podemos observar como Dios obra vida por medio de Su aspecto contrario la muerte, pero solamente por medio de la muerte de Cristo en la cruz.

El cristiano:

“ha sido trasladado del aivw,n (siglo) viejo de este mundo al aivw,n (siglo) nuevo que es el reino de Cristo (cf. Colosenses 1.13). Y si uno así está en Cristo, kainh. kti,sij (nueva creación) es. Esta kainh. kti,sij es, de hecho, una realidad escatológica, puesto que kaino,j (nuevo) es en el Nuevo Testamento una concepción estatalógica. Según el Nuevo Testamento, lo que es verdaderamente ‘nuevo’ pertenece al ‘nuevo mundo’ o al siglo de Dios, o sea, al Reino escatológico de Dios en Cristo. Pero en Cristo Jesús ese nuevo Reino escatológico se ha hecho una realidad presente (actual). El que está en Cristo es una creación nueva porque en su caso la nueva vida futura del Reino de

Dios se ha hecho una realidad actual; su vida está plasmada por el gozo, la vida y la comunión con Dios en Cristo que son los componentes del futuro reino. Siendo una nueva creación de esta manera, aquel que está en Cristo entiende que ‘las cosas viejas pasaron, he aquí, son hechas nuevas’.”
[Hoeferkamp]

La nueva fuerza vital librada en el mundo a partir de la muerte y resurrección de Cristo está destinada a reemplazar este viejo mundo presente (ver Hebreos 8.13; Isaías 65.17-25; Apocalipsis 21.4-5). Cuando esto suceda la gracia reinante en la familia de Dios mediante Jesucristo habrá triunfado al fin.

Para mientras las personas de fe reconocen que toda esta maravillosa creación nueva, a pesar de estar escondida de los ojos humanos detrás de un mundo imperfecto y a veces destructor, es una dádiva de Dios al mundo perdido, así como todo lo demás (ta. pa,nta) que hemos recibido lo es (ver 1 Corintios 4.7; 3.23; 2 Corintios 1.21; 4.7; 5.5). Otorgarnos esa nueva creación constituye parte de su plan y obra destinados a salvar al mundo de su pecado y su destrucción total al fin del mundo.

En cuanto a esta obra salvadora, Pablo la describe con el concepto de la “reconciliación” (katalla,ssw, verbo que significa “trocar una relación de hostilidad por una relación amistosa”; y katallagh,, sustantivo que indica “el reestablecimiento de una relación suspendida o quebrantada” [Danker, p. 521]). Mediante estos términos Pablo “describe la acción salvadora de Dios de la manera más amplia y en su dimensión más profunda” [Hoeferkamp]. Nos podría sorprender el hecho que afirma que la reconciliación es una acción de Dios, ya que en las religiones humanas es el hombre que tiene la obligación de reconciliarse con su dios. El acto divino de reconciliación se efectuó en el acto histórico único (tiempo aoristo del participio, katalla,xantoj) de la muerte y resurrección de Jesucristo, y se realiza en la conversión del pecador mediante la fe en el poder eficaz de la cruz de Cristo. Con el concepto de la reconciliación se refiere tanto al hecho de que la ira de Dios contra nosotros a causa de nuestro pecado se ha caducado como al hecho de que se ha superado nuestra enemistad hacia Dios.

Toda la nueva creación es resultado de esa reconciliación efectuada por Dios, y a la vez tiene por objeto el ser reconciliado con Dios. Porque fue el hombre el que pecó y se separó de Dios y de Su amor. Fue el hombre que quiso vivir aparte de Dios, creyendo que iba a ser «como Dios, concedores del bien y el mal» (Génesis 3.5). Esa rebelión abrió una brecha irreconciliable entre Dios y el hombre que el hombre de ninguna manera pudo cerrar. Todos sus esfuerzos subsiguientes para aplacar la ira de Dios — que se despierta como consecuencia de esa rebelión humana — resultaron inútiles, inclusive el esfuerzo de obedecer la misma ley de Dios. Su condición era la de un amigo que fuese separado de su amigo, y poco a poco conoce menos y menos de él, hasta que se olvide de él o quizá aún, llegue a ser su enemigo. De la misma manera el hombre, a consecuencia de su rebelión, se enajenó de Dios y perdió el conocimiento verdadero tanto de la gracia como de la ira de Dios.² Peor todavía, los sacrificios que el hombre ofreció para aplacar la ira divina solamente sirvieron para aumentarla (ver Isaías 1.2-17). Pero eso, el hombre no entendió, y como consecuencia, cayó más y más profundamente en la enemistad con Dios y en enajenamiento de Él (ver un caso análogo, 1 Corintios 7.10-11). Llegó al punto su enajenamiento de Dios que se creyó capaz (ver «capacitados», 3.5-6) de salvar su vida de cualquiera manera (ver Romanos 1.18-32).

Por todo eso, Dios tuvo que tomar la iniciativa, la cual manifestó desde el mero principio (ver

Génesis 3.15). Y a su debido tiempo, efectuó la reconciliación con la humanidad mediante la cruz de Cristo (dia. Cristou/). Efectivamente, logró restablecer la amistad entre Él y nosotros (Romanos 5.10; Efesios 2.15-16; Filipenses 3.18; San Juan 15.13-15). El Padre puso en marcha el proceso de la reconciliación; el Hijo la llevó a cabo; y el Espíritu Santo la hace una realidad en nosotros. De esta manera Dios restauró la comunión entre nosotros y Sí mismo. De esta manera Dios nos muestra Su perfecta voluntad y la perfecta armonía entre nosotros y Sí mismo.

Al lograr la reconciliación ("consumado es..." San Juan 19:30), Jesucristo encargó a los apóstoles con el cometido de dar a conocer esa reconciliación al mundo. Este es "el servicio apostólico" que Pablo prestó a los corintios y a las demás congregaciones gentílicas que fundó. Así Dios ordenó que esta reconciliación cumplida llegara a los hombres. Con esta frase, «el ministerio de la reconciliación» (h` diakoni,a th/j katallagh/j), Pablo agrega otro aspecto fundamental de la obra divina y salvadora a la descripción anterior de su ministerio (ver 3.6; 3.8; 3.9; 4.1-2; 4.11). Ahora describe su ministerio en términos de reconciliación porque antes de escribir esta carta sentía en carne viva esa enajenación que existía entre él y aquella congregación. Pero después de recibir el informe de Tito sintió tanto alivio y regocijo por lo que el evangelio había logrado entre los corintios, que se le presentó a su mente y corazón la obra salvadora de Cristo en estos términos de reconciliación. Por medio de este evangelio gozoso de la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal, Dios removió la separación no solamente entre Él y la humanidad, sino también entre una persona y otra (ver 1 Juan 1.1-3, 6-7), precisamente como había sucedido entre él y los corintios, gracias a la intervención de Tito. Refleja su gozo de que la situación tan difícil no había resultado en una separación completa y final, lo que le hizo pensar de la manera en que Dios previno que el hombre fuera separado de Él definitivamente.

Ahora en el v. 19, Pablo explica la manera en que Dios efectuó esta reconciliación, explicación que introduce con la frase w`j o[ti, (que sólo Pablo usa en el Nuevo Testamento: aquí, en 11.21 y en 2 Tesalonicenses 2.2). Aquí esta frase tiene el significado, «es decir que», como la versión *Dios Habla Hoy* la traduce (ver la nota al 5.19 en *Reina-Valera*, 1995).

En **primer** lugar, afirma que Dios mismo la llevó a cabo. Nosotros los humanos no jugamos absolutamente ningún papel en lograr nuestra reconciliación con Dios. En el acto de reconciliación la nueva creación ha irrumpido en este mundo malvado.

"Pero, ¿en qué consiste, más específicamente, esta reconciliación? El v. 19 contesta así: '...Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (o: en Cristo Dios estaba reconciliando consigo al mundo), no imputando a los hombres sus pecados.' Esto quiere decir: el método que Dios empleó para reconciliar consigo al mundo fue no imputar a los hombres sus ofensas (el participio *logizo,menoj* [atribuir a una persona algo censurable] hace más explícita y específica la acción divina al reconciliar [h=n katalla,sswn] consigo al mundo). Con otras palabras, la reconciliación que Dios ha efectuado para con el mundo entero mediante Jesucristo, descansa sobre el perdón de los pecados de parte de Dios. Aquí queremos hacer hincapié en dos puntos: 1) la acción reconciliadora de Dios no puede constar únicamente de que Dios diga a los hombres: 'vosotros sois mis enemigos, pero no quiero que seáis mis enemigos; 2) quiero que seáis mis amigos. El hecho de que yo haya enviado a Cristo es prueba de ello.' No puede ser solamente esto, ya que según el v. 19, Dios efectúa la reconciliación en Cristo al no imputar a los hombres sus pecados. Es decir, Dios también es enemigo de los hombres; los pecados de ellos evocan su enemistad. Pero Dios reconcilia al mundo consigo venciendo su propia enemistad contra los hombres y perdonándoles sus ofensas. Esta verdad se echa de ver también mediante una comparación de Romanos 5:9 [*sic*, cita

5.10], donde Pablo afirma: eiv ga.r evcqroi. o;ntej kathlla,ghmen tw/| qew/| dia. tou/ qana,tou tou/ ui`ou/ auvtou/, ‘porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados a Dios por la muerte de su Hijo’. Aquí evcqroi, no puede significar únicamente ‘enemigos’ en el sentido de que nosotros odiábamos a Dios, sino también éramos enemigos en el sentido de que éramos odiosos a Dios (es decir, Dios nos odiaba a nosotros). Al reconciliarnos en Cristo (y Romanos 5:10 nos enseña que esto quiere decir ‘por la muerte de su Hijo’), Dios ha vencido su propio odio hacia los hombres pecadores.” (El versículo 21 muestra de qué manera vence su odio y perdona a los hombres sus ofensas.) [Hoeferkamp]

En **segundo** lugar, afirma que Dios la llevó a cabo evn Cristw/| (“en unión con Cristo” o “mediante Cristo”). Es decir, que aparte de Cristo, no hay reconciliación alguna con Dios, ni la puede haber (ver San Juan 14.6; 1 Corintios 2.2; 2 Corintios 1.20; etc.). En **tercer** lugar, es una reconciliación universal que abarca a todo ser humano. Toda la humanidad, sean creyentes o incrédulos, ha sido reconciliada, es decir, Dios se ha vuelto su Amigo de haber sido su Enemigo a causa de sus pecados. En **cuarto** lugar, esto ha sucedido por medio del perdón de los pecados. Dios ya “no está atribuyéndole” (mh. logizo,menoj, participio presente de voz media de un término primariamente matemático y comercial, con el significado “abonar una partida en cuenta” o “imputar”) su rebelión, o sus “pasos falsos” (paraptw,mata) a ningún ser humano, ya que los contó en contra de Jesús en su lugar (ver Romanos 3.21-26). ¡Ésta es una realidad sumamente maravillosa! La razón humana no es capaz de descifrar ese misterio, a saber, que Dios ha dejado su ira en contra de nosotros para mirarnos de nuevo con ojos perdonadores. Se puede recibir esta verdad solamente por la fe. Con razón este verbo, logi,zomai, ha cobrado un significado tan fundamental y importante en la teología paulina y la nuestra, la Luterana.

A Pablo y a los demás colaboradores y apóstoles Dios les confió (qe,menoj evn h`mi/n, participio aoristo de voz media, literalmente, “habiendo establecido entre nosotros” [Danker, p. 1004], ver San Lucas 17. 21) ese mensaje de la reconciliación (to.n lo,gon th/j katallagh/j), es decir, que se les entregó para su diseminación en el mundo entero (ver Hechos 1.8). Por consiguiente, las dos etapas del plan de Dios para la salvación son: 1) reconciliar al mundo consigo (h=n katalla,sswn); y 2) dar noticia de la reconciliación al mundo (qe,menoj evn h`mi/n to.n lo,gon, ver Hechos 13.26; 1 Corintios 1.17-18; Filipenses 2.14-16, etc.). Esta segunda es la base de la misión de la iglesia, (San Mateo 28:16-20).

En vista de que Pablo les trajo a los corintios este mensaje de la superabundante gracia de Dios, ¿cómo fue posible que los corintios creyeran a los super-apóstoles, ya que el mensaje de ellos solamente creaba una brecha entre ellos, Pablo y facciones en la congregación misma? El mensaje de la reconciliación que Pablo los había proclamado no tuvo ese efecto destructor. Pablo siempre estuvo muy consiente de que el Evangelio obra la unidad tanto entre Dios y nosotros como entre los miembros del Cuerpo de Cristo (ver Efesios 4.1-6). La verdad del mensaje de buenas nuevas en Cristo une; la mentira divide. Cristo une; Satanás divide. El Espíritu une, la carne separa a unos de otros. El efecto que uno y otro mensaje produjo debía haberles señalado quiénes eran los que proclamaron la verdad y quienes no. Cristo reconcilia; nuestros propios esfuerzos causan conflictos y promueven el rencor.

A partir del v. 20, Pablo dejó de hablar en términos didácticos en explicación de la doctrina de la reconciliación, y la aplica tanto a su propia vida como a la de los corintios y a la vida de todos los que habían de confiar en Cristo a través de todas las edades.

Puesto que este evangelio de la reconciliación fue confiado a los apóstoles, Pablo llega a la conclusión (ou=n) de que él, un apóstol enviado a los gentiles como era, obraba como embajador de Cristo (presbeu,omen, “viajar y/o funcionar como embajador” [Danker, p. 861]). Hablaba de parte de Cristo (u`pe.r Cristou/, frase, que por su posición al principio de la oración enfatiza que hablaba solamente como portavoz de Cristo, ver San Juan 8.28; 12.49). Eso quiere decir que proclama un mensaje serio y divino. De modo que si los corintios rechazaran su evangelio, estarían rechazando a Cristo mismo, Él que es en su propia persona el contenido del evangelio (ver San Lucas 10.16; San Mateo 10.40; San Juan 13.20). El hecho que Pablo lo había proclamado a ellos era parte esencial del proceso de reconciliación del mundo con Dios [Bornkamm, DTNT, VI, 681-683]. Lo serio de esa verdad infundió a Pablo con un fuerte sentido de responsabilidad de ser fiel en la realización de su cometido como heraldo de Buenas Nuevas a los pueblos. Los corintios debían reconocer que esta misma carta era un esfuerzo apostólico de efectuar la reconciliación entre los miembros de la congregación y entre ellos y Pablo mismo. La situación, a pesar de lo logrado por Tito, todavía no reflejaba la paz y la unidad que el evangelio está destinado a crear. Todo su trato con ellos — su primera proclamación a ellos, sus cartas, sus visitas — todo tenía el propósito de efectuar entre ellos la paz y la unidad que tenemos en Cristo, junto con la reconciliación con Dios. ¿Podrían los super-apóstoles decir lo mismo?

En efecto, es Dios mismo que sigue rogando (deo,meqa; se puede traducir este verbo presente indicativo así) con ellos por medio de la obra y las palabras de Pablo su embajador. Y Dios no se avergüenza de implorar a Sus criaturas que le habían ofendido, porque no nos obliga aceptar Su reconciliación por fuerza, pero en amor tierno nos corrige e invita a aceptar lo que obró a tanto costo de su parte. ¡Es otro aspecto de Su amor y Su gracia! Pablo, como portavoz de Dios, ruega «en nombre de Cristo» (u`pe.r Cristou/, ¡frase que usa por segunda vez en este mismo versículo!), es decir, de parte de Cristo. Apela a la fe en Cristo de los corintios para que se dejen ser reconciliados con Dios (katalla,ghte tw/| qew/|, la forma del verbo es el imperativo aoristo pasivo), y así reconciliados los unos a los otros. Este ruego se dirigía tanto a los que estaban en paz con Pablo como a los super-apóstoles y sus seguidores. Cristo está en medio de ellos como «Pacificador» (o` eivrhnoipoio,j, ver San Mateo 5.9) buscando curar las heridas de las divisiones y los desacuerdos que hubo todavía entre ellos. Proclamar esa verdad es un aspecto fundamental de la obra del ministro del nuevo pacto. Equivale llamar a los cristianos al arrepentimiento (ver metanoei/te, San Marcos 1.15 [Rienecker, p. 410]), ya que siempre seguimos siendo pecadores en este mundo.

Así, Pablo los exhorta a los corintios, como hermanos en Cristo, con mansedumbre, dignidad, cortesía y tacto (ver 10.1) como corresponde a un embajador de Cristo. De esta manera intenta tratar las anomalías en una congregación de manera persuasiva (ver 5.11, pei,qomen, «persuadimos»), porque es la manera en que Cristo trata con nosotros. De ella aprendió el apóstol que antaño desolaba las iglesias (ver Hechos 26.9-11). Como consecuencia, ahora supo «hablar la verdad en amor» (Efesios 4.15; cf. Gálatas 4.16).

Pablo exhorta a los Cristianos corintios sobre la base firme de la verdad fundamental de todo el evangelio, es decir, que en beneficio de nosotros los seres humanos, Cristo fue hecho pecado, Él que es perfectamente santo y sin pecado o falta alguna (ver Hechos 2.23; Romanos 8.32). Pablo no escribió que Cristo fuera hecho “pecaminoso”, sino se expresó de una manera más tajante. Es como si quiso decir que Cristo fue despojado de su santa divinidad misma y fue cambiado en algo vil y odioso. Fue hecho **nuestro pecado** (a`marti,an evpoi,hsen, el tiempo

auristo indica que eso sucedió una vez por todas) cuando fue a la cruz. En ella fue castigado con todo el rigor de la ley y todo el furor de la justicia divina. ¡Qué paradoja! (ver San Juan 8.46; Levítico 16.21; Gálatas 3.13.; Romanos 8.3). El Padre lo castigó con la totalidad del castigo que nosotros habíamos merecido a causa de nuestros pecados (ver Isaías 53.4-5; 1 Pedro 2.22, 24). Eso, el doctor Martín Lutero, expresó en su himno “Cantad, cristianos, por doquier” (*Culto Cristiano*, Himno 451, estrofas 6 y 7):

El Hijo en Su sin par amor
Obedeció al Padre:
A ser mi Hermano y Mediador
Nació de virgen madre.
De Su deidad no se glorió,
Cual siervo humilde aquí vivió.
Al diablo combatiendo.

Vida intachable así llevó,
La Ley de Dios cumpliendo;
Con nuestra maldición cargó,
Cual transgresor muriendo.
Cordero manso y mudo va,
Pagada por Su sangre está
La iniquidad del mundo.

Así que todo fue en beneficio nuestro (u`pe.r h`mw/n, ver u`pe.r pa,ntwn, «por todos», vv. 14-15). ¡Volvámonos del pecado, pues, a la justicia de Dios!

En consecuencia, llegamos a ser (*genw,meqa*, auristo, subjuntivo), mediante la fe en Cristo, la justicia de Dios en la misma manera en que Él fue hecho pecado. También aquella es obra de Dios, como la es ésta: Cristo nuestro pecado, nosotros su justicia. La frase, «justicia de Dios» (ver Romanos 1.17) no es un término que simplemente significa lo justo que es Dios en su ser, sino que señala también aquella justicia que Dios nos da (interpretando el genitivo como genitivo de origen), o sea más bien, la justificación. Es la justicia que procede de Dios (ver Jeremías 23.6; 1 Corintios 1.30; Filipenses 3.9, etc.) y llega a nosotros en Cristo; ¡únicamente en Cristo!

“Jesucristo es la justicia de Dios (ver 1 Corintios 1.30) en persona; pero no se asió de esta justicia de modo egoísta, sino que la dejó, se hizo pecado por nosotros, para que nosotros nos hiciéramos esa justicia, para que nos identificáramos con ella, para que *fuéramos* esa justicia. Habiéndonos hecho la justicia de Dios en Cristo, somos justificados, [es decir,] somos justos delante de El, y somos reconciliados con Dios. De modo que vemos que la reconciliación que efectúa Dios tiene por base la justificación (por su gracia en Cristo). Y siendo justificados y reconciliados con Dios, somos *kaine ktísis*, la nueva creación en Cristo.” [Hoferkamp]

Este v. 21, es el origen de una frase expresiva de Martín Lutero, que es a saber, “el trueque gozoso” (*der fröhliche Wechsel*) en el que Cristo tomó sobre sí nuestro pecado y nos concede su justicia perfecta. Pero porque es trueque misterioso y maravilloso precisamente por eso es que se hace solamente «en Él» (evn auwtw/), es decir, unidos a Cristo por medio de la fe.

Preguntas:

15.1 ¿De qué maneras permitimos que la carne plasme y determine nuestra manera de pensar y actuar?

15.2 ¿Cómo hemos de luchar contra la carne, para dar lugar que el Espíritu determine nuestro modo de pensar y actuar?

15.3 ¿Cómo podemos vivir fijando nuestra mirada en las segunda venida del Señor?

15.4 ¿Cómo podemos permitir que «el nuevo siglo», o sea, la vida del futuro reino de Cristo, interrumpa en nuestra vida?

15.5 Al predicar, ¿qué decimos? ¿Qué Dios reconcilió al mundo consigo, o que el hombre se ha de reconciliar con Dios?

15.6 ¿Por qué es fundamental anunciar el perdón de los pecados en la predicación del Evangelio?

15.7 Nuestro ministerio no es un señorío, sino un servicio por medio del cual Dios se digna ofrecer por medio de nosotros, siervos inútiles, el don de la reconciliación. ¿Por qué?

15.8 ¿Qué significa ser un embajador de Cristo?

15.9 ¿Cómo “rogamos” al pecador que confíe en el don de la reconciliación?

15.10 Al predicar la reconciliación de Dios en Cristo, el Señor “habla” a través del predicador. ¿Cómo lo hace? ¿Por qué lo hace a través de nosotros?

15.11 El uso correcto de Ley y Evangelio incluye recordar a nuestros oyentes del maravilloso “trueque gozoso” relacionado con la justificación en Cristo. ¿Qué significa este trueque?

15.12 ¿Por qué es necesario exhortar a los oyentes en cada sermón a que sean reconciliados con Dios en Cristo?

Análisis y aplicación: Caso 15

Miembros de una iglesia evangélica han hecho visitas proselitistas a varios de los miembros de una congregación Luterana. Sus argumentos se centran en el texto “somos nuevos en Cristo”, diciendo que para ser verdaderamente salvos, es necesario mostrarle a Dios que somos distintos. Decían: “Dios pone de Su parte y ahora nos toca poner de la nuestra. Por el contrario, no hay salvación completa. Sin nuestro esfuerzo sincero, como nuevas criaturas en Cristo, no podemos llamarnos hijos de Dios.” Además, insisten que, porque la Iglesia Luterana enseña que somos salvos por la pura gracia de Dios, se está engañando a los miembros porque somos salvos solo cuando obedecemos toda la ley de Dios. Y solo los que son nuevas criaturas en Cristo, pueden obedecer completamente a Dios.

15.13 ¿Cuáles son los problemas en esta situación?

15.14 ¿Qué dice el texto (5.16-21) para refutar a los que están perturbando a los miembros Luteranos?

15.15 ¿Qué plan de acción hay que implementar con los miembros visitados por los perturbadores?

15.16 ¿Qué necesitan saber los miembros Luteranos para responder a los perturbadores?

He aprendido:

DECIMASEXTA PARTE: Ministerio del tiempo aceptable

Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque dice: «En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido». Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación.
(6.1-2)

A la explicación del misterio profundo de nuestra salvación, Pablo ahora les agrega esta exhortación a recibir esa enseñanza y lo que significa para sus vidas personales en Cristo. Habla como uno de los «colaboradores» (sunergou/ntej, participio presente - la frase dice literalmente: “colaborando pues, también exhortamos...” - que indica acción constante), pero ¿colaborador de quién? Puede ser que se refiere a «Dios» en 5.21. O puede ser que se refiere a los corintios mismos como aparentemente usa el sustantivo correspondiente en 1.24 (ver 8.23). Quizá Pablo quiso indicar tanto el que él mismo había sido llamado para participar en la obra de Dios como pregonero del evangelio, como el que los corintios también cooperaban con él en esa misma obra. Es la obra reconciliadora de Cristo en que todos los cristianos de todos los tiempos estamos llamados a participar. Ese cometido habían recibido todos los apóstoles. Asimismo, al ocuparnos en este ministerio reconciliador del nuevo pacto llegamos a ser colaboradores de Cristo y de Sus apóstoles, y a la vez somos colaboradores los unos con los otros. Pablo no fue desobediente o rebelde a la visión celestial que había recibido (ver Hechos 26.19) o sea a su vocación apostólica como embajador de Cristo (ver 1 Corintios 3.9), sino que continuamente se ocupó en llamar a otros a ser reconciliados con Dios (ver 5.20). Esto, precisamente, era la médula de su vocación apostólica. Por eso, no se avergonzó en aconsejar y exhortar a los corintios (parakalou/men, tiempo presente) a base de la gracia que acabó de explicar. Su exhortación era que no dejaren que «la gracia de Dios» (th.n ca,rin tou/ qeou/) fuera recibida «en vano», es decir, sin surtir ningún efecto en su manera de pensar y en sus vidas.

Quizá algunos no habían relacionado la gracia del perdón con sus propios pecados y como consecuencia no la habían aceptado para sí mismos. Si eso hubiera así sucedido, entonces de su parte no habrían sido en realidad reconciliados con Dios. Cuando alguien tiene una fe que confiesa la realidad de Cristo pero no aplica la realidad del perdón de sus pecados a sí mismo, solamente posee lo que llamamos “una fe histórica”. De ninguna manera es una fe histórica igual a la fe salvadora de que hablan las Escrituras. Si tú no puedes decir, “Cristo murió por *mis* pecados”, o que su sacrificio fue hecho “por mí” (u`pe.r emou/, es decir, “en beneficio mío”), habrás rechazado la reconciliación que Dios te ofrece en Cristo. O quizá otros habían seguido la falsa enseñanza de los super-apóstoles y ya buscaban pagar por sus propios pecados por medio de su obediencia a la ley de Dios, esperando así ganar el gran mérito de poder entrar en la vida eterna.

En ambos casos la gracia hubiera sido “vacía” (keno,j) en sus vidas, es decir, no hubiera podido surtir ningún efecto salvífico (eivj keno.n) en ellos. Los tales habrían quedado todavía en sus pecados, sin esperanza de la vida eterna con Dios. Sea como fuere, esta exhortación, juntamente con la de 5.20, siempre viene al caso, ya que a diario pecamos y rebelamos contra la voluntad divina. Por lo tanto, a diario es necesario que recibamos el perdón de nuestros pecados y seamos reconciliados con Dios nuevamente.

Pablo cita el v. 8 del capítulo 49 de Isaías, para respaldar su exhortación. En ese capítulo, el Señor prometió prestar Su ayuda al Siervo del Señor en el día en que se les ofrecería la salvación a los gentiles. Pablo aplica esta promesa al Cuerpo de Cristo, o sea, la santa Iglesia de la época

del Nuevo Testamento, porque ya vivió, como nosotros, en «el cumplimiento del tiempo» prometido (Gálatas 4.4). La salvación del mundo ya ha sido obrada. Lo que falta solamente es que todos “echen mano” a ella mediante la fe en Cristo. Urge que no se posponga la oportunidad de hacerlo. Ahora (ivdou. nu/n) ha llegado esa salvación prometida y continuará hasta que venga Cristo de nuevo.¹ Ahora pueden los gentiles, por medio de Cristo, fijar sus ojos en Dios (ver Hebreos 12.2) para recibir la vida eterna que obra el perdón de los pecados. Al oír estas buenas nuevas, sea que las hayamos oído antes o no, ha llegado el “momento crítico” (kairo.j) para que cada persona la reciba mediante la fe. Cristo volverá pronto en un día desconocido. Ahora es el momento oportuno y decisivo. ¡Quizá no vendrá otro momento!

El día, o sea la época, deseado por los fieles en Israel, ha amanecido. La resurrección y ascensión de Cristo y Su segunda venida futura abarcan la edad de la salvación. ¡Y en ella vivimos! En ella brilla «el Sol de justicia» en toda su gloria (Malaquías 4.2). Él es «la Luz del mundo» (San Juan 8.12). Y «ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia, y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor» (Efesios 5.7-10).

No posponga, ni por un sólo día, recibir esta salvación en fe. Aparte de la reconciliación en Cristo, nadie puede esperar que sea salvo. Ni anunciarán esa reconciliación en el perdón de los pecados a otros, para que ellos también aprovechen esa reconciliación divina. «El tiempo aceptable», «el día de salvación» que había sido fijado por el Padre celestial ya ha llegado. No lo despreciemos, ni rechacemos la gracia ofrecida. La urgencia de que cada uno reciba el perdón la subraya el apóstol al repetir dos veces las palabras ivdou. nu/n, “he aquí ahora”. La sentimos nosotros también al tomar en cuenta que pronto volverá Cristo de nuevo para juzgar a vivos y a muertos.

Preguntas:

16.1 ¿De qué manera Dios nos hace Sus “colaboradores” con Dios en el ministerio de la reconciliación?

16.2 ¿Cómo podemos advertir a nuestros oyentes a no recibir en vano la gracia de Dios que proporciona nuestro ministerio?

16.3 ¿Cómo podemos ayudar a nuestros oyentes a recordar el «ahora» de nuestro mensaje de reconciliación? Y, a usted, ¿cómo le afecta?

Análisis y aplicación: Caso 16a y 16b

Durante una de las clases para formar equipos evangelísticos de la congregación, el profesor afirma que “ustedes son colaboradores de Cristo” y que Su gracia hay que aprovecharla al máximo.

16.4 ¿Cómo puede el tutor afirmar lo de ser “colaboradores de Cristo”?

16.5 ¿Qué nos hace dignos de ser “colaboradores de Cristo”?

Un joven, amigo de la iglesia, en una conversación con otros jóvenes, afirma: “Hay que vivir la vida al máximo y ya cuando la has vivido bien, entonces es necesario reconciliarse con Dios. Solo que es únicamente Dios quien te hará saber cuándo es ese momento preciso. Hay que esperar esa revelación. Y ese va a ser el momento.”

16.6 ¿Cuál es el problema?

16.7 ¿Qué debemos responder al joven?

16.8 ¿Cuál es la enseñanza de Pablo en cuanto al pensar del joven?

He aprendido:

DECIMASÉPTIMA PARTE: Ministerio que trae tribulación

No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea desacreditado. Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en conocimiento, en tolerancia, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero; en palabra de verdad, en poder de Dios y con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, pero llenos de vida; como castigados, pero no muertos; como entristecidos, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo. (6.3-10)

En este párrafo, así como en el corto párrafo anterior, San Pablo exhorta (parakalou/men, v. 1) a sus lectores como uno que coopera con Dios (sunergou/ntej, v. 1), como uno que no da ocasión de tropiezo a otros (evn mhdeni. dido,ntej proskoph,n, v. 3) y como uno que es servidor de Dios (w`j qeou/ dia,konoi, v. 4). Por lo tanto, se atreve recomendarse a los corintios (sunista,ntej e`autou,j, v. 4). Pero no está jactándose, ni está tratando de justificarse a los ojos de los corintios, sino apela a lo que ha experimentado en su carrera apostólica.

Afirma Pablo que nadie le puede acusar de predicar con motivos indignos, ni de no haber sufrido en su ministerio. No había recibido la gracia de Dios en vano. Los que buscaban un pretexto para desacreditar su evangelio no hallarían en su conducta causa alguna para ello, ni algo que les habría hecho tropezar en su fe (dido,ntej proskoph,n, v. 3; ver 1 Corintios 8.13; 9.12, 22; 10.33). No le interesaba si le hubiesen vituperado en cuanto a su persona. En este párrafo, el interés del apóstol fue el de salvaguardar la integridad del ministerio del nuevo pacto (i[na mh. mwmhgh/| h` diakoni,a, v. 3b), o sea el servicio cristiano que el y sus colaboradores prestaban como servidores de Dios (w`j qeou/ dia,konoi). Por eso estaba dispuesto a recomendarse como un apóstol verdadero, a pesar de que había negado anteriormente que lo estaba haciendo (ver 3.1; 5.12) e iba a protestar más adelante que no lo hacía (ver 10.12-18). De igual manera que la verdad que proclamaba le recomendaba (4.2), su conducta y sus tribulaciones, es decir, toda su vida (evn panti., v. 4), le recomendaban también.

Aunque San Pablo no lo dice explícitamente, parece claro que era su fe en Cristo que yacía al fondo de lo que relata en los vv. 4b-10. Todas esas cualidades que su ministerio manifestaba y todos los contratiempos que sufría por amor de Cristo comprobaban que no servía a sí mismo, sino al evangelio de Cristo que pregonaba. De otro modo, hubiera abandonado su cometido apostólico desde hace mucho tiempo. Cuando agregó la frase evn panti., “en todo”, (ver 4.8), lo hacía a sabiendas para expresar la verdad que todo aspecto de su ministerio demostraba que era servidor de Dios, no de los hombres, ni de cierto partido, ni de sí mismo, sino que era esclavo de Jesucristo (dou/loj Cristou/ Vlhsou/, Romanos 1.1) y por lo tanto también esclavo de los que son de Cristo (ver 4.5). Ya que fue llamado a llevar a cabo su ministerio por Cristo mismo, se preocupaba de hacerlo con todo esmero.

En seguida, pone en lista unos aspectos sobresalientes de su ministerio que manifiestan que era un cometido recibido de Cristo y llevado a cabo bajo la dirección del Espíritu Santo. La primera frase, «en mucha paciencia» (evn u`pomnh/| pollh/|), describe de modo general la gracia fundamental que Pablo había recibido, una gracia necesaria para poder superar los sufrimientos

y contratiempos que un servidor de Cristo encontrará en su ministerio. El sustantivo griego (u`pomnh,, ver 1.6; 12.12), traducido con «*paciencia*», expresa el concepto de “la capacidad, al hacer frente a una dificultad, de aguantarla o soportarla” (Danker). Se trata de tolerar el sufrimiento con paciencia, constancia y sin quejas o descorazonamiento (ver 1 Corintios 13.7; Colosenses 1.11; 2 Tesalonicenses 1.3-4; 3.5). El apóstol indica en Gálatas 5.22, que ese don proviene del Espíritu Santo. Es una característica común que comparte todo creyente en Cristo (ver su uso repetidas veces en el Apocalipsis), y frecuentemente es una de las primeras cualidades que los incrédulos perciben en los cristianos. También es un don primordial que Pablo solía agregar a las tres características fundamentales de la vida cristiana que frecuentemente mencionó en sus cartas, es decir, la fe, la esperanza y el amor (ver 1 Tesalonicenses 1.3; 1 Corintios 13.13; Colosenses 1.4-5). Era ciertamente una de las características sobresalientes en la vida del apóstol mismo.

En una primera agrupación (vv. 4b-5) enumera nueve condiciones de su vida apostólica en que tuvo que ejercer la paciencia mentada. Introduce cada una de ellas con la preposición evn, “en”. Las primeras tres describen pruebas que suceden en la vida por las que el apóstol tuvo que pasar: «*en tribulaciones*» (evn qli,yesin), «*en necesidades*» (evn avna,gkaij), «*en angustias*» (evn stenocwri,aij). Estos sustantivos describen dificultades que azotan la existencia humana debido a la introducción del pecado en el mundo. Las siguientes tres: «*en azotes*» (evn plhgai/j), «*en cárceles*» (evn fulakai/j), «*en tumultos*» (evn avkatastasi,aij) describen las pruebas que tuvo que aguantar a causa de la oposición de los que rechazaban su mensaje. Las últimas tres: «*en trabajos*» (evn ko,poij), «*en desvelos*» (evn avgrupni,aij), «*en ayunos*» (evn nhstei,aij) describen dificultades que Pablo sufrió para promover la influencia del Evangelio en todas partes.

En una segunda agrupación: «*en pureza*» (evn a`gno,thti), «*en conocimiento*» (evn gnw,sei), «*en tolerancia*» (evn makroqumi,a|), «*en bondad*» (evn crhsto,thti), «*en el Espíritu Santo*» (evn pneu,mati a`gi,w|), «*en amor sincero*» (evn avga,ph| avnupokri,tw|), «*en palabra de verdad*» (evn lo,gw| avlhqei,aj), «*en poder de Dios*» (evn duna,mei qeou/), (vv. 6-7a) Pablo describe las cualidades espirituales y personales con que llevaba a cabo el ministerio del nuevo pacto, y que le permitían hacerlo evn u`pomnh/| pollh/|, o sea resueltamente. Son todas ellas dones de la gracia divina que le recomendaban como servidor de Dios, un servidor que no perseguía sus propios intereses netamente humanos y egoístas.

En una tercera agrupación, hay frases que el apóstol introduce con la preposición dia, “por”: «*con armas de justicia a diestra y a siniestra*» (dia. tw/n o[plwn th/j dikaios,nhj tw/n dexiw/n kai. avristerw/n), «*por honra y por deshonra*» (dia. do,xhj kai. avtimi,aj), «*por mala fama y por buena fama*» (dia. dusfhmi,aj kai. euvfhmi,aj) (vv. 7b-8b). Estas tratan de distintos aspectos de su ministerio. Ocupa armas para llevar a cabo las batallas espirituales que el Espíritu de Dios le proveyó cuando fue comisionado a este ministerio y dotado con ellas al ser bautizado por Ananías (ver Hechos 9.1-6). Se refiere a «*toda la armadura de Dios*» (Efesios 6.10-18; ver 1 Tesalonicenses 5.8) con que se puede «*estar firmes contra las asechanzas del diablo*» y vencerlo con «*la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*». Son las armas que corresponden a la enseñanza fundamental del evangelio, que es la justificación por la fe (ver 1 Pedro 1.25). Las otras dos frases señalan el resultado que la proclamación del evangelio produce en los oyentes. Los que lo reciben en fe demuestran su aprecio del mensajero del evangelio; los que lo reciben con incredulidad menospreciarán el mensajero.

En la cuarta agrupación aparecen siete frases antitéticas: «*como engañadores, pero veraces*» (w`j pla,noi kai. avlhqei/j), «*como desconocidos, pero bien conocidos*» (w`j avgnou,menoi kai.

evpiginwsko,menoi), «como moribundos, pero llenos de vida» (w`j avpoqnh,|skontej kai. ivdou. zw/men), «como castigados, pero no muertos» (w`j paideuo,menoi kai. mh. qanatu,menoi), «como entristecidos, pero siempre gozosos» (w`j lupou,menoi avei. de. cai,rontej), «como pobres, pero enriqueciendo a muchos» \$w`j ptwcoi. pollou.j de. plouti,zontej%, «como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo», (w`j mhde.n e;contej kai. pa,nta kate,contej vv. 8c-10). En estas frases San Pablo yuxtapone siete términos expresivos de la realidad de su ministerio a siete calumnias con las que probablemente se mofaban de él y de su ministerio, tratando de este modo de desacreditar tanto su modo de conducirse como su obra apostólica. Estos versículos ponen de manifiesto lo superficial de las calumnias de sus opositores, que no pudieron captar la profundidad de la realidad del glorioso ministerio del nuevo pacto que fue revelada en su mensaje y su comportamiento.

Lo que captamos de esta descripción de su ministerio que San Pablo nos dejó es que nada, absolutamente nada, pudo quebrantar su ánimo y su dedicación a su ministerio apostólico. Siguió su camino impertérrita y serenamente sin dejarse afectar por los mueras o los hosannas de otros. Su confianza se descansaba tan solamente en la gracia que Cristo le había concedido al llamarle a la fe y para ser apóstol y pregonador del santo evangelio (ver 1 Corintios 15.10; Gálatas 1.6; Efesios 3.8; Filipenses 1.7). Y esa firmeza de fe no fue debilitada por la gran paradoja del cristianismo, manifiesta en los vv. 8c-10: aparentemente el evangelio y su proclamación fracasa, pero en realidad triunfa gloriosamente. Esta realidad observamos no solamente en el ministerio del nuevo pacto, sino en el meollo de su mensaje, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Al morir en la cruz, tierra e infierno se regocijaban grandemente, porque aparentemente Jesucristo fracasó. Solamente en Su resurrección al tercer día se reveló la verdad que su muerte no fue un fracaso, sino un glorioso triunfo sobre el diablo, el pecado, y la muerte misma. De esta verdad consoladora cantó el Dr. Martín Lutero en su gran himno para la Pascua de Resurrección:

Cristo fue inmolado
por nuestra culpa impía;
Él ha resucitado
y así nos dio la vida.
Ello hemos de gozar,
loor a Dios y gracias dar
y cantar: ¡Aleluya!
¡Aleluya!

Era una extraña lid
de muerte contra vida;
triunfó la vida allí,
la muerte fue sorbida.
Fue una muerte, se anunció,
que a la otra devoró;
ya ésta no es temida.
¡Aleluya!

-Traducción del alemán hecha por Max G. H. Schmidt

Preguntas:

17.1 ¿Cómo podemos evitar dar «ocasión de tropiezo» a otros por medio de nuestras palabras y nuestro modo de conducirnos?

17.2 ¿Cómo podemos tener cuidado de no hacer nada por lo cual nuestro ministerio pudiera ser censurado?

17.3 ¿De qué maneras podemos encarar todas las pruebas, dificultades y tribulaciones de la vida con el mismo espíritu de tolerancia paciente que demostró San Pablo?

17.4 Al servir como ministro o servidor de otros, ¿cómo podemos aplicar a nosotros mismos los principios del ministerio del nuevo pacto que Pablo también denomina como el ministerio del Espíritu?

Análisis y aplicación: Caso 17

Un joven de la congregación tiene un gran potencial para prepararse y servir en la congregación. Muchos hermanos han notado sus dones, su voluntad y sus actitudes para el bienestar de la iglesia y la proclamación del Evangelio. Pero, últimamente ha tenido muchos problemas y ha estado bajo mucha presión de su familia y amigos para no involucrarse tanto en la congregación. El joven ha expresado al pastor su desánimo y descontento decidiendo abandonar a la iglesia y todas sus responsabilidades.

17.5 ¿Cómo se puede descubrir la razón (o razones) para este desánimo?

17.6 ¿Qué medidas hay que tomar para animar al joven?

17.7 ¿Qué se puede decir al joven para devolverle el gozo de servir al Señor?

17.8 ¿Cómo enfrentamos el desánimo? ¿Cómo animamos a un colega desanimado?

He aprendido:

DECIMOCTAVA PARTE: Ministerio que pide amor mutuo

Os hemos hablado con franqueza, corintios; nuestro corazón os hemos abierto. No hemos sido mezquinos en nuestro amor por vosotros, pero vosotros sí lo habéis sido en vuestro propio corazón. Para corresponder, pues, del mismo modo os hablo como a hijos, actuad también vosotros con franqueza. (6.11-13)

Cuando San Pablo había traído a su memoria todo lo que había sufrido en su carrera como proclamador del evangelio de la reconciliación con Dios mediante el sacrificio del Hijo de Dios, Jesucristo, sin duda su corazón se llenó de gozo y gratitud a Dios por todo lo bueno que su Padre celestial había hecho, tanto para él como para los corintios. No pudo sino darse cuenta que en todo el relato de como se portaba en su ministerio había hablado como un padre responsable y amoroso habla con sus hijos, es decir, con mucha franqueza y sinceridad, pero también con ternura y mucho amor. Esto es lo que expresó con sus palabras: «*Os hemos hablado con franqueza, corintios*» (To. sto,ma h`mw/n avne,w|gen pro.j u`ma/j(Kori,nqioi). “Abrir la boca”, frase traducida «hablar con franqueza», es un modismo griego que equivale decir “hablar libre y abiertamente” (Danker). El verbo *platu,nw* en la frase, «*nuestro corazón os hemos abierto*» (h`kardi,a h`mw/n pepla,tuntai) significa “abrir de par en par” o “engrandecer”, otra manera de expresar su gran afecto. Ambos verbos aparecen aquí en tiempo perfecto, que en griego indica algo que sucedió en el pasado pero que también continúa en el presente. Así que San Pablo afirma con estas expresiones que siempre ha hablado cándidamente pero a la vez amorosamente. No grita, ni mienta, sino trata de persuadir a las personas con gentileza (ver 5.11). Porque la palabra de Dios contiene en sí el poder de persuadir al oyente de que expresa la verdad salvadora (ver Romanos 1.17; 1 Corintios 1.18).

Muy raras veces San Pablo se dirigió a sus lectores por nombre propio como en este párrafo (Kori,nqioi, «*corintios*»; ver también Gálatas 3.1; Filipenses 4.15). Parece que lo hizo cuando estuvo profundamente movido por sus emociones. Aquí sentimos su gran anhelo de que los corintios le correspondan con el mismo afecto para con él que él había manifestado para con ellos, cosa que no siempre habían hecho. Es como dijera: “La restricción que ha habido en la relación entre ustedes y mí, ha sido de su parte, no de la mía. Denme su amor, como yo les doy el mío.” Claro que Pablo sabía que eso no sucedería simplemente por los esfuerzos personales de ellos, sino que es un don de Dios (ver 1 Reyes 4.29; Isaías 60.5). Un «*tan dilatado corazón*» le había dado el Señor a Pablo, que bien pudo abarcar a todos los corintios en su corazón. Su amor de ellos no tenía restringimiento a causa de le estrechez del corazón de Pablo (ouv stenocwrei/sqe evn h`mi/n), sino en los propios sentimientos de ellos (stenocwrei/sqe de. evn toi/j spla,gcnoij u`mw/n).

En lugar de seguir en esa forma, pide que cambien de actitud (apelando a la respuesta de su fe en Cristo) y le recompensen (avntimisqi,an) a su corazón abierto con abrir de par en par (platu,nqhte) los propios corazones suyos para hablar cándidamente y con amor con él, como a un padre espiritual al cual aman y respetan filialmente. Esa ha de ser la relación normal entre el pastor y su congregación. El que no fue así entre San Pablo y los corintios explica el por qué San Pablo tuvo adolorido el corazón.

Preguntas:

18.1 Tanto en nuestra enseñanza como en nuestra conversación, ¿hablamos abierta y sinceramente con los miembros de nuestra congregación? ¿Cómo es nuestro hablar?

18.2 ¿Cómo podemos ensanchar nuestro corazón con afecto para con los demás cristianos cuando pensamos de ellos o hablamos con ellos?

18.3 ¿Recíprocas el afecto cristiano con que otros conversan contigo? ¿Por qué es importante esa reciprocidad?

Análisis y aplicación: Caso 18

Una congregación había organizado varios eventos especiales evangelísticos para orientar a miembros y visitas sobre cómo fortalecer los lazos familiares. Los eventos requerían que el pastor coordinara con varios presentadores, pero, por no actuar a tiempo, se perdió la oportunidad de tenerlos para las fechas programadas. El pastor se excusó diciendo que tenía mucho que hacer y que se le había olvidado cumplir con su parte. Los miembros, disgustados, comentaban que el pastor siempre dejaba todo a última hora y por eso, como en otros eventos, se perdieron las oportunidades de contar con buenos y calificados presentadores. La congregación se ha desanimado y ya no quiere organizar más eventos como estos.

18.4 Pablo exhorta a los hermanos a la franqueza. ¿Cómo se puede exhortar al pastor a ser sincero y reconocer su debilidad y error?

18.5 ¿Cómo se pudiera motivar al pastor a cambiar?

18.6 ¿Por qué el valor de la sinceridad es tan importante en el ministerio pastoral?

18.7 ¿Cómo puede esta situación servir a la congregación y al pastor a cambiar y mejorar su planificación?



18.8 ¿Qué necesita hacer el pastor para dejar de solo excusarse y realmente cambiar?

18.9 Cuando nosotros nos equivocamos, ¿cómo actuamos?

He aprendido:

DECIMANOVENA PARTE: Ministerio que enseña vivir cristianamente

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión, la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo:

*«Habitaré y andaré entre ellos;
yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».
Por lo cual,
«salid de en medio de ellos
y apartaos, dice el Señor,
y no toquéis lo impuro;
y yo os recibiré
y seré para vosotros por Padre,
y vosotros me seréis hijos e hijas,
dice el Señor Todopoderoso».*

Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (6.14 a 7.1).

Hablando en el espíritu de franqueza y amor, continúa San Pablo con su exhortación, ya que sin duda hubo una tendencia (o quizá una flaqueza, una falta o un pecado de los miembros de la congregación en común) que riñó con el evangelio o que pudiera haber desbaratado todo lo que el apóstol venía escribiendo. A base de 1 Corintios 5.9-10 y 10.1-22, se puede deducir que se trata de la propensidad de participar en los actos idolátricos de la población de Corinto, entre otras cosas – una ciudad demasiado corrupta moralmente – aunque no se puede decir con certeza a que se refería el apóstol. Estar unidos con los no creyentes en sus prácticas paganas sería como andar bajo un «yugo desigual», es decir, sería igual a un campesino tratando de arar con dos animales juntos, digamos un buey y un asno, cuando ambos llevarían un yugo distinto (ver Deuteronomio 22.10; Levítico 19.19; Filipenses 4.3). De ninguna manera se ajustaría el uno al otro. Estar en estrecha relación con un incrédulo podría exponer la fe del creyente a un peligro enorme. No compartimos con ellos las mismas ambiciones, las mismas ideales, los mismos fines, la misma fe. El incrédulo se fija en lo externo y pasajero de la vida, mientras el creyente se fija en lo interior y lo que dura eternamente. El incrédulo se fija en este mundo, mientras el creyente se fija en Cristo.

San Pablo remacha esta admonición con cinco preguntas retóricas que ilustran esa realidad tan evidente a sus lectores. Todas y cada una piden una reacción negativa:

La primera: la justicia, o sea, “la rectitud” (dikaiosunh) es totalmente contraria a la injusticia, o sea, “una actitud de desobediencia a la ley” (avnomi,a) no tienen nada en común (metoch,) con la obediencia.

La segunda: donde está la luz (fw/j) no pueden coexistir las tinieblas (sko,tój); no comparten nada entre sí (koinwni,a), porque la luz ahuyenta las tinieblas (ver San Juan 1.5). Cristo «*la Luz del mundo*» (San Juan 8.12), y los que son de Él no pueden vivir en una estrecha unión con los incrédulos, ya que éstos comparten las tinieblas, mientras en Cristo «*estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*» (San Juan 1.4).

La tercera pregunta forma el clímax de las primeras dos: Cristo y el diablo son los protagonistas principales en la batalla entre el bien y el mal, la justicia y la injusticia, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira (ver San Juan 8.44; 1 Juan 3.8); y el Cristo el que trae vida mientras el diablo trae muerte. Por lo cual no puede haber armonía entre los dos porque no concuerdan entre sí (sumfw,nhsij). Además, la vida triunfa sobre la muerte, lo que la resurrección de Cristo proclamó tan acertadamente. De este tercer contraste saca el apóstol dos consecuencias.

La cuarta pregunta afirma que un creyente (pisto,j), o sea un cristiano, ya no comparte nada (meri.j("parte" o "porción") con un incrédulo (a;pistoj) ya que éste está de la parte vencida, y aquél comparte la victoria con Cristo, su Capitán (ver 1 Corintios 10.14-17).

Igualmente, en la quinta pregunta afirma que una congregación cristiana (nao,j qeou/, "templo de Dios" es aquí una metáfora para la iglesia, o sea, una congregación cristiana, ver 1 Corintios 3.16-17), no presta lealtad ni adora ningún ídolo (ei;dwlon), o sea un dios falso, sino solamente al Dios verdadero que nos salvó y nos da vida en Cristo. Por lo tanto no hubo ningún acuerdo (sugkata,qesij) entre el culto de la congregación en Corinto y el culto de los dioses falsos que la población corintia en general adoraba en sus templos. El uno estaba tan distante del otro como está separado el cielo de la tierra. En la iglesia no se puede colocar ningún ídolo para ser adorado, ni pueden los cristianos entrar a un templo idolátrico para adorar allí. En nada concuerdan los dos. De allí no era posible que los corintios hicieran causa común con los incrédulos; hacerlo significaría el abandono de su fe en Cristo. Claro está que el apóstol se refiere a un intercambio en los asuntos religiosos, y no a los asuntos netamente pertenecientes a la vida en este mundo (ver 1 Corintios 5.9-10).

La prueba más convincente de esa separación religiosa es una realidad bendita. La congregación cristiana es «*el templo del Dios viviente*» (v. 16b). Pertenece no a los ídolos muertos, hechura de seres humanos, sino al Dios que vive (qeou/ evsmen zw/ntoj), Creador de todo lo que existe y que tiene vida en Sí. Nuestro Dios murió y resucitó para rescatarnos de nuestros pecados que solamente nos traen la muerte. Es el gran Adalid eterno que nos conduce a través de los peligros de esta vida, y nos dirige en la batalla con nuestros enemigos espirituales. Y mediante Su Espíritu Santo, nos ha infundido aquella vida que nunca acaba. Aparte de Cristo, no hay vida eterna. Por lo tanto, hemos sido hechos, individualmente, en comunidad y como el Cuerpo de Cristo, el santo templo de Dios, en que reside y vive el Espíritu Santo del Dios viviente (ver 1 Corintios 6.19; Efesios 2.22).

Para respaldar esa aseercción, Pablo cita una serie de pasajes del Antiguo Testamento. En el v. 16 cita Levítico 26.11-12 y Ezequiel 37.27 (ver Éxodo 6.7; 25.8; 29.45; 1 Reyes 6.13; Jeremías 32.38), textos en que Jehová promete estar presente entre Su pueblo y protegerlo. Para que eso suceda, en las citas del v. 17 lo invita a separarse de lo impuro a causa de la incredulidad (Isaías 52.11; Ezequiel 20.34, 41); porque solamente lo que ha sido purificado pueda aparecer ante la faz del que es pureza perfecta en sí (ver 2 Samuel 22.27; Job 4.17; Levítico 11.45) y del cual recibimos la purificación del pecado. En los textos citados en el v. 18 (2 Samuel 7.14, 27; Oseas 1.10) Sus siervos y Su pueblo reciben una promesa de una relación más íntima, es decir, no solamente la de ser conciudadanos con los israelitas, sino la de ser incorporados en el íntimo círculo de su propia familia (Efesios 2.19; ver San Mateo 12.48-50; San Lucas 8.21), con todas las bendiciones de Su amor y misericordia que eso encierra. Él que lo promete es «*Jehová de los ejércitos*», (ku,rioj pantokra,twr(tAab'c. hw"hy>, *Yavé Sabaot*), el Dios que todo lo puede y el Creador de todo lo que existe.

El Apóstol Pablo llama todas estas palabras divinas «promesas» (ta.j evpaggeli,aj(7.1), porque inclusive los imperativos, como los en 6.17 y en este versículo, son precisamente eso: promesas. Pero lo son solamente para los que tienen puesta su fe y confianza en el Señor, el Dios que salva, ya que saben que no pueden cumplir con los mandamientos de Dios aparte del poder que reciben de Dios mismo para poder obedecerlos. Implícito en cada mandamiento divino yace la promesa de ayudarlo a uno a cumplirlo, como dijo el Señor en Éxodo 20.2: «Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre». De esta manera los mandamientos de Dios difieren mucho de los mandamientos meramente humanos, ya que éstos demandan pero no prestan la ayuda necesaria para cumplirlos. Claro es, que el mandamiento desnudo de Dios no le ayuda a uno cumplirlo tampoco. No obstante, cuando viene arropado con el evangelio de la acción salvadora de Dios, como sucedió en el caso de los Diez Mandamientos, entonces, sí, cobran un carácter evangélico y un cristiano puede cantar con el salmista versos como éstos del Salmo 119:

Me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado. v. 47
Mi porción es Jehová; he dicho que guardaré tus palabras. v. 57
De tu misericordia, Jehová, está llena la tierra. ¡Enséñame tus estatutos! v. 64
Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos, porque con ellos me has vivificado. v. 93
Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino. v. 105
Mis ojos desfallecen por tu salvación y por la palabra de tu justicia. v. 123
La exposición de tus palabras alumbrá; hace entender a los sencillos. v. 130
Tu justicia es justicia eterna, y tu Ley, la verdad. v. 142
Lejos está de los impíos la salvación, porque no buscan tus estatutos. v. 155
La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia. v. 160
Mucha paz tienen los que aman tu Ley, y no hay para ellos tropiezo. v. 165
Tu salvación he esperado, Jehová, y tus mandamientos he puesto por obra. v. 166
Hablaré mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia. v. 172
Esté tu mano pronta para socorrerme, porque tus mandamientos he escogido. v. 173
He deseado tu salvación, Jehová, y tu Ley es mi delicia. v. 174

Pablo subraya este concepto al no demandar algo de los corintios, como si dijera: “Teneis que hacer lo que os mando.” Más bien, los invita a unirse a él en el esfuerzo de abstenerse de toda impureza y luchar en Cristo para lograr la santidad completa y perfecta (ver Levítico 11.45; San Mateo 5.48; San Lucas 6.36; Colosenses 3.12). Esta es la enseñanza en Efesios 4.12-13, “crecer hacia Cristo...”. Pablo sabe bien que lo que se logra en ese esfuerzo, se logra solamente con el poder divino del Espíritu Santo. Pero no obstante, no somos simplemente pasivos, como autómatas o títeres siendo movidos por la acción del Espíritu sin esfuerzo alguno de nuestra parte. Al contrario, el Espíritu enciende en nosotros el deseo de vivir en santidad al mismo tiempo que nos apodera para hacer el esfuerzo de ser obedientes a lo que Dios pide de nosotros regocijándonos en la «promesa» que acompaña al mandamiento.

Por eso, Pablo llama a los corintios «amados» (avgaphtoi), no solamente porque él mismo los ama en Cristo, sino porque Dios, su Padre celestial, los ama con un amor eterno, tal como amó a su propio Hijo (ver S. Mateo 3.17; 17.5). De la misma manera, Jesucristo, su Salvador, los amó con un amor tan grande y tan puro que estuvo dispuesto a sacrificar Su propia vida para lograr la salvación eterna de ellos (ver San Juan 15.9, 12-13). Y por eso, el apóstol los amonesta a purificarse, hasta el punto de apartarse de toda contaminación de cuerpo y el espíritu.

Por un lado, esto implica un esfuerzo que podemos llamar negativo. Se trata solo de

mantenernos limpios interior y exteriormente de todo lo que nos podría manchar o contaminar, tanto con respecto a nuestra conducta externa como con respecto a nuestros pensamientos y sentimientos internos en lo que a Dios y a nuestro prójimo se refiere, pero, motivados por la Ley y no el Evangelio. Quizá Pablo tuvo en mente algo específico que contaminaba la vida de los corintios o su carácter espiritual, tal como la idolatría (ver 1 Corintios 8.10 y 10.14-22). Fuera lo que fuere, era necesario limpiarse de ello para mantener la fe y el buen fruto que el Espíritu produce en el cristiano.

Por otro lado, implica un esfuerzo que podemos llamar positivo. Se trata del esfuerzo continuo de vivir sana y cristianamente de acuerdo con el evangelio y la nueva vida que el Espíritu nos ha concedido. San Pablo echó mano a una expresión que solamente aparece aquí en el Nuevo Testamento, «*perfeccionando la santidad*» (evpitelou/ntej a`giwsu,nhn%. El verbo aparece solamente diez veces en el Nuevo Testamento y expresa la idea básica de “completar”. El sustantivo aparece solamente tres veces (Romanos 1.4; 1 Tesalonicenses 3.13; y aquí). Esta frase significa “llegar a ser perfectamente santos” (Danker). ¿De qué manera podemos lograr ésto? Es una pregunta que pide una contestación urgente, ya que para vivir en la presencia de Dios es preciso que «*participemos de su santidad*» (Hebreos 12.10) «*sin la cual nadie verá al Señor*» (Hebreos 12.14). Esta también es obra del Santo Espíritu de Dios, el Santificador.

Por nuestra parte, somos movidos a esforzarnos para llevar una vida santa, no para cooperar en ganar la salvación eterna, ni para agradar a Dios o a los hombres, sino porque somos movidos por reverencia, honor, agradecimiento y respeto hacia el Dios que nos dio vida y nos juzgará con justicia en el día final del presente siglo (ver San Mateo 12.32; 24.3; Tito 2.12; 1 Pedro 4.4-5). Ese “temor santo” nos ayudará a romper definitivamente con la vida pagana en todas sus formas. Vivir cristianamente involucra cortar los lazos que nos unieron al estilo pecaminoso de vida en este mundo (ver 6.17), y forjar nuevos lazos con los miembros de la familia de Dios (ver 6.18).

Preguntas:

19.1 ¿Cómo se puede dejar atrás las actitudes y costumbres de los que no son cristianos y seguir el camino de la nueva vida en Cristo? ¿Qué ejemplos existen?

19.2 ¿Qué ejemplos hay de reunirse «en yugo desigual» con los incrédulos?

19.3 ¿Qué significa que los miembros de una congregación forman «el templo del Dios viviente» en que mora Dios?

19.4 ¿Cómo se puede evitar lo impuro?

19.5 ¿Qué significa para los miembros de nuestras congregaciones ser hijos y hijas del Dios santo y todopoderoso?

19.6 ¿Cómo podemos limpiarnos a diario «de toda contaminación de carne y de espíritu»? ¿Qué papel tiene nuestro bautismo en este ejercicio diario?

19.7 ¿Cómo podemos vivir cada día «perfeccionando la santidad en el temor de Dios»?

Análisis y aplicación: Caso 19

Uno de los ídolos de la modernidad es la pornografía. El pastor de una congregación descubre que uno de sus líderes recibe material pornográfico por el internet y pasa horas cada noche viendo películas de censura. El pastor no sabe cómo confrontar al hermano, aunque ha notado que ha perdido su fervor y amor por la obra del Señor.

19.8 ¿Cuál es le problema?

19.9 ¿Cómo puede el pastor confrontar al hermano?

19.10 ¿Cómo puede el pastor animar al hermano a volver a amar las cosas de Dios?

19.11 Todo cambio importante debe de incluir algo que sustituye lo que se quiere dejar atrás. ¿Qué puede el pastor sugerir al hermano para sustituir su adicción a la pornografía?

19.12 Como este ejemplo de adicción, sin dudo, hay otras. ¿Qué otros ejemplos de lo impuro, lo inmoral y lo “contaminado” existe hoy en día?

He aprendido:

VIGÉSIMA PARTE: Ministerio que trae gozo

Admitidnos: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado. No lo digo para condenaros, pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntos. Mucha franqueza tengo con vosotros; mucho me glorío con respecto de vosotros. Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones. (7.2-4)

En cierto sentido, San Pablo había interrumpido su defensa tanto del ministerio que le había sido encomendado como de su conducta entre ellos que ilustraba lo que proclamaba en su evangelio (ver 6.3-13). Quizás todo eso, unido a su estado emocional de gozo y gratitud al Señor por haber remediado el problema que había surgido entre él y los corintios, le movió a insertar esa exhortación, con el fin de ayudar a los corintios a llevar una vida enteramente sujeta al santo evangelio, creada y fortalecida por su mensaje del nuevo pacto en Cristo, para que también se conducirían de un modo intachable en medio de su mundo inmoral y falto de conocimiento del verdadero Dios. Porque el Dios de la gracia siempre está procurando liberarnos de una manera egoísta de vivir y otorgarnos vida nueva en que compartimos Su santidad (6.14 a 7.1). Y eso, sea dicho de paso, nos recuerda de que no solamente nuestras palabras sino también nuestras acciones y nuestra manera de vivir revelan algo acerca del Evangelio que profesamos y el Cristo en que hemos puesto nuestra fe. Este propósito aún es vigente hoy.

En estos breves párrafos, el apóstol vuelve al tema de su manera de vivir entre los corintios y su trato con ellos. Había sido muy franco y abierto con ellos, tanto cuando estuvo de visita en su ciudad, como en las líneas de la presente carta que estaba escribiendo. En un párrafo anterior (6.11-13) había solicitado que correspondieran con esa misma actitud de franqueza para con él. Les había abierto su corazón, sin encubrir ninguno de sus sentimientos o sus deseos respecto de ellos. Les había exhortado a base del evangelio de Cristo, sin hacerlo con móviles indignos ni pecaminosos. No obstante, había experimentado que resulta muy difícil tratar con los miembros de una congregación que no confiaban en él lo suficiente como para ser francos y abiertos con él; que no compartían nada con él sino sus ideas contrarias y su enojo; o que no creían que él fuera franco y abierto con ellos. De manera que se vio en la necesidad de llamarlos al arrepentimiento y a un cambio de actitud que concordaba más con el evangelio que oyeron de él, el evangelio que habían recibido con tanto gusto y en fe sincera. No quiso que ningún impedimento a una reconciliación completa persistiera entre él y ellos.

En estos dos párrafos les exhorta a renovar su amor para con él (Cwrh,sate h`ma/j, «Admitidnos», o sea, como si dijera: “recíbannos con brazos abiertos”). Tomó por sentado que debiera ser posible que lo hicieran, ya que no se había aprovechado de ellos en ninguna manera, como lo hicieron muchos de los predicadores ambulantes de la época. Sin duda, los súper apóstoles abusaron de su autoridad, también defraudando a sus oyentes de sus bienes materiales, pervirtiendo su fe con doctrinas falsas, inculcando una moralidad que poco tenía que ver con la moral verdadera contenida en la Ley de Dios, y quitándoles con engaño hasta sus escasos recursos. Como servidor del Cristo amante y pregonador de un evangelio de amor, gracia, y reconciliación, le convenía a Pablo apartarse de semejantes prácticas. No había tratado a los corintios de esa manera antes (v. 2), ni lo intentaría en lo futuro. No podrían los corintios apelar a su mala conducta como pretexto para poner en duda su sinceridad, o excusar alguna desconfianza de su propia parte con respecto de él.

Pero no quiso dejarlos con la impresión de que le hubieran acusado de semejantes cosas y que por eso los estaba acusando y condenando a algún castigo (pro.j kata,krisin ouv le,gw, «No lo digo para condenaros»). Es «el ministerio de condenación» (ver 3.9) que produce ese resultado. Aunque es muy probable que hubiera entre los súper apóstoles u otras personas quienes que le habían acusado de tales prácticas (ver 12.17-20), su conciencia estaba limpia. Además, lo que los corintios habían visto y oído de él les debía haber atestiguado de su probidad en todo aspecto de su vida y ministerio. Su enseñanza y su trato con ellos no produjeron nada sino la fe, la esperanza y el amor en Cristo.

Todo al contrario de semejantes prácticas contrarias al espíritu del evangelio, Pablo trató a ellos con todo amor, siguiendo el ejemplo de Cristo su Señor. Su grande amor para con ellos no le permitía erigirse en juez sobre ellos. Claro, lo que es suficientemente patente en 1 Corintios, eso no significaba que estaba dispuesto a pasar por alto sus pecados y las ofensas contra otros que esos pecados producen. Como su Salvador y Señor, Pablo siempre estuvo dispuesto a condenar el pecado en sus oyentes; pero no estuvo dispuesto a sentarse como juez y pronunciar la sentencia condenatoria sobre ellos por sus pecados. Ese privilegio pertenece únicamente al dominio del que pudo decir:

«el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió. . . Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y, además, le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del hombre. . . No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió» (San Juan 5.22, 23, 26, 27, 30; ver San Lucas 6.37).

Tan fuerte y seguro era el amor del apóstol para con ellos, que nada, absolutamente nada, pudo separarle a él, que era su padre en el Evangelio, de ellos, sus hijos espirituales (v. 3b).

“Les recuerda (cf. 6.11) de que su amor y cuidado por ellos siempre permanecerían seguros. Acusaciones contra él, las pruebas de la vida y la muerte misma nunca podrían provocar una separación entre él y ellos.” [Harris, p. 361, traducción mía]

En el v. 4, Pablo prorrumpe en una especie de acción de gracias a Dios a pesar de todo lo que había sucedido, pero ahora había sido rectificado por la gracia de Dios y los esfuerzos de Tito en efectuar la reconciliación de la congregación con su padre espiritual (ver vv. 5-7). Primero, declara otra vez (pero ahora hablando en primera persona singular, quizás para expresar lo que había sucedido a él en lo personal) que no había omitido expresarse sin restricciones; había sido transparente con ellos (pollh, moi parrhsi,a pro.j u`ma/j, «Mucha franqueza tengo con vosotros»). No hallarán que haya omitido datos importantes, ni que se había representado falsamente. Como predicador de la verdad, «conforme a la verdad que está en Jesús» (Efesios 4.21), estuvo obligado a tratar con ellos de esta manera.

En seguida, contrapone tres afirmaciones a las tres negaciones del v. 2. En primer lugar protesta que al fondo de su relación con ellos pudo jactarse de ellos y de lo que el Señor había obrado en ellos mediante su ministerio del nuevo pacto (ver 8.6; 1 Corintios 16.1-2). Parece que los miembros de la congregación corintia eran creyentes llenos de entusiasmo. A pesar de las faltas y los problemas que surgieron en esa congregación, había en el fondo, una fe sincera y el deseo de seguir a Cristo y la voluntad de Dios.

Pero sobre todo, Pablo estaba escribiendo esta carta de un corazón reconfortado (peplh,rwmai th/| paraklh,sei, ver 1.3-11; 6.10; 7.5-7). Su consuelo fue un producto bendito del «ministerio de la reconciliación» (5.18). Sintió, por eso, un gozo tan grande (u`perperisseu,omai th/| cara/|) que, quizás, no lo pudo expresar adecuadamente. El verbo que usó indica que había sido llenado de una cantidad tan profusa de gozo por el Señor (indicado por el modo pasivo del verbo), que todavía continuaba infundiendo su ser (indicado por el tiempo perfecto del verbo) a pesar de todo lo que había sufrido en su intercambio con esta congregación. Es un aspecto de su ministerio entre ellos que no había expresado tan claramente antes. Este gozo corona la obra del que sirve al Señor fielmente en el ministerio del nuevo pacto. Y es un gozo que nada puede destruir, aunque cuando pasamos por muchas aflicciones y muchos sufrimientos, porque en el ministerio del nuevo pacto, sufrimos con Cristo, el crucificado, y vivimos con Él mediante la resurrección a nueva vida. Quizás Pablo tuvo en mente todo esto que escribió a los corintios cuando expresó lo que el Evangelio de Cristo produce en los cristianos, al escribir estas palabras a la congregación de Roma más tarde:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Romanos 5.1-5).

Preguntas:

20.1 ¿Cómo puede alguien ser “admitido al corazón” de los miembros de esa congregación?

20.2 ¿Cómo se nuestra conducta en relación a la de Pablo en el versículo dos?

20.3 ¿Cuál es la reacción cuando otros hacen algo malo contra nosotros? ¿Los condenamos?

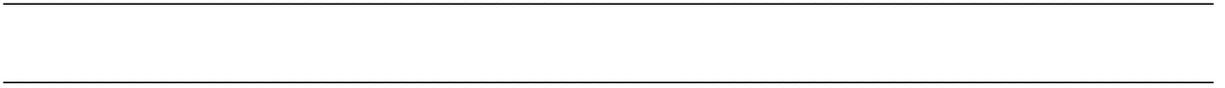
20.4 ¿Qué significa estar tan llenos de amor que estaríamos dispuestos a morir por una congregación?

20.5 ¿Cómo podemos tener confianza en los miembros de la congregación?

20.6 Pablo escribe que se gloria a causa de los hermanos en Corinto. ¿Cómo es posible gloriarse a causa de otros?

20.7 ¿Cómo nos llenamos de gozo cristiano a pesar de todas las tribulaciones en la vida?

20.8 ¿Cómo nos gloriamos en el ministerio del nuevo pacto que nos ha sido encomendado?



Análisis y aplicación: Caso 20

Varias hermanas de una congregación sufren el rechazo por parte de sus esposos porque siguen a Cristo y son fieles miembros de la congregación. Admiten que se sienten solas y desearían contar con el apoyo de otros en la congregación para sobrellevar sus tribulaciones.

20.9 ¿Cómo puede la congregación ayudarlas?

20.10 Según el texto (7.2-4), ¿qué consejos ofrece el nuevo pacto en Cristo para tales tribulaciones?

20.11 ¿Cómo manejamos nuestras propias tribulaciones?

He aprendido:

Final: Palabras concluyentes

De este estudio sobre el ministerio del nuevo pacto, captamos la manera en que San Pablo se condujo y cómo llevó a cabo su cometido como ministro del nuevo pacto. Obviamente no fue perfecto en llevar ese ministerio a cabo. No obstante, el propio ministerio concedido a él, sí es perfecto, porque es la obra de Dios en Cristo entre la humanidad mediante la cual recibe la salvación eterna.

Pablo no estuvo consciente de haber hecho nada malo en cumplir su cometido de proclamar el evangelio de Jesucristo entre las gentes a las cuales fue enviado por el Señor. No se halló culpable de aquellas cosas de que otros le desacreditaban en lo que a su ministerio se refiere. Llevó el «*oprobio de Cristo*» (Hebreos 11.26), el mismo oprobio que su Señor Jesucristo había llevado (Hebreos 13.13) cuando los fariseos le acusaban de obrar milagros con el poder de Satanás, el adversario del Dios eterno y de nosotros los seres humanos. Pero tales acusaciones no pudieron prevalecer ante la luz de lo que San Pablo había sido llamado a ser y hacer. De ello los corintios pudieron dar testimonio, ya que experimentaron en carne viva su ministerio de reconciliación entre ellos.

La gloria de ese ministerio del nuevo pacto consistió en esto, que fue la proclamación de lo que el Señor Dios había profetizado por Sus servidores del Antiguo Testamento, es decir, cuando dijo: «*He aquí que yo hago cosa nueva*» (ver Isaías 43.18-21; 42.9; 48.6; Jeremías 31.22; etc.). Esta cosa nueva fue la obra salvadora de Jesucristo, la cual, por medio de Su muerte sacrificial y Su resurrección gloriosa, trajo salvación mediante el perdón de los pecados para toda la humanidad, la vida eterna, y la promesa de gloria celestial para todos los seres humanos. Esta promesa divina se hace efectiva en todos aquellos que, al oírla, descansan su fe para la existencia eterna en Cristo y en Su obra redentora por nosotros, «*porque todas las promesas de Dios son en él 'sí', y en él 'Amén', por medio de nosotros, para la gloria de Dios*» (2 Corintios 1.20).

Con razón San Pablo se glorió en su ministerio y escribió con todo el vigor que poseyó en defensa de su mensaje y de su autoridad como apóstol y embajador de Jesucristo para gloria de Dios.

El hecho que San Pablo escribió desde 2.14 hasta 7.2, en primera persona plural podrá indicar que estaba pensando no solamente de su propio ministerio, sino también del ministerio de todos sus socios y de todos los demás apóstoles. Podrá indicar además que lo que expresa en esta carta describe a la vez, el mensaje y el ministerio de los que son llamados para llevar las Buenas Nuevas a las naciones del mundo en cualquier época subsiguiente, lo que nos justifica aplicar los conceptos de estos capítulos al ministerio de los misioneros y pastores de la actualidad. ¡Qué todos nosotros proclamemos el santo evangelio con el mismo ahínco que lo hizo San Pablo! Y qué en toda ocasión y situación digamos con él:

«Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata, pero el Espíritu da vida. . . Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos (2 Corintios 3.4-6 y 4.1).

Te doy gracias, Señor Dios, mi Salvador, porque me has concedido la gracia de llevar a cabo este estudio. ¡Qué sea para Tu gloria, y la de Tu amado Hijo, Jesús, nuestro Señor y Salvador! Si en algo he pensado o escrito mal, perdónamelo y haz que Tu Espíritu guíe a los lectores a un entendimiento correcto, de acuerdo con este evangelio del nuevo pacto que hiciste con nosotros en el Amado. ¡Gloria sea a Tu nombre! Amén.

Aplicación:

21.1 ¿Cuáles son los aprendizajes más importantes que ha aprendido en este curso?

21.2 ¿Cómo va a poner en práctica lo aprendido en este curso?

21.3 ¿Cuáles nuevas metas tiene para su ministerio luego de concluir este curso?

¡Solo a Dios sea la gloria!

